

Ataque con ácido: historias y tránsitos de cuerpos a retazos

Por:

Diana Marcela Lobatón Barajas

Directora:

Marta Cabrera

Maestría en Estudios Culturales

Facultad de Ciencias Sociales

Pontificia Universidad Javeriana

Bogotá

Año 2017

Yo, DIANA MARCELA LOBATÓN BARAJAS declaro que este trabajo de grado, elaborado como requisito parcial para obtener el título de Maestría en Estudios Culturales en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Javeriana es de mi entera autoría excepto en donde se indique lo contrario. Este documento no ha sido sometido para su calificación en ninguna otra institución académica.

Firma

Nombre completo

Fecha

A mi abuelo Joselin, quien extraño sin medida y a través de su enfermedad me enseñó el real y auténtico sentido del amor y la familia.

A mi abuela Rosalía, quien se despidió repentinamente, pero me dejó unas grandes lecciones de fuerza y valentía.

A María Tilcia, Jaime y Andrés quienes son mi arraigo más fuerte, bonito y duradero. Compañías siempre vivas y presentes en mi vida.

A Marta, por alentar, acompañar y ser un ejemplo de fortaleza.

A Julián, por su amor y su presencia incondicional. Con él la vida se puso mucho más bonita.

A Olaya y Luisa Fernanda, por estar y transitar en alegrías, tristezas y luchas.

A Gina y a las mujeres de la Fundación Reconstruyendo Rostros por los aprendizajes, las palabras y los encuentros.

Tabla de contenido

Introducción. Entre desahogos y enfrentamientos	5
Historias de una inquietud sobre la violencia.....	5
¿Contra qué escribo?.....	12
¿A qué me enfrento al narrar el dolor?.....	14
Primera parada. Ataques con ácido: aperturas e iniciaciones a una <i>violencia caníbal</i>	19
Ficciones y otros cuentos.....	20
Entre ellas, los ataques y sus historias.....	22
“ <i>La palabra ácido para mi era ajena</i> ”.....	30
Lecciones de masculinidad y feminidad.....	34
Pedagogías.....	36
Los contraataques.....	40
Segunda parada. Las marcas del ataque: rutas de des-figuración y estigmatización	42
En realidad ¿ <i>una cara lo dice todo</i> ?.....	45
Cuerpo(s): entre usos y desusos.....	59
Tercera parada. A propósito de los injertos	62
Cuerpo a retazos.....	65
Transacciones entre el cuerpo y el rostro.....	66
Aprendizajes para hacerse cuerpo.....	69
Un cuerpo, mi cuerpo: mapa de sentidos y contrasentidos.....	73
Nuevas feminidades... “ <i>una cicatriz no me hace menos mujer</i> ”.....	80
Sabotajes.....	83
Cierres y florecimientos	88
Referencias citadas	93

Introducción

Entre desahogos y enfrentamientos

Al estar ahí y habitar de manera frontal cada una de las palabras que digo, he sentido frustraciones, así como alivios; creo que al hacerlo de esta forma una se toma libertades y remueve algunas telarañas, especialmente cuando se escribe *algo* que para muchos es símbolo de agonía, pero para otros, de dicha y reconocimiento – cada quien sabrá como nombrar su angustia.

Doy la apertura a mi trabajo con: *historias de una inquietud sobre la violencia* que narra mi trasegar y mis motivos por diferentes temáticas en torno a los actos violentos; *¿contra qué escribo?*, que quizás es una suerte de desahogo y respiro; *¿a qué me enfrento?*, que representa algunas de las limitaciones y posibilidades al tratar sobre violencia. Todas ellas justificaciones de mi camino. Finalmente, presento las paradas por las que me llevó este problema a lo largo de este texto.

Historias de una inquietud sobre la violencia

Esta inquietud sobre la violencia ha adquirido distintas formas y se ha articulado desde y por diversas historias. La primera de ellas se enmarca de manera general en el conflicto armado colombiano; sin embargo, por cuestiones de juicio mental, trabajo y tiempo, lo fui matizando a algunos de sus actores. De esta forma, pasé por el análisis de los secuestros hechos por las Farc-Ep a través de las pruebas de supervivencia de algunos de sus secuestrados; hasta llegar a unos particulares castigos que se infligían desde el paramilitarismo, registrados en el sitio www.verdadabierta.com y en los informes del Centro Nacional de Memoria Histórica. Estos castigos llamaron mi atención por lo transgresivos y excesivos que eran, debido a que se materializaban en trabajos forzados y humillaciones públicas como: barrer el pueblo con un letrero que decía “lesbiana” o “marica”, rapar a las mujeres consideradas desobedientes, entre muchos otros. Me sorprendía la crueldad y lo grotesco de estos eventos, así como las formas en las que se castigaba e imponía normas de “buen comportamiento”. También, me asombraba en esta experiencia y búsqueda, en algunos casos, la aceptación pública y el infernal silencio de los demás. En otras ocasiones, el escenario se me antojaba

ridículo, pero recordaba rápidamente que era muy siniestro. Bajo este panorama observaba cómo se toman licencias en el trato sobre los otros, cómo se justifica y se necesita la violencia y no parece ser tan grave, o mejor aún, se hace invisible, se dice que no pasó nada y nadie lo vio. Malestares y cegueras del teatro de la guerra.

La segunda, mi principal reflexión en la actualidad, eran los ataques con ácido u otros agentes químicos. Mi acercamiento a esta problemática se dio a través de una revisión de prensa del periódico El Tiempo y la revista Fucsia que me permitió ver la magnitud, así como algunas de las superficies del problema. Empezaba a entender que los ataques con ácido sufridos por algunas mujeres en Bogotá son una forma de violencia que tiene como objetivo marcar y borrar a quien se ataca. Me impactaba particularmente esta forma de violencia por su brutalidad y crueldad; por condenar a quien ataca a la invisibilidad, ocultamiento, encierro, espectáculo, rechazo e incapacidad. Marcaba sin tregua ni posibilidad un “estar muerta en vida”. Sin embargo, a la par me parecía inconcebible pensar que no pudiera contener ningún tipo de fisuraciones o resistencias. Así pues, emprendí un largo camino para comprobarlo y este trabajo es su resultado hoy.

En este recorrido me encontré con algunos datos claves en el contexto global, los países que presentaban mayores índices de ataques con ácido eran Bangladesh llamado por algunos “la capital de los ataques con ácido”, seguido de India, Camboya y Pakistán (Rodriguez & Martinez, 2015; Menon & Vashishtha, 2013; Welsh, 2009). Los ataques se justifican, en términos generales, de manera muy similar: por rechazar una propuesta matrimonial, o sexual, o de “acercamiento”, por divorcio, celos o infidelidades (reales o supuestas). Es claro que también hay especificidades de esta agresión relacionadas con sus causas, tipos de sobrevivientes y agresores, escenarios e imaginarios (Welsh, 2009). Hago aquí la salvedad que, aunque los casos que expongo solo se relacionan con ataques a mujeres con unos motivos particulares, he encontrado algunos datos sobre ataques a hombres, niños, adultos mayores, de padres a hijos, de hermanos a hermanos (Acosta & Medina, 2014), así como un ataque por homofobia (Gaviria-Castellanos et al., 2015).

En relación a lo dicho anteriormente, recojo algunos casos significativos de los lugares antes mencionados, pero también de otros, útiles para ver las configuraciones de esta

agresión. En Bangladesh una de las causas para el ataque es ser mujer, como Babli Akter, ella recibió desde los seis meses de edad dosis de ácido en el cuerpo por su padre, quien se sentía avergonzado por el sexo de su hija. En algunas ocasiones, en este país los ataques han sido relacionados con cierta compensación y equilibrio por comportamientos en las vidas pasadas (Welsh, 2009).

En India, el incumplimiento de las obligaciones impuestas por la dote (aporte económico de la mujer al matrimonio) es una ofensa capaz de generar enemistades entre familias y ser causal de un ataque con ácido. En este mismo sentido, esta violencia se puede enmarcar en disputas de tierras o de negocios entre familias (Menon & Vashishtha, 2013; Welsh, 2009). Tal es el caso de Chennamma Deve Gowda, esposa de un ex primer ministro indio, atacada por inmiscuirse en los negocios de su esposo y hermanos. Este caso contiene un elemento distinto debido a que esta mujer fue castigada por meterse en “asuntos de hombres” sin importar su estatus social (Welsh, 2009).

En Camboya, los ataques se producen casi por igual en mujeres y hombres, asumiendo las primeras el rol de agresoras, como en el caso de TaT Marina, quien sostenía una relación con un hombre casado y fue atacada por su esposa (2009). En Pakistán, Zaki, quien sufría abusos por su esposo, le pide el divorcio y resulta quemada por él. Su suegro afirmó que había sido quemada por su amante, agregando que esto sucede porque las mujeres no ocupan el lugar que les corresponde. Ruskana, también en Pakistán, fue atacada con ácido y gasolina por su esposo, cuñada y suegra viéndose obligada a convivir con sus agresores en la misma casa donde fue quemada, debido a las pocas posibilidades para sostenerse a sí misma y a su hija, a pesar de esta situación, vuelve a quedar embarazada y, uno de sus deseos es que sea un niño y no una niña, porque para ella, paradójicamente, éstas sufren más riesgos sobre todo cuando se casan (Chinoy & Junge, 2012). En estos dos casos la familia asume el rol de agresora y justifica además los ataques, situación que puede observarse también en India. Sin embargo, éste no se reduce únicamente a la familia del agresor, sino que se extiende a la familia de la sobreviviente, cuando éstos las culpabilizan y marginan (2009). Por otra parte, en casos un tanto excepcionales, se han encontrado ataques en Irán motivados por no llevar el velo tradicional (2009).

En este sentido, el contexto nacional no se encuentra muy alejado de lo planteado en líneas atrás. El “ataque a personas utilizando productos químicos como arma, se emplea no sólo para resolver problemas familiares, entre vecinos, pasionales o como venganza, sino como un arma entre la delincuencia común” (Gaviria-Castellanos et al., 2015,p.2), es decir, este tipo de agresión se produce en torno a ciertas concepciones de familia, matrimonio, hombre, mujer, masculino, femenino, amor, sexo, justicia, entre otras. En cualquier caso, el uso de esta violencia parece anclarse a la necesidad de “restaurar” y mantener ciertos órdenes sociales que se creen transgredidos, situación que implica que no se trate de una expresión de violencia aislada, sino que por el contrario, es una dimensión de una violencia mucho más estructural, orgánica y sistemática, generada y sostenida tanto en nuestro país como en varias partes del mundo, motivo por el cual no es clandestina y extraña, mas bien acontece en la luz del día y bajo la “normalidad”.

De este modo, los ataques con ácido se configuran y alimentan de ciertas concepciones sociales como: la belleza, vergüenza, venganza y honor. En cuanto a la belleza: “In many Asian societies tremendous emphasis is placed on a woman’s appearance, particularly her face. Along with virginity, this is her sole other resource in the marriage market” (Welsh, 2009, p.61). Concepción que aplica fuertemente en algunos casos de la India y Camboya si se piensa la belleza como un bien social fundamental para las mujeres y especialmente para el matrimonio, simultáneamente no es descabellado pensarla como una debilidad o blanco fácil para llevar a cabo una venganza. En el contexto colombiano, la belleza se relaciona con cierta concepción del ser mujer, pero además, se ancla como un bien necesario para el reconocimiento y el poder, que no solo se reduce a la imagen corporal, sino se extiende a los comportamientos y actitudes que cumplan con los imaginarios sociales que se tienen tanto de hombres como de mujeres, es en este sentido que: “el fenómeno del ácido en el país, se puede entonces consolidar como una victoria en una guerra de bienes culturales, en el que un hombre que no pudo controlar a una mujer y entre tanto tampoco su belleza, quitó las posibilidades de que otro hombre la tenga y por ende tenga también ese bien” (Nieto, 2016, p.63).

Esto a propósito del análisis que hace Nieto (2016) de la construcción de las figuras de Gina Potes y Natalia Ponce en algunos artículos de los periódicos El Tiempo y El Espectador. Todo esto hace de la belleza una especie de condena, un bien muy preciado,

deseado y admirado por todos; mantenerla puede ser una tortura, pero no tenerla puede ser una deshonra.

En el marco de los ataques con ácido en Bangladesh, la vergüenza se entiende como “the evaluation of self by others” (White y Mullen citados por Welsh, 2009, p. 63), lo que implica enfrentarse a la mirada de los otros, a sus filtros de aprobación y rechazo. Para este tipo de violencia la vergüenza representa una marca y estigmatización de quien se considera infractora, la convierte en culpable, le quita su valor y reconocimiento social, porque la produce sospechosa y “enemiga” de una buena moral.

Por otra parte, la concepción de venganza se configura como un intento por restaurar ya sea el honor perdido, el estatus o el reconocimiento social. Es una especie de ajuste de cuentas, una clase de justicia que contiene una suerte de victoria, como en el caso camboyano, donde esposas engañadas buscan recuperar su prestigio atacando a las amantes de sus esposos, a estas “infieles” se les castiga por transgredir el rol social que les ha sido heredado por sus tradiciones y sociedad, por tanto, se convierten en mujeres rotas a quienes está permitido hacerles cualquier cosa. Este tipo justicia puede verse en Pakistán en el caso de mujeres víctimas que piden que sus agresores sean quemados con ácido para que sufran en carne propia lo que a ellas les ha tocado (Chinoy & Junge, 2012). Evidencias de las múltiples articulaciones del ataque.

El honor está arraigado en los hombres de la sociedad India, quizás porque les da superioridad y un valor social que les permite *ser hombres* y ser reconocidos como tal (Menon & Vashishtha, 2013), es por eso que, cuando son rechazados o despreciados por algunas mujeres ya sea en asuntos amorosos, laborales, económicos, entre otros, sienten que su “hombría” parece reducida o perdida. El desprestigio y la ruptura de los roles tradicionales de hombres y mujeres es una de las justificaciones para que se produzcan los ataques con ácido (Welsh, 2009), además, culpa y responsabiliza a las mujeres por sus propios ataques. Algo similar ocurre en Pakistán, aunque no se relaciona directamente con el honor, sino con el valor y el reconocimiento social, como en el caso de Natalia Ponce en Colombia, tema sobre el cual se llegó a opinar que ella fue responsable de su ataque en cierta medida al crear ciertas expectativas y no ser clara frente a las propuestas “amorosas” de su futuro agresor (Nieto, 2016). Inversión de los

órdenes y las responsabilidades para no perder nuestra tan naturalizada anestesia e indiferencia social.

Sumado a lo anterior, otro elemento de reflexión importante para pensar los ataques con ácido es entenderlo como una de las configuraciones de una violencia heredada y estructural, inserta en una red de violencias producidas tanto antes como después del ataque. Por ejemplo, en Bangladesh se presenta en un escenario de violencias sexuales y domésticas; en Camboya se produce en un contexto marcado por el tráfico de mujeres, prostitución, obligación al trabajo doméstico. Esta violencia parece puede ser aún más excesiva en estos escenarios debido al estatus social de la mujer, su dependencia económica y la falta de oportunidades, entre otros factores.

A propósito de esto: “Due to the silent and hidden nature of violence, there are no extensive statistics on how many women are victims and survivors of violence in Cambodia” (Welsh, 2009, p.12) silencios y ocultamientos que suceden en lugares como India (Menon & Vashishtha, 2013; Welsh, 2009), Pakistán, Sri Lanka, Indonesia (2009) y Colombia (Acosta & Medina, 2014). Violencia invisibilizada, no registrada, reportada o denunciada, quizás porque quien la sufre cree que es suficiente con haber sido atacada para tener que enfrentarse con más maltratos, ofensas, burlas y rechazos. No olvidemos que uno de los elementos más potentes del ataque es un seguro enclaustramiento y desaparición para quien lo ha padecido.

De esta manera, el efecto y sentido del ataque se refuerza con otras violencias e ineficiencias evidenciadas en los ámbitos policiales, judiciales, médicos, etc. En la India, por ejemplo: “The cult of masculinity prevalent in the department makes the police officers hold some stereotypes about violence against women” (Menon & Vashishtha, 2013, p. 4), los policías tratan inadecuadamente e injustamente a las mujeres atacadas, replican maltratos y abusos, en ocasiones reciben sobornos de los agresores, lo que imposibilita y hace lento el procedimiento legal causando pocas penas y agresores libres, por tanto, los dos ámbitos comparten una incompetencia y deficiencia indignante; a esto se le suma el hecho de que las mujeres atacadas tienen poco acceso a las cirugías reconstructivas y tampoco pueden pagar sus servicios médicos. A pesar de esto, hay pequeñas victorias en este país como la restricción y regulación en la venta y compra del ácido producida en el 2013. En Pakistán también se presentan una serie de fallas en

los sistemas, como el trato indulgente a los agresores en las cortes y sus pocas condenas, situación que hace que las mujeres denuncien muy poco (Welsh, 2009).

Por otra parte, en Colombia se evidencia desconocimiento y fallas en la atención a los ataques en lo médico, judicial y policial (Rodríguez & Martínez, 2015), falencias que se han intentado contrarrestar con leyes como la 1639 de 2013 junto a su decreto 1033 de 2015 y la resolución 2715 de 2015, marco que permitió establecer la Ruta de atención intersectorial para las víctimas de ataques con ácido, el Protocolo de atención integral a víctimas de crímenes con ácido (2014) para buscar penas más altas para los agresores, regular la venta de ácido, fortalecer los compromisos, responsabilidades y obligaciones de entidades e instituciones públicas frente a este tipo de violencia; buscar una mayor atención y acompañamiento en todos los ámbitos que se requiera y prevenir “la revictimización, asegurando que en ningún procedimiento o requisito se justifique la violencia contra las víctimas o se les culpabilice por los hechos violentos” (Decreto 1033 de 2014.p.10). Esto también puede verse en la ley 115 de 2015, que obliga a prestar una atención óptima y efectiva en lo legal, médico, psicológico, etc; establece una cartilla que materialice estos esfuerzos, derechos, asistencia y acompañamientos. Además, la ley 1773 de 2016, conocida como la ley “Natalia Ponce de León”, recoge los esfuerzos anteriores y concreta penas y multas más altas para los agresores, junto a una ruta de atención integral.

Así pues, presenciamos una expresión de violencia que se anuda, se deshace, se extiende en contextos, concepciones, imaginarios, ideales y cuerpos conocidos y desconocidos. El trabajo entonces es, poder ver los enjambres y articulaciones del ataque con ácido de manera mucho más local y depurada.

Tras estos recorridos, varios intentos y con una tarea puntual, llegó a la Fundación Reconstruyendo Rostros, organización ubicada en Bogotá y que trabaja desde el 2003 con las sobrevivientes de ataques con ácido. Al principio me costo un poco engranarme porque se cambiaban constante e inesperadamente tiempos, escenarios y reuniones; sin embargo, el trabajo y la apertura de Gina, su fundadora, daba unas posibilidades infinitas de aprendizajes. Estar allí me permitió entender la situación sin mediadores, experimentar y acercarme a unas mujeres atravesadas por el dolor. Aquí quienes

hablaban del tema ya no eran los libros, ahora estaba de frente y en carne viva con sus protagonistas.

Así pues, en mi nuevo camino se sumaban Fundación, datos, información, historias y, simultáneamente, se iban instalando y habitando en mi cuerpo memorias y sensaciones, estremecimientos y experiencias frente a los casos de las agresiones. Premonición de una escritura que por ningún motivo me dejaría intacta.

¿Contra qué escribo?

Contra qué escribo (Esteban, 2004) es el síntoma y el signo para iniciar este trabajo. Evento inaugural y definitivo que me permite ciertos permisos y posicionalidades, pero en particular, algunos obligatorios desahogos. La escritura de este modo y con este sentido me lleva a pensar el escribir como un enfrentamiento, no de esos necesariamente aniquilantes y destructivos, pero sí uno sin escapatoria; obligatoriamente cara a cara. Aquí escribo *contra* el ataque con ácido, por ser una violencia *caníbal*, infectada de los excesos y las crueldades de las que nadie se escapa, por contener una brutalidad que literalmente hunde la carne y las vidas. Efecto impactante y desgarrador que creía pasaría sin tregua por la mirada al ser una violencia *evidente e ineludible*, generalmente muy fuerte e intensa por lo excesivo de las quemaduras y la desfiguración; sin embargo, al conocer a algunas de las mujeres de la Fundación Reconstruyendo Rostros me sucedió algo particular. Para mí, lo más difícil pasó muy poco tiempo por la vista, no me sorprendía o aterraba verlas; en realidad, fue más desgarrador y fracturante, aun hoy, escucharlas.

No escribo contra una violencia desencarnada o anónima, sino contra una violencia con rostro. Específicamente, contra quienes la ejercen, la alimentan, pero también la permiten y omiten. Rostros que en su mayoría toman la forma de productores, administradores y reproductores del dolor (Das, 1997). Escribo contra esposos, novios, amantes, que la usan para demostrar hombrías, para que no queden dudas de que “*uno es hombre, hombre*”; contra vecinos, vecinas, amigas, amigos, “desconocidos” y “desconocidas” que no soportan y ponen en “*su lugar*” a mujeres que se creen “demasiado”; contra quienes ven en esta violencia una pedagogía en el dolor que nos

enseña extrañamente a resolver odios, amores, fracasos y frustraciones. En definitiva, contra quienes creen que el ataque con ácido representa una suerte de sanción, o justicia, al equilibrar dominios y mandatos sociales; contra quienes sienten que produce cierto alivio porque al parecer desprende y “cura” temores, venganzas y algunos otros de nuestros supuestos “males”.

Junto a estos rostros aparecen las instituciones de salud, seguridad y protección, contra quienes escribo por sus paradójicas y anestesiadas formas de tramitar con la violencia y el dolor, al olvidar su papel de garantes y protectoras para convertirse en reproductoras y perpetradoras del maltrato y el sufrimiento. Esto le tocó vivirlo a algunas mujeres atacadas al ser recibidas con la cordialidad médica de: “¿qué es eso?”¹, así como la agilidad del sistema de salud, que en un ataque recién producido se evidenciaba con “una señora me cedió el puesto en urgencias”²; cuando en los procedimientos policiales se “pierden” o nunca se registran los casos denunciados; en la responsabilidad de los agentes de policía al “dejar botadas” a las mujeres agredidas, entre muchas otras cosas vergonzosas que se producen en torno a esta agresión. Al escuchar todo esto por primera vez, me parecía increíble que un mismo acontecimiento pudiera reunir tanta incompetencia y de, alguna manera, complicidad con la violencia. También recuerdo que este día³ se me atoraron en la garganta una cantidad de insultos pero, sobre todo, de tristezas al pensar que el ataque no fuera suficiente, en realidad, ¿no era suficiente?, es de no creer que se necesitara aún más dolor. Empezaba a ser certero aquel dicho de “la letra con sangre entra”, era claro que con todo esto se prolongaba una *lección*.

Sabía de la ineficiencia e indiferencia de las instituciones por algunas de las historias de las mujeres de la Fundación al verlas en algunas situaciones cotidianas, pero también al haber sido una de sus “beneficiarias”, cuando al buscar “ayuda” por sentirme acosada, me topé con instituciones sordas, ciegas y mudas.

¹ Patricia, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

² “Ángela”, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

³ Diario de campo, página 6, Bogotá 8 de abril de 2017.

En este apartado no solo escribo contra los otros, sino contra mí, por pensar que escribir sobre el dolor es mirar dentro de los otros, pero nunca dentro de mí misma; por intentar comprender el dolor, persuadiéndome de que no es necesario sentirlo; por considerar que el dolor debe pasar por la teoría y la razón, y no simultáneamente por la experiencia y los afectos; por convencerme que el dolor debe ser mío y nunca algo compartido; por no creer que el dolor enfrascado, envenena.

¿A qué me enfrento al narrar el dolor?

Como lo he dicho, escribir era un enfrentamiento, pero en este caso, no solo lo era para los terrenos blindados y meritorios de la academia y sus certificaciones del saber, sino que se trasladaba a un espacio mucho más personal, quizás mucho más elevado y fundamental. Me cuestionaba incisivamente sobre mis capacidades, posibilidades y resistencias al enfrentarme a una experiencia de violencia; sobre si mis palabras tendrían el respeto y la justicia para narrar un dolor ajeno; si sería cuidadosa al acercarme a las personas, distanciándome de tratarlas como *material de trabajo* y si podría no sólo recibir y extraer, sino aportar y dar en este espacio donde me encontraba.

Creo que una de las tareas, entrenamientos y necesidades al intentar acercarse y narrar una experiencia violenta es aprender a ver, escuchar y callar, ojalá no sólo lo que una quiere. También, hay que recordar que, aunque el dolor se presente y dosifique más comúnmente en las palabras; al mismo tiempo, está fuertemente contenido en los silencios, estos que parecen indomables y no se pueden enmudecer en los cuerpos. Claramente, todo habla (Das, 1996). No solo tuve que afinar mis sentidos, sino que además, esta experiencia me implicó saber estar en los lugares y con las personas, pilotear el desborde, porque aquellas mujeres y sus historias casi siempre me sobrepasaban.

Así pues, me encontraba entre “los límites que traza la (in)decibilidad del sufrimiento; los límites que imponen los marcos sociales de la escucha a ciertas formas de testimonio; y los límites de una escritura que bordea las fronteras del cuerpo sufriente” (Aranguren, 2010, p.1). Esta encrucijada me hablaba de dolores que nada tienen que ver con el azar; por el contrario, son premeditados, producidos y enmarcados nítidamente en los terrenos de la *violencia*, de ahí su dificultad y pesadez al intentar hacerlos presentes.

De este modo, "el dolor y el sufrimiento no surgen sin más de las contingencias de la vida. También pueden ser experiencias creadas y distribuidas de forma activa por el propio orden social" (Das, 1997, p. 439). Insinuaciones sutiles de una definición y función del dolor que trabajaré más adelante. Por otro lado, también el dolor me dibujaba un dilema en el *hablar*, el *escuchar* y el *escribir*, pero además el *hacer* rondaba por ahí, sobre todo para mí, debido a que esperaba ver y encarnar algunas de las promesas e intenciones de la academia.

El hablar me mostraba las posibilidades y limitaciones del lenguaje frente al dolor, una reflexión de vieja data y con múltiples aristas (Aranguren, 2010; Das, 2002; Jimeno, 2008); me mostraba el sentido y los efectos que tenía para algunas de las mujeres de la Fundación contar o no sobre sus dolores, no sólo en los ataques, sino simultáneamente, en sus pérdidas, enfermedades y muertes.

En este punto se presentan y entrecruzan tres modos distintos de diálogo. En primer lugar, aquel producido *entre ellas*, que generaba una suerte de alivio porque "*no era la única a la que le pasaba*", aquí aparecían ciertas solidaridades que iban desde hacerse las curaciones, salir a la calle, hasta pequeños consejos sobre cómo llevar las adolescencias de sus hijos e hijas, sus propias vidas amorosas, entre otras cosas. En este espacio se *podía hablar* de todo y aparecían ciertas seguridades y comodidades.

En segundo lugar está el diálogo con sus familias, especialmente en la relación con sus hijos e hijas, debido a que en algunas ocasiones las experiencias de dolor tanto por el ataque como por otras situaciones se vetaban y ocultaban, tal vez para evitar que el dolor se compartiera, se convirtiera en una epidemia de tragedias. Supongo que en este punto operaban fuertemente el miedo, la vergüenza y la protección. Así, por ejemplo, Patricia le contó sin problema a su hija menor que "habían sido unas personas malas quienes la habían quemado"; sin embargo, no habló cuando sufrió otro tipo de dolores, como los del cáncer, que optó por callar. Por otra parte, Angy prefirió decirle a su hijo pequeño que sus cicatrices son producto de un "ayayay que le pasó en la cocina". Aquí se complicaba un poco más digerir y tramitar el dolor, por eso algunas decidieron que siguiera en su seguro enclaustramiento, creo que era la necesidad de huir de él, no solo por ellas sino, sobre todo, para alejarlo de sus familias.

En tercer lugar, y sin tanta intimidad como en los casos anteriores, el diálogo convocaba estudiantes, empresarios, figuras públicas, políticos, medios de comunicación, médicos,

instituciones, etc. Este escenario configura una de las posibilidades y sentidos en los que puede transitar el dolor al ser expuesto, compartido, puede convertirse en una especie de sanación y de soporte para el otro. Es claro que no es nada sencillo revelar su vida y estar arrojado a lo que puedan pensar o decir los otros; no obstante, en palabras de Gina, esto tiene cierta bondad: “No es fácil para nosotras contarlo una y mil veces, pero de alguna manera; también, sentimos que nos sanamos cada vez que contamos, cada vez que compartimos y sobre todo esperando que ustedes lo puedan asimilar y compartir de la mejor manera”.⁴

También, podía convertirse en una denuncia, no solo porque se ha producido y configurado a través de un acto violento, sino porque además es una queja contra las cegueras, sorderas y silencios de las personas y las instituciones: "Quien testimonia abre la posibilidad de develar responsabilidades, diferenciando entre responsabilidad jurídica, responsabilidad moral y sentimientos de rabia, culpa, vergüenza" (Jimeno, 2008, p. 288). Por otra parte, en este escenario se crean puentes, alianzas estratégicas que van desde amigos hasta conocidos, unos y otros de nobles voluntades, pero, además, algunos bastante “oportunos” y con calculados intereses.

Así pues, pienso cómo para algunas de las mujeres de la Fundación *poder hablar de sus dolores* ha sido una forma de combatir cerramientos y aislamientos que produce el dolor; ha sido un reclamo constante que hace ruido e incomoda a las instituciones, a la sociedad, y que ha posibilitado y abierto escenarios de transformación real. No obstante, a la par reflexiono sobre los costos para ellas de esa mirada quirúrgica de los demás, de esa sospecha en los motivos de su ataque, distancias y recelos porque algunos suponen que “*algo habrán hecho*”. En este punto puedo pensar que este dolor se convirtió en el justo *pago* para aquellas mujeres que parecía adeudaban algo a la sociedad (Das, 1997).

Además de lo anterior, aquí no sólo *cuenta* lo que se dice, sino también lo que se calla y se expresa en los cuerpos: "En lo que no dicen y en lo que silencian están instaladas las posibilidades para construir narrativas-de-otra-manera" (Aranguren, 2010, p.18). La tarea está en ser atenta.

Con todo esto, empiezo a pensar que el dolor que se configura en los ataques con ácido sufre una serie de espasmos en los que unas veces destruye y castiga, otras sana y alivia,

⁴ Gina Potes, fundadora de Reconstruyendo Rostros, organización que trabaja con las mujeres atacadas con ácido en el país. Bogotá 8 de abril de 2017.

pero sin duda, nunca deja de *enseñar* algo detrás y/o frente a los cuerpos y las palabras. Es evidente que este es un dolor encarnado, para algunas únicamente enquistado que agita y arrolla tanto fuera como dentro de la violencia; no importa si es mío o es la experiencia de otra. Debe ser por eso que encuentro siempre algo en él innombrable e incomunicable que definitivamente solo parece le pertenece a cada una.

Entre los dilemas que me traía el dolor aún se encontraban el escuchar y el escribir. Al escuchar sobre los dolores de las mujeres de la Fundación, sentía que era tan vertiginoso que no podía procesarlo o depurarlo, parecía que en cada encuentro constantemente estuviera intoxicándome y desintoxicándome, debido a que siempre tenía unas constantes náuseas, de esas que solo dan por la angustia. Para mí, la escucha era un recibir, a la vez que, una indigestión y encarcelamiento, en los que se requería de un tiempo de obligatorio enmudecimiento. Todo esto parecía conjugar parte de lo que significaba *tener su dolor* (Das, 1995); además, de convertirse en un modo de *reconocerlas*.

Reconocerlas implicaba una suerte de tránsitos entre las mujeres y yo, una especie de *traducciones*, de identificaciones en los dolores, en las condiciones y exigencias que compartimos al *ser mujeres*. Con ellas aprendí que el dolor es de naturaleza ambivalente, se padece, pero también acciona, aísla pero también convoca, consume pero también aflora: “El compartir nos acerca a la posibilidad de identificarnos con las víctimas, permite recomponer su membresía a la comunidad y restablecer o crear lazos para la acción ciudadana” (Jimeno, 2008, p. 267).

Sin embargo, esta experiencia no significaba lo mismo para todos, para algunos representaba *tenerlas*, hacer de su dolor una *posesión*, una mercancía, que literalmente se elaboró y distribuyó como trabajo académico, proyecto social, empresa, figuración pública, etc. Si bien quien escucha los dolores puede ser encarcelado por ellos; simultáneamente, puede ser carcelero de quienes poseen un dolor.

Luego de este recorrido vuelvo a los terrenos de mi escritura, esa que entendí desde el inicio de este trabajo como un enfrentamiento y también como implicación. Escribir sobre los ataques con ácido es escribir contra unas formas de violencia y dolor, es narrar las transacciones de experiencias entre otras mujeres y yo, es ser justa y compasiva con

los dolores ajenos y propios, es contar temiendo olvidar y desdibujar a quién me lo contó, es padecer miopías porque las vivencias se ahogan con tanta nitidez; es exceso de quejas y reclamos, quizás, por la imposibilidad de hacer algo en realidad. Puede ser que corra el riesgo de perder y extraviar un yo y/o un ellas, y ni se diga un nosotras.⁵

Creo se debe empezar a pensar cómo los ataques con ácido contienen la idea de dolores *curativos, punitivos, morosos, educativos, mercantiles, fulminantes, mortificantes, tenues e inhabitables*. Cada uno cuenta con aquellos que puedan producirlos, administrarlos, tratarlos y distribuirlos, en grandes o pequeñas dosis, a unos o a muchos. Además, para agrietar y posibilitar más aperturas, recojo las incertidumbres que Jimeno toma de Das en "Language and body. Transactions in the construction of pain" (1997). ¿Cómo puede uno habitar un mundo que se ha vuelto extraño a través de la experiencia desoladora de la violencia y la pérdida? ¿Qué hacen las experiencias de violencia al cuerpo de las personas, a la comunidad y a la nación? Bienvenidas a un terreno fértil de inquietudes y agitaciones.

⁵ Aranguren (2010) plantea las dificultades que existen en este tipo de trabajos para articular discusiones éticas, metodológicas y epistemológicas.



Taller sobre los objetos de la memoria 30 de abril de 2017

Primera parada

Ataques con ácido: aperturas e iniciaciones a una *violencia caníbal*

“¿quién fue y el por qué lo hizo? Todos los días me he preguntado eso, todos los días”
(Angy, sobreviviente de ataque con ácido, 2017)

Primer capítulo, primera parada, primer enfrentamiento. En este apartado presento una configuración general del ataque con ácido a través de varios elementos: uno, *ficciones y otros cuentos*, que representan las ilusiones y desconocimientos en torno al ataque con ácido; dos, *entre ellas, los ataques y sus historias*, que contiene las narraciones del ataque de Patricia, Angy y Ángela, divididas en: *aquel día*, donde ellas narran qué y cómo sucedió el ataque; *razones y autores*, donde se enmarcan algunos intentos por configurar porqué fueron atacadas y quienes pudieron ser sus agresores; tres, “*la palabra ácido para mí era ajena.*”⁶ contiene una definición y características del ataque; cuatro, *lecciones de masculinidad y feminidad* explica los modos como se configura esta violencia a través las relaciones de y entre hombres y mujeres; cinco, *pedagogías* aborda la forma en la que el ataque con ácido se convierte en una forma de castigo; y finalmente, los *contraataques* que definen algunos despliegues de violencias durante y después del ataque, especialmente, por parte de médicos, policías e instituciones.

Ficciones y otros cuentos

En Colombia el ácido era un elemento quitagrasa, quitamanchas, limpiador e incluso desinfectante antes de 2014.⁷ Muchos creíamos que su poder corrosivo llegaba hasta el piso o las cañerías de las casas, no pensábamos que podría ser parte de un ataque, es decir, de representar y ser una forma de violentar a otros y a sus cuerpos. No obstante, los ataques con ácido ya eran un hecho para muchas y muchos en el país, ya que se venían presentado desde 1996,⁸ pero, además, en 2013 se presentaron 613 casos, 497 a

⁶ Patricia, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

⁷ En el 2014 ocurre el ataque de Natalia Ponce de León, caso sobreexpuesto por los medios de comunicación hasta convertirlo en emblemático, lo que generó una transición en la forma de concebir estos casos y tratarlos no sólo por parte de las instituciones, sino por la sociedad en general. Para un país como éste es claro que “la violencia no se recuerda sino cuando se desborda y que no tenemos conciencia de ella hasta que se vuelve problema” (Blair, 2009, pp. 13-14). Sin embargo, la discusión está en que el ataque de Ponce no fue el único ni es la ejemplificación cumbre de este tipo de agresión. El lugar que se le dio generó sinsabores al invisibilizar otras historias con otras connotaciones sociales y olvidar el trabajo que otras mujeres, como Gina Potes, directora de la Fundación Reconstruyendo Rostros, venían realizando con las instituciones y las personas agredidas.

⁸ El caso de Gina Potes en 1996 es registrado como el primer ataque con ácido en Colombia.

mujeres y 116 a hombres⁹, números muy elevados como para pensar que se seguía tratando de un limpiador.

Parecía que *nadie nunca sabía nada* de esta violencia, pero realmente estaba configurada para pasar desapercibida e incluso ser ignorada. Es por eso que propongo entenderla en dos importantes *ficciones* que transitaban entre las instituciones y el sentido común, provocando una gran cantidad de vacíos, errores e injusticias para con quienes la sufrían.

La primera de estas ficciones es su *inexistencia*, se decía que aquí no pasaban esas “cosas” o que los casos eran mínimos. Inclusive hoy no hay registros ni denuncias constantes, tampoco se ven mucho sus *sobrevivientes*.¹⁰ Recordemos que los silencios y ocultamientos demuestran la efectividad de los ataques. También, su invisibilidad lleva la lógica de que lo inexistente está falto de responsables, afirmación asumida frecuentemente por algunas de las instituciones, los agresores y la sociedad en general. Quizás por eso la evidente precariedad de las rutas y protocolos de atención en la Policía, hospitales, Fiscalía, instituciones que, en algunos casos, “pecaron por desconocimiento”, pero también fueron extremadamente negligentes.

La segunda ficción, la *selectividad*, reforzaba la idea de unos casos escasos y aislados, seguramente problema de pocos, en especial, de muy pocas, probablemente de aquellas no tan obedientes, no tan diligentes, no tan... como se esperaba. Así pues, era más fácil convertir los ataques en tema de pocos y no de todos debido a que aliviaba pensar que ellas serían las únicas responsables. Sin embargo, el hecho es más complejo porque los ataques se desbordan en la cantidad de casos existentes, sus diversas motivaciones y razones; las incapacidades y cegueras al tratarlo; el hecho de que sea una violencia que también está dirigida a hombres, haciendo emergentes agresoras; sus distintas

⁹ Datos tomados de: “Barreras en la ruta de atención y protección de víctimas de Ataques con Agentes Químicos”, (2017) conjuntamente por la Fundación Alexandra Rada, Fundación Natalia Ponce de León, Fundación Reconstruyendo Rostros y apoyada por la Secretaría Distrital de la Mujer; presentada a la Procuraduría General de la Nación.

¹⁰ No uso los términos “víctima” y “victimario”, sobre todo, por haber sido devaluados en el marco del conflicto armado y los procesos de justicia; a mi modo de ver, conjugan un listado de características y aprobaciones que definen la violencia y sus efectos, elemento necesario en el marco legal. Sin embargo, también reducen y despersonalizan; finalmente, porque varias mujeres de la Fundación Reconstruyendo Rostros con las que trabajé creen que se enmarca en la lástima y la inferioridad, por lo que algunas de ellas prefieren la palabra sobrevivientes, que les da la posibilidad de resignificar su experiencia violenta. Por eso usaré “sobrevivientes” para referirme a ellas.

inscripciones en las ideas de *ser hombres y mujeres*; y también, en aquello que entendemos por amar, castigar, entre otras.

Además de lo anterior, ambas *ficciones* le dan a esta violencia un carácter desconocido, lejano y distante, inclusive para algunas de las sobrevivientes. Patricia, al contar sobre su ataque y su paso por uno de los hospitales dice: “cuando yo llego allá y me dicen, ¿sí, sabes que fuiste quemada con ácido?, para mí fue muy complicado, porque lo que te digo, yo no había escuchado la palabra ácido.”¹¹ La extrañeza provocaba un desconocimiento que se traducía en una queja y exigencia imposible a las instituciones, sumado a un no saber qué hacer consigo mismas y con sus cuerpos.

Entre ellas, los ataques y sus historias

A pesar de lo anterior y como forma de superación de tantas *ficciones* y sus males, traigo las historias de Patricia, Angy y Ángela, mujeres atacadas con ácido y parte de la Fundación Reconstruyendo Rostros. Cada narración estará enmarcada en *aquel día*, momento del ataque, junto con algunas de las supuestas *razones* y sus posibles *autores*.

Aunque el capítulo gira en torno a estas tres historias, se nutre de otros relatos y personas.

Patricia: “yo nunca fui una víctima, nunca me compadecí de mí misma”¹²

Aquel día...

Todo era felicidad y bueno, llegué a la ciudad de Bogotá, pasé esa Navidad con ellos (su familia) muy rico, muy chévere, me quedé a enero, que era el cumpleaños de mi sobrinito y nació el 3 de enero, entonces era su primer añito y, mi hermano me dijo: “no te vayas tan rápido, quédate” [...] desafortunadamente a los 20 días, eso fue el 13 de febrero de 2007, iba por la calle, una calle habitual, normal, con mi hija de 12 años [...] Cuando se me acercan dos personas, un hombre y una mujer; yo la verdad siempre he sido así como me ven

¹¹ Patricia, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

¹² Patricia, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

en este momento, una persona dada a las demás, muy amable, muy carismática; [...] “se les ofrece algo”, pensaba que estaban buscando una dirección o que de repente sí sabía si pasaba un taxi, como las preguntas habituales.[...] Cuando la señora llevaba una chaqueta normal, una chaqueta ancha como gabán, llevaba bufanda, unos lentes, su cabello recogido, el señor iba con...normal, es que estaban normal, iban tan normal que no sospeché en ninguno momento nada, ni siquiera que me iban a robar o algo. No, no pensé nada. Cuando me di cuenta fue que ella estaba sacando como una taza de la chaqueta y la lanzó, al lanzármelo, me cayó a mí, al rostro, porque mi hija estaba a este lado (señala el lado derecho) y todo lo recibí, todo el líquido lo recibí yo, en ese momento dije: “ vé, estás loca” [...] porque sentí calor y yo pensé que era un tinto caliente, pues porque la verdad, la viscosidad del líquido era oscura y, yo lo asimilé, como me gusta tanto el tinto (risas) [...] y, empecé a sentir que me quemaba, que me quemaba, que me dolía, que me ardía y era desesperante. Y pues ver a mi hija...la reacción de ella fue muy fuerte, porque la reacción de ella era verme, pero ella gritaba y lloraba, entonces, yo como que espérate, cálmate que... y yo limpiándome, y yo cálmate; porque yo soy muy tranquila, pero mi hija era la que estaba viendo que mi rostro se estaba [deformando] , desfigurando, en el sentido de que lo que me estaba quemando a mí, [...] e inflamando el rostro, me lo inflamaba y lo ponía rojo, rojo, y lo inflamaba, hasta que se ponía grande. [...] Mi primer reacción, que yo siempre le agradeceré a Dios [...] fue escupirlo y coger mi camiseta darle la vuelta así (Dobla su camisa hacia afuera) y, me limpié por dentro de la boca, eso es algo que [...] los doctores siempre me dicen, “¿cómo hiciste eso?”, o sea, eso fueron no sé, en unos segundos, “¿cómo lo hiciste?” Dije no, no sé, yo sentí y, lo que hice fue escupir y como sentí la boca llena, [...] eso fue lo que ayudó a que no tragara el líquido, no lo pasara, y si no, no estaría aquí contándoles. Y mi otra reacción, ponerme y rápido limpiarme los ojos porque yo quería ver, [...] y no podía, porque los ojos se empezaron a cerrar, a cerrar, por eso fue que me quemé las manos [...]

Cuando mi hija me dice: “mami es que la ropa, la ropa, se te está cayendo”, o sea, la ropa se estaba desintegrando, se estaba cayendo por pedazos y la otra se pegaba a la pierna, fue cuando yo dije, “esto no es, esto no es tinto”, nunca, ni siquiera por ese momento, *la palabra ácido para mí era ajena, porque donde yo vivía, no; esos ataques ya estaban [era] acá, [...] cuando empezó todo este proceso.*Bueno, empezamos entonces, mi hija a llorar, a gritar, como que nos ayudaran, pues eso era en la noche, ya eran como las 8 y media o 9, [...] las personas ya estaban como en sus hogares, esto fue un día martes [...] Lo único que recuerdo es que medio alcancé a ver en sombra que estas personas se subieron a un taxi y se fueron y, mi hija se quedó ahí conmigo, mi única reacción fue decirle devuélvete y dile a tu papá que venga y me ayude y, dile a tu abuelita; porque pues, estábamos como a dos cuadras de donde mi mamá, a media cuadra donde nosotros estábamos viviendo, quedándonos. [...] Eso fue lo que le dije a ella, [...] se regresó para la casa, cuando... es curiosísimo, porque incluso ya me da risa [...] mientras mi esposo, pues él estaba acostado viendo televisión, mientras él se puso los zapatos, se acomodó y mi hija también; entonces, se demoraron en llegar; yo fui la que llegó, a donde estaban ellos, cogidita de las calles, de las casa, como que yo ya tenía como el recorrido, [...] la reacción (de su esposo) fue ponerme agua porque me dolía mucho y mi esposo me llevó al baño, no sé ese día qué pasó, pero no había agua, no la cantidad que necesitaba, porque abrí la llave y[...] no, no había agua, tocó de la

alberca coger como tazadas y me lanzaba agua, no fue la cantidad justa. Mientras llegó la ambulancia, llamó (su esposo) a la ambulancia, llamó a todos, pero nadie llegó, entonces en su afán, pues lo que hizo fue conseguir un vecino del frente con un carro; me subieron a ese automóvil, llegué al centro asistencial más cercano, en el cual duré una hora esperando que llegara la ambulancia, [...] no llegaba, [...] la ambulancia venía desde el Hospital Simón Bolívar. Entonces yo estaba ubicada en Álamos Norte, [...] se demoraba una hora en llegar, luego de ahí, una hora de traslado al Simón Bolívar, fueron dos horas [...] *Yo digo que duré como tres horas, tres horas quemándome* [...] el error que cometieron ellos fue que me llevaron un balde, cuando llegué al centro asistencial me llevaron un baldecito, con una taza con agua [para] que metiera las manos [para echarse el agua en el rostro] [...] mi rostro era así (hinchado) y de ahí (del balde) *cogían agua y me ponían, y el agua caía ahí de nuevo con el ácido*, [...] yo no medaba cuenta de eso, porque yo en ese momento quedé sin poder ver, si yo me hubiera dado cuenta, yo creo que hubiera sido la primera en reaccionar, ¡traigan agua limpia! [...] ¡Cambien el agua! No sé, algo hubiera hecho, pero no, yo creía que ellos estaban haciendo lo adecuado (los médicos), lo conveniente en ese momento y después fue que me entero, [...] mi hermano logró pasar como la seguridad y entrar, [...] él dice que me [...] vio, que me ponían el agua y caía ahí, y volvían y me la ponían, [...] [con] el ácido, eso fue un error fatal que cometieron [...] Ya después que llego al Simón Bolívar, me empiezan a quitar mi cabello, yo tenía un cabello, más largo que este, más grueso, estaba casi que en la cola, me pasaron y me dicen: “bueno, mira te tenemos que quitar el cabello”, yo, quítenmelo, de una, yo no lo pensé, quíteme el cabello, el cabello crece, [...] [...] El cabello esta parte de acá(señalaba parte de la puntas) [...] quedó recogido, quedó muy tieso, muy fuerte y...pues por infección, [...] Ahí si duré como dos horas, yo sentía el agua que corría, y el agua que corría, sentía alivio, como fresquito al comienzo, al comienzo me dolía, pero ya después sentía como fresco [...]

Al otro día fue el fatal desenlace, no podía oler [...] manos, pecho, toda vendada, me decían que parecía una momia, literal, toda vendada, pero no podía hablar, porque mi boca estaba quemada por dentro, entonces fue como... esa noche pasé una noche terrible. Yo creo que todas nosotras pasamos una noche terrible, porque empieza uno con esos temores y esos miedos, para mí era, ¿porque me hicieron esto?, o sea cuando yo llego allá y me dicen: ¿si sabes que fuiste quemada con ácido?, para mí fue muy complicado, porque lo que te digo, yo no había escuchado la palabra ácido, [...] cuando me dicen que el ácido [...] tenía unos efectos, que eso era súper complejo, porque las secuelas eran así y así [...] [cursivas mías]

Razones y autores

Yo decía si hicieron esto, esto, es para matarme, o sea, esto aquí no me querían viva. Y empiezo yo a pensar, ¿quién pudo haber sido? ¿quién me hizo esto? ¿yo no vivía acá? ¿por qué me quisieron agredir de esta forma? Empiezan mis miedos, mis temores, empiezo a desconfiar [...] hasta del perro de la casa, o sea, el gato, todos, todos, para mí todos eran enemigos en ese momento. *Yo nunca he*

*tenido enemigos, porque nada, nunca he peleado con nadie, [...] ese día comprendí que [...] había alguien a quien yo no le caía bien, y bueno, empieza como mi dolor, mi tragedia, asimilación, como que... ¿qué está pasando?*¹³
(cursivas mías)

Para Patricia, la respuesta a esta última pregunta es difícil de contestar; sin embargo, y tras tanta clandestinidad, se dibuja tímidamente una configuración de los ataques, especialmente, cuando habla de enemigos, peleas o no caerle bien a alguien. Quizá estas palabras se convierten en licencias para tomar del otro su prestigio, honor, belleza, dinero, etc. Para algunos agresores, representa una suerte de justicia y ajuste de cuentas por aquello que sienten se les ha robado o simplemente han deseado. Sumado a esto, y no completamente de acuerdo con Patricia, creo que el ataque no tiene como objetivo matar, ya que esto sería inmediato y poco aleccionador; al contrario, su tarea es otra, mucho más lenta y mortificante.

Angy: “era la súper metalera de cabello largo, negro y andaba como gato”¹⁴

Aquel día...

Yo iba caminando por la acera de mi casa, había quedado de verme con unas amigas y eran las 7 de la noche. [...] Salí del conjunto, vivíamos en ese entonces en una casa de conjunto cerrado (como les digo mi vecina, yo vivo en la casa 113 y ella en la casa 112). Mi mamá ya sabía cuál era el problema que teníamos, entonces yo que iba a salir y ella estaba con el novio. Me entré y yo dije: “Mamá, ella está ahí, qué fastidio”. [...] [Salí del conjunto, iba caminando], [miré] para atrás, había un tipo, de cachucha y le salían eso medios crespos ahí; un jean y una camisa a cuadros rojos. [...] iba caminando como con una olla, [...] me imaginé era que llevaba buñuelos. ¡Buñuelos, marica! Yo “uy, qué rico, tengo hambre [...]

[...] el tipo iba más cerca. Entonces, como yo ya tenía esa corazonada porque dos días antes de lo que me pasó... (devolvámonos dos días) un tipo (el mismo), [...] intentó pegarme en la noche que yo llegué de trabajar, me bajé del Transmilenio, [...] ya llegando, a una cuadra, por la misma cuadra donde me echaron el ácido; fue la misma cuadra donde el tipo corrió y cuando volteé a mirar y me devolvió la cara con un puño. El tipo creyó que tal vez con eso me

¹³ Patricia, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

¹⁴ Angy, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

iba a tumbar al piso, pero no. La verdad [...] siempre me he caracterizado por ser peliona (sic)... pero eso era mucho antes...[risas] O sea, como la verraquita, “aquí no va a pasar nada y no me dejo de nada”. [...] El tipo, al ver que no me caí, me cogió del cuello (estaba detrás mío), empezó a cogerme de esta manera y empezó a hacerme así en la cara (se acaricia la cara). Cuando me di cuenta, el tipo tenía en las manos guantes de cirugía. [...] Solamente me arrodillé y me seguía haciendo esto, sino que también, no sé cómo, tenía una fuerza... y con la rodilla me pegaba y me daba patadas. Hubo un momento en que me llegó a soltar porque ya estaba gritando tan fuerte, tan fuerte, que la gente empezó a asomarse y me caí en el andén [...] Cuando en ese momento un carro salió, un señor se bajó y el tipo se asustó; pero a mí me dio risa porque el tipo le apuntó con su celular y le dijo “quieto, hijueputa”. Ahí me pude salvar. El caso es que yo iba a ir corriendo detrás del tipo, no me importó, [...] pero el señor que lo asustó me dijo: “¿cómo me va a dejar aquí? ¿cómo me va a dejar con este otro?”. Cuando me di cuenta había otro tipo ahí parado viendo cómo me estaban pegando y sé que es uno de ellos. Porque yo trabajaba en ese entonces en la 127 y yo salí de trabajar y veía las siluetas de dos tipos, la silueta de ese tipo, del que me había golpeado; tal cual: gorra, flaco, delgado alto... [...] Se quedaron un buen tiempo ahí parados porque me quedé viendo unas películas con unas amigas y yo no les paré bolas. El otro chiquito, gordo [...] Y efectivamente, cuando yo llegué a mi barrio, estaba el otro chiquito ahí y yo me di cuenta que me venía siguiendo desde el trabajo.

[...] el señor me ayudó muchísimo, llamó a mi papá, llamó a la policía. [...] En todo caso la policía lo cogió, mi papá lo golpeó, no mucho [...] después de esto lo llevaron al CAI de Perdomo y lastimosamente, no cogí los datos de él porque ya era muy tarde. Sin embargo, yo dije “bueno, mañana yo vengo y saco los datos de lo que los policías hayan sacado y voy pongo el denuncia”, porque esto no es así como así, no lo van a coger a uno en la calle y le van a pegar y sin robársele nada [...]Entonces, aun así, fui al otro día y cuando me dijeron “que no, que no estaba, que no habían tomado datos del tipo...”. Me dio una... quedé muy indignada [...]fui a la fiscalía, nadie sabía: “¿en qué le puedo ayudar si no tiene datos?”. Alegue con la policía del Perdomo, no me colaboraron. Bueno, en fin...al otro día como si nada hubiese pasado [...]

Al otro día fue por la noche, [...] Cuando volteo a mirar otra vez, [...] el tipo no alcanzó a agachar la cabeza y le vi los crespos. Me quedé blanca, asustada, ya sabía quién era. [...]¡Empecé a correr, [...] aun así voló!, llegó rápido y [...] no me alcanzó [pero aun así] me echó el ácido por toda la espalda. [...] La cantidad era tan grande que consumió la ropa y me quemó el cabello, tenía el cabello extremadamente largo, un poquito más abajo de la cola. Dentro de las tribus urbanas yo era metalera, era la supermetalera de cabello largo, negro y andaba como gato. Entonces lo que más consumió fue mi cabello y toda la ropa que llevaba encima; me alcanzó a quemar, según los médicos, el 65% de mi cuerpo: la espalda, los glúteos, piernas... pero más que todo los glúteos y la espalda, [...] me quemó cierta parte del cuero cabelludo. Por tener el saco cuello de tortuga, se derritió y quedó en mi cuello, por eso aquí las quemaduras en mi cuello. Una parte de mi brazo, esto sí fue por el cabello: porque al correr, el tipo me echó el ácido, cayó en el cabello y al devolverse, por inercia, me cayó en la mano. Y

aquí tenía una manilla de metal que se me quedó pegada, [...] perdí parte del cartílago de mi oreja [...]

El proceso para llegar al hospital fue muy duro, yo creo que fue la peor parte. La peor parte fue cuando empecé a gritar, no recibí ayuda del señor con la gaseosa, creo que él también se asustó y lo comprendo. Estaban en plenas novenas y entré a un conjunto desesperada, diciendo que me habían quemado, y la gente solamente se quedaba mirándome como diciendo “que vieja tan... ¿qué se tomó?”. le dije al celador que por favor me ayudará y me dijo: “yo no puedo porque no puedo dejar la puerta sola”. Lo que más me dolió a mí fue entrar por esa puerta, gritando como gritaba, y tener que devolverme así como entré y gritar por todo el barrio que me habían quemado.

Encontré ayuda ya llegando a mi casa, ya donde habían tiendas y todo todavía seguía abierto, porque eran las 7:30 de la noche. [...] [Un señor] me llevó a la droguería del barrio y nadie, absolutamente nadie, sabía qué hacer conmigo. Me envolvieron en una sábana mojada, yo lo único que hice fue, rápidamente, echarme agua del lavamanos y entre más me echaba agua, más me ardía. [...] Esa fue la última vez que yo me vi la cara bien, brillante pero bien, porque brillaba. Nadie podía tocar la sábana porque se quemaba [...]. Mi mamá intentó cortarme el cabello [...]. Yo le dije: “mamá, córteme el cabello, córteme el cabello” porque se me había pegado a los glúteos y ese era el dolor más intenso que yo sentía (...). Entonces, mi mamá iba a cogerme el cabello y no podía... ella también tiene una cicatriz parecida, ella se quemó las manos. Yo misma me quité la ropa, sin importar que me untara más con ácido, nadie se atrevía a tocarme; y me envolvieron en esa sábana mojada. Creo que esa es la peor experiencia que yo pude tener, sin contar la de esperar la ambulancia. Dicen que muchas personas antes de que me vieran entrar, como me escucharon [...], empezaron a llamar las ambulancias y solamente llegó una, sin mentirle, como a los 20 minutos [...]. No sabía que eso tenía que demorarse menos, porque para mí eso fue rápido... la verdad. [...] Cuando llegó la ambulancia yo fui la que corrí detrás ¡ayúdenme!

Después de todo eso, estuve tres meses en el hospital, diez días en coma inducido; [...] porque no soportaba el dolor [...] por ejemplo, duré dos días con la manilla pegada, nadie se atrevía a quitármela, pero llegó un cirujano y dijo “pues entonces para cirugía”. Porque el ácido, por más que uno se bañe y ya lo quite, eso sigue carcomiendo la piel, [...]. Lo que duró la manilla mientras estuve en el Hospital Colombia, ¿es que se llama?, a las 7 de la mañana habían hecho algo que según mi EPS no estaba permitido [...], me trasladaran al Simón Bolívar, porque [ésta] no tenía ningún convenio [...]. Allá fue donde me indujeron (sic) el coma, estuve tres meses, pasé navidad, 31 [...]

Razones y autores

“[...] Mi pregunta siempre ha sido ¿quién fue y el por qué lo hizo? Todos los días me he preguntado eso, todos los días. *Nunca se hizo justicia como en la mayoría de los casos* tampoco una buena investigación, o sea que profundizara

bien el caso, nadie se interesó mucho en eso: ni la Fiscalía, ni el CTI. También, después de que salí del hospital en Medicina Legal tampoco hubo un fuerte apoyo para eso. [...]

[...] *Muchas personas empezaron a preguntarme que si me había metido, tal vez, con un hombre casado, que esa es la primera. O tal vez fue mi ex-novio (y no)[...]*

[...] Se tienen dos sospechas: que haya sido una ex-amiga, porque peleamos muy fuerte (duró muchos años). [O] mi ex-amiga, mi archi-enemiga; era mi vecina.

[...] Entonces, ya tenía pensado quién era: mi vecina. Ya teníamos una querrela, ya habíamos tenido una pelea grandísima. Entonces, yo ya la había demandado y toda la vaina, me había vuelto la cara una nada. Y supuse que ella era, porque siempre atinaba a mi cara y me decía que la próxima me iba a volver feo... entonces “blanco es, gallina lo pone...”¹⁵ (Cursivas mías)

En el caso de Angy, a diferencia de Patricia, aparecen muchas más certezas en cuanto a ¿quién y por qué lo hizo? Aquí el ataque tiene superficies más definidas en las razones y autores, se configura como venganza, una *conocida* que se venía preparando y alertando. Por otra parte, aunque hay ciertos saltos y algunas claras ediciones en la historia por parte de Angy, mi lugar no es el de auditora de la verdad; por el contrario, cada palabra, silencio y omisión es una posibilidad para comprender lo que acontece en los ataques.

“Ángela”: *“he tenido que vivir una lucha fuerte, he sido una persona que no me gusta como incomodar a nadie”*¹⁶

Aquel día

Bueno, lo mío fue hace [...] 9 años. Yo iba con una amiga y en ese tiempo estaba recién separada, [...] pues no separada. Yo tenía mi niña de 4 años [...] yo tuve mi niña muy joven y entonces me gustaba mucho mis rumbas y todo eso, ¿sí? [...] o sea, la verdad sí. Y yo no quise vivir con el papá de la niña y ese día que tuve lo de la agresión yo estaba con él (...), me bajé de la buseta que él manejaba, iba pasando por una obra y [...] me “pispieron”. A mí nunca me ha gustado... a mí me llaman por mi nombre y yo conozco, ¿sí? Entonces me “pispieron” y donde yo hubiera volteado a mirar, yo creo que me hubieran quemado toda la cara. [...] Seguí caminando, cuando yo sentí fue como si hubieran corrido y me echaron el ácido [...]. Empecé a gritar y a lo que a mí me

¹⁵ Angy, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

¹⁶ “Ángela”, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

escurría el cabello, [...] me quemó aquí (señala una de sus manos) [...], esto es una gota. Y lo que me escurría fue lo que le salpicó a mi otra compañera. Pasamos por una bomba y yo gritaba: “¡Ayúdenme, ayúdenme!” y la gente me miraba como diciendo “esta vieja está loca”, lo que dice Angy. Y es verdad, uno: “¡me estoy quemando!”, pues la gente dirá: “¿Pero quemando a dónde?”, pues sí. Es que el ácido, yo sentí que es como si uno se quemara con candela, como si a usted lo hubieran prendido; como si le hubieran echado gasolina y lo prenden, así. Yo sentí eso.

Y yo ahí: “Señor, ¿cierto que me quemaron?” y la gente... [...] hasta que como a los 20 minutos llegó la policía: “¡Échenle agua!, suba...”; así me subieron como si uno fuera un... o sea, nada.

[...] la nena que se quemó conmigo, me miraba y yo la miraba. Y pues las dos ahí gritando... Llegó la policía, nos llevó para el hospital [...] y nos bajaron ahí “Aich, llegaron estas viejas ahí...”. Nos tiraron ahí como si nada. Estábamos en urgencias en el Hospital de Kennedy y yo: “¡Me quemo, me quemo!” y los médicos: “Tiene que esperar” y yo: “Yo ¿qué esperar de qué?, ¡si me estoy es quemando!”. Una señora que estaba en urgencias dijo: “yo le cedo el puesto a la muchacha” [...] yo desesperada, cuando me aplicaron fue morfina porque ya me estaba volviendo loca del dolor y no [...]. Me pasaron para el Hospital Simón Bolívar, fue cuando Angy iba saliendo y yo iba entrando, porque a mí me quemaron el 7 de febrero de 2008. Ella salió para esos días, ¿no? (...) A usted (Angy) le pasó primero, luego me pasó a mí, luego le pasó a Erika.

Razones y autores

[...] Pienso que lo que me pasó, no sé... ah, cuando estuve hospitalizada, él(su expareja) fue al hospital y me dijo al oído: “Eso no fue nada para lo que usted me hizo sufrir”, entonces yo le dije: “Usted fue el que me mandó quemar, usted fue el que me quemó la cara. ¿Cierto?”. Y yo me acuerdo que ese día, antes de que me pasara esto, alguien lo llamó y él le dijo: “Sí, por ahí en 5 minutos”, pero yo lo vine a pensar cuando ya estaba en el hospital. Yo vine a atar cabos y le dije: “¿Usted fue el que me mandó quemar la cara?” y me dijo: “mmm, yo no sé... y le voy a quitar la niña”. Entonces, yo supongo que fue él, dijo: “a ver si su noviecito la va a seguir queriendo”. Y ese noviecito hoy en día es mi esposo [...].¹⁷

El caso de Ángela configura el ataque en torno a un “*hay amores que matan*”; aunque no la mató, la dejó “muerta en vida”. Lo que movilizó y produjo la violencia fue un amor no correspondido, decisión imposible en una sociedad en la que éste es “para toda

¹⁷ “Ángela”, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

la vida”; tal vez por eso, el *castigo* debe ser tan severo y prolongado para que ni ella ni ninguna otra olvide comportarse como es debido, *así nadie* la va a seguir queriendo.

De esta forma, las historias de Patricia, Angy y Ángela dan pistas que me ayudan a definir algunas de las características y sentidos de los ataques con ácido. Sin embargo, antes de empezar a darle cuerpo a aquello que representa y justifica esta violencia, sigo atenta a lo que señala Blair en torno a la dificultad de conceptualizar la violencia y comprender sus “numerosas caras, fruto de procesos distintos” (2009, p. 10). Espero no perderme en el camino.

“La palabra ácido para mí era ajena.”¹⁸

Teniendo en cuenta lo anterior, mi ruta de trabajo y comprensión de la estructura del ataque empieza por enmarcarlo como una *acción violenta* e identifica sus características básicas. Defino la violencia como una “acción social disruptiva y argumenta que aún la forma más desnuda de coerción física no es objetiva ni desnuda, sino que funciona como un despliegue para persuadir a la audiencia, un medio de comunicación y no simplemente un medio de acción” (Goffman, en Jimeno, 2004, p. 26). Esta idea da puntadas para entender la *violencia como acción* sin agotarse en la acción violenta como tal; por el contrario, aporta y reconoce que ésta se instala de modo permanente en la vida de las personas que la producen y la sufren, así como también en el escenario social. De este modo, es una de las formas de *mostrar* y configurar el valor y lugar que le doy a los otros, pero además, a mí mismo. Quizás por esto, habrá que estar atentos a los canales públicos y privados expuestos, a las programaciones y sus mensajes, a sus actores, presentadores y espectadores. De igual forma, es necesario atender al contenido y sustrato social que configura las violencias, particularmente, en aquello que apreciamos, desaprobamos, reivindicamos o castigamos.

Esta definición ofrece unos marcos de comprensión y reflexión para configurar los ataques con ácido; sin embargo, se necesita algo más robusto y con mucha más carne. Para ello, usaré el concepto de *acción violenta* que:

¹⁸ Patricia, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

“se entiende como un acto anclado en las contradicciones y conflictos sociales inherentes a la vida social y privada, que siempre sobrepasa su sentido instrumental gracias a su gran eficacia expresiva. Ésta revela su aspecto eminentemente relacional e intersubjetivo, pues el acto violento se refiere siempre a otros y, especialmente, al lugar de uno mismo frente a otros. La eficacia expresiva y la capacidad coactiva del acto de violencia pueden ser un medio de reafirmación de la persona en el mundo y una forma de negociación frente a otros” (Jimeno, 2004, pp. 29- 30).

Así pues, entenderé el ataque con ácido como una *experiencia violenta* debido a que, al ser un *acto anclado* a lo social y cultural, se encuentra arraigado y encarnado a nuestras disputas y contradicciones,¹⁹ especialmente sobre aquello lícito de *ser hombre y mujer*; por convertirse en un modo particular de tramitar y usar la justicia y el dolor, en el que parece la violencia es la única medida, resolución y salida, porque trasciende su *sentido instrumental*,²⁰ a pesar de tener un medio muy concreto y efectivo. Los ataques se desbordan a múltiples fines y efectos colaterales, sólo hay que echar una mirada a todo aquello que hace la violencia, la ley y las intervenciones quirúrgicas en las familias y los cuerpos de la mayoría de las sobrevivientes. Porque al configurarse en una *eficacia expresiva*, reafirma que la violencia es en acto, punto clave e iluminador que recuerda a los involucrados, toma forma y se hace *experiencia* tanto para sí mismo como para los otros, dibujándose en un juego de afirmaciones, negaciones, en las cuales se disputa el lugar de uno y de otro, batalla de posiciones, en la que efectivamente unos son ganadores y otros perdedores. A la par, esta concepción revela uno de los sentidos más fundamentales del ataque, como he insinuado anteriormente, el que sea una violencia que *cuenta y enseña* algo para un público, en este caso, toda la audiencia social.

Enmarcando su definición y estructura es más sencillo abordar sus características. La primera, es un acto *premeditado* debido a que tiene una planeación que se evidencia en gran parte de los ataques, en los tiempos y los espacios en los que ocurre; simultáneamente, porque el medio usado (el ácido o cualquier otro agente químico),

¹⁹ Es importante señalar que los marcos de configuración de la violencia no sólo hablan de las contradicciones, sino que además, ponen en tela de juicio los fundamentos sociales. Es así que trabajar sobre y con la violencia tiene un efecto telúrico en nuestras sociedades. "Hablar sobre experiencias de violencia, en cualquier terreno sea privado o público, desata polémicas en la medida en que pone en evidencia contradicciones y evidencias de los principios en los que se funda la sociedad hablar"(Jimeno, 2008, p. 271).

²⁰ La violencia instrumental se agota en el acto violento mismo; por el contrario, como se ha visto, el ataque con ácido se configura en una serie de despliegues y prolongaciones tanto a nivel personal como colectivo. La "violencia instrumental", como "medio racionalmente escogido para alcanzar un objetivo determinado" (Fletcher, citado en Segato, 2003, p. 44).

implica una comprensión y cálculo por sus prolongados efectos. Así pues, hay pocas formas de plantear que sus responsables sufrieron un estallido de locura o de pasión por la venganza o el desamor.

Todo esto puede evidenciarse en las historias de Patricia, especialmente por las sospechas que generan el hecho de que el evento ocurra cerca a su casa exactamente cuando ella sale a caminar. De Angy, por la vigilancia cerca a su casa antes de ser atacada. De Ángela, porque de manera más puntual y directa se presenta en el descaro de las respuestas de su ex pareja.

La segunda característica, su *previsibilidad*, determina que en la mayoría de las situaciones, ¡ojo, no en todas!, tiene raíces y pasado, es embrionaria, es una *violencia con historia*, gestada tanto al interior de sus vidas como de sus familias u *hogares*; cargada de una serie de síntomas y señales que muchas veces las sobrevivientes no reconocen como violencia o si lo hacen se sienten culpables de ella.²¹ También, por su fuerte arraigo en varias comprensiones sociales del amor, la justicia, el deber ser, etc. Es así que, muchos de los *autores* tienen un rostro de familiaridad, según un informe²² que conjuga cifras de 2012 a 2016 los agresores en el país son: compañeros (as) permanentes, aproximadamente 200 son hombres y 184 mujeres; esposos(as) aproximadamente 220 son hombres y 196 mujeres; ex esposos(as) aproximadamente 60 son hombres y 52 mujeres; ex amantes aproximadamente 62 son hombres y 34 mujeres; madres aproximadamente 38; padres aproximadamente 40. En menores valores son nombrados: ex compañeros (as) permanentes, ex novios (as), novios (as), padrastros, madrastras, primos(as), suegros(as), tíos (as), amigos (as), ex amigos (as), compañeros (as) de estudio, encargado (a). Sin embargo, también se encuentra una cifra elevada en “otros” con aproximadamente 43 mujeres y 53 hombres; “sin información” con aproximadamente 60 mujeres y 80 hombres. El ataque, esta *violencia con rostro*, derrumba sin tregua aquellas ficciones en las que eran pocos, aleatorios y aislados los casos.

²¹ Diario de campo, charla con Gina, página 15, Bogotá, 26 de mayo de 2017.

²² Datos tomados de “Barreras en la ruta de atención y protección de víctimas de Ataques con Agentes Químicos”, elaborada este año por la Fundación Alexandra Rada, Fundación Natalia Ponce de León, Fundación Reconstruyendo Rostros y apoyada por la Secretaría Distrital de la Mujer; presentada a la Procuraduría General de la Nación.

De esta forma, dicha *previsibilidad* se observa tenuemente en Patricia porque ocurre cuando llega a Bogotá al barrio en el que creció y que fue parcialmente fundado por su familia.²³ En Angy, por las riñas y peleas con su ex amiga y/o vecina, elementos que refuerzan y dan otro marco de comprensión al ataque debido a que muestran una violencia que ya no es anónima, sino que ha adquirido un rostro familiar y femenino. En Ángela, es enmarcada por la separación o por el hecho de haber tomado otra decisión en torno a su relación, puntos que definen claramente las *razones* y el *autor* de su agresión; pero además, porque las violencias han atravesado su historia personal y familiar.

La tercera característica, su *efectividad*, definida por sus particulares medios y sus fines, rebasa la instrumentalidad porque no se acaba en el evento, sino que se hace extensiva y se despliega, es una violencia que quiere más, nunca deja ni acaba. Prolonga largas subordinaciones y disputas consigo mismo porque borra identidades e historias; llena de miedos, culpas, vergüenzas, venganzas, pánicos, soledades, a la vez que enclaustra, aísla, empobrece y estigmatiza. También produce riñas con aquel cuerpo intervenido, por los dolores de las quemaduras, los procedimientos quirúrgicos, las instituciones, los recuerdos; con los otros, porque es una violencia que incapacita física, moral y simbólicamente; crea dependencias económicas, deshace familias, revictimiza, espectaculariza. El ataque engulle porque su satisfacción está en no dejar literalmente nada.

Tensiones y contradicciones materializadas en Patricia al quitarle parte de su rostro obligándola a aprender a oler, ver y escuchar. En Angy, que aunque el ataque no le quema el rostro, le quita poco a poco *su cuerpo*: le cercena la oreja, le destruye la espalda y la somete además a dolores interminables y prolongados como el que padeció cuando le quitaron la manilla. En Ángela, porque, aunque no la acabó completamente, sí perdió parte de su visión, a su hija y su vida.²⁴ No olvidemos la cantidad de intervenciones quirúrgicas por las que atraviesan para reconstruir sus rostros o los interminables procedimientos para rellenar su piel.

²³ Taller cartografía realizado el 13 de mayo de 2017.

²⁴ Taller sobre los objetos de la memoria realizado el 30 de abril de 2017.

Lecciones de masculinidad y feminidad

Por otra parte, esta acción tiene unas largas y hondas raíces inscritas en nuestros modos de aceptar o rechazar aquello que creemos es ser hombres y/o mujeres: “en la construcción de las identidades de género, entendidas como el proceso a través del cual los individuos aprenden lo que significa ser hombre o mujer, los comportamientos que se les atribuyen y la forma de interpretarse desde dichos parámetros” (Viveros, 2001, p. 41). Negociaciones y búsquedas inalcanzables que han generado desprecios, odios, heridas, frustraciones con uno mismo, pero también con los demás. Al parecer, para este marco la mayoría no se siente ni capaz, ni completo, todo mundo está quebrado. Debo aclarar que este arraigo no tiene la función de quitar responsabilidades, es más bien una herramienta que permite ver con mayor nitidez las *razones* y *autores* del ataque.

En estos ataques presenciamos una disputa de *masculinidades* y *feminidades*, por tanto, habrá que estar muy atentos a esas formas particulares, nunca únicas, ni exclusivas, (Kaufman, 1995) sino múltiples y móviles, indigestas de roles, comportamientos, estereotipos, valoraciones, etc. Disputas en las que hombres y mujeres se constituyen, relacionan y circulan en esta violencia y sus efectos. Éstas son trabajadas simultáneamente porque he comprendido lentamente que el movimiento y cimientamiento de alguna de las dos, trae necesariamente efectos telúricos para la otra; es decir, son fundamentalmente relacionales (Viveros, 2000). Para este apartado trabajaré con mayor profundidad aquellas dominantes y bordearé de forma leve las resistentes, debido a que para éstas últimas hay un buen espacio en el capítulo 3.

Es así que, en la configuración y origen de esta violencia aparece indiscutiblemente aquella *masculinidad hegemónica* constituida e instaurada a través de un poder que domina (Kaufman, 1995) y, en ocasiones hasta estrangula o desfigura; jamás inacababa siempre siendo y exigiendo, mantiene un mandato de comprobación y demostración incesante, debe estar libre de cualquier duda,²⁵ es codiciable porque da privilegios y

²⁵“La masculinidad es un estatus condicionado a su obtención –que debe ser reconfirmada con una cierta regularidad a lo largo de la vida– mediante un proceso de aprobación o conquista y, sobre todo, supeditado a la exacción de tributos de un otro que, por su posición naturalizada en este orden de estatus, es percibido como el proveedor del repertorio de gestos que alimentan la virilidad” (Segato, 2013, pp. 23-24).

beneficios, pero también, para aquel que no la tiene o no la quiere se convierte en padecimiento²⁶ (1995). De esta forma, a propósito del trabajo de Cornell, Viveros dirá:

“uno de los elementos más valiosos de este concepto es su capacidad heurística para señalar que no se es masculino *per se*, sino por adoptar ciertos modos de ser y comportarse asociados al dominio y al poder. Igualmente, es importante considerar que no todos los hombres se benefician y adhieren a los valores dominantes y que la masculinidad hegemónica puede ser muy opresiva para los hombres que rehúsan o no logran conformarse a sus mandatos” (Viveros, 2001, p. 55).

Así pues, parece que el ataque con ácido es o representa la pérdida o carencia de hombría, es una forma de restauración u obtención de aquel poder - es por eso que el ataque a Gina se debió a su belleza incontrolable y excesiva, contradictoriamente deseable y peligrosa. El ser tan bella, *completamente femenina*, le otorgaba reconocimiento social, además de un margen de movimiento y disputa con el poder dominante. Ella, elemento riesgoso y desequilibrante, pone en tela de juicio las jerarquías, algo impensable para aquellos que son “hombres-hombres”.

A Erika la atacó su expareja por no querer seguir en esa relación. Sí, ella dijo: “no”. Diminuta palabra, pero de grandes consecuencias frente a una educación sentimental destinada al complaciente y eterno “sí”, o en su defecto, para el cordial y contenido silencio. Algo similar ocurre en los ataques a Dora²⁷ y Ángela por haber querido a otros que no eran sus esposos; evidentemente, los autores son sus exparejas. Dora y Ángela deshonran una forma de amar, a la vez que desequilibran el poder del “hombre de la casa”. Todas ellas se negaron, transitaron por otras opciones para sus vidas, quebraron valoraciones y actitudes tradicionales del ser mujer desmarcándose de la sumisión, la debilidad y la obediencia, rompieron con algunos de los códigos del amor eterno. Sus ataques pueden ser justificados por la idea del restablecimiento del honor perdido de sus ex parejas y como *excesos de amor* no correspondidos (Jimeno, 2004).

²⁶ Es importante tener en cuenta los efectos y dolores de la masculinidad hegemónica para los hombres y en los hombres: “En otras palabras, los hombres ejercemos poder patriarcal, no sólo porque cosechamos beneficios tangibles de él sino porque hacerlo es una respuesta frente al temor y las heridas que hemos experimentado en la búsqueda del poder” (Kaufman, 1995, p.132). Esto no será desarrollado a profundidad aquí, pero lo sugiero como una invitación para investigaciones futuras.

²⁷ Historia narrada en reunión con la Secretaría de la Mujer, Universidad del Bosque y Fundación Reconstruyendo Rostros, 22 de abril de 2017.

Por otra parte, está la *feminidad hegemónica* que representa a aquellas que resguardan con mucho recelo el poder antes descrito, aunque cercana al poder y al control, se beneficia y privilegia en menor medida y alcance, es moldeable y moldeadora. Se convierte en guardiana y reafirmación de la *masculinidad hegemónica*, garantiza que algunas mujeres conozcan sus límites y limitaciones, pero además, no se tomen el derecho a ser o presentarse más allá de lo debido. Si el poder es la palabra referente para tal masculinidad, creo que el límite lo es para esta feminidad.

En este apartado ubico a las mujeres autoras (más intelectuales que materiales) de los ataques quienes han visto en este acto violento una forma de poner a otra en su lugar. Aquí aparece el ataque de Angy, cuyas posibles autoras son la vecina de la casa del lado o su ex mejor amiga; los motivos, una larga y vieja riña, sumada a peleas físicas, con caución a bordo; o una fuerte pelea que acabó con una amistad. Quizás el ataque se convirtió en una forma de contenerla, de comunicarle que ya era o se creía demasiado, que se tomaba atribuciones que no debía, o bien fue un modo de saldar cuentas por venganza o frustración.

Así, esta feminidad opera en las mujeres agresoras, pero también en las mismas sobrevivientes no sólo porque las ha violentado en y después del ataque, sino porque se presenta y articula en sus valoraciones, actitudes y roles en torno a la belleza, el amor, la familia, etc; será por eso que en varios de los momentos generados por el ataque hay una larga y enquistada sensación de culpa, de no haber hecho o no haberse comportado como era. De esta forma, particularmente en las sobrevivientes, desfigura quienes son, provocándoles fuertes contradicciones.

A mi modo de ver, este apartado nos permite advertir las formas de relacionarse de hombres y mujeres; los lugares y las maneras que cada uno asume en las producciones, distribuciones, circulaciones y consumos del dolor, la violencia, la masculinidad y la feminidad.

Pedagogías

Al dolor no se la da la bienvenida. Generalmente llega sin ser anunciado, deja poco espacio para un recibimiento o mejor aún para una preparación, ocupa sin permiso la cotidianidad, se convierte en una presencia que no deja nada ni a nadie intactos. Se

dibuja como una obligatoria experiencia de extrañamiento, enclaustramiento, quiebre y desgarramiento. De extrañamiento porque genera profundas distancias en las que cada uno se siente ajeno consigo mismo, su cuerpo y el mundo; sensación de extravió y confusión con todo aquello que trae y contiene el dolor. De enclaustramiento porque al parecer por fuera de él no existe nada, pero tampoco, dentro de él ésta quien se creía era cada uno; aumento sin medida del sentimiento de desesperación y angustia. De quiebre y desgarramiento porque todo lo conocido ha desaparecido, cada uno es arrancado de su habitual forma de ser y estar para sí mismo, su familia, conocidos; fuerte sacudida de completo desamparo y pesadez. “Todo el dolor, incluso el más modesto, induce a la metamorfosis, proyecta una dimensión inédita de la existencia, abre en el hombre una metafísica que trastoca su ordinaria relación con el prójimo y con el mundo. Es un rostro ajeno y devorador que no da tregua, que nos persigue con su tortura incesante” (Le Breton, 1999, p. 26).

Los dolores están eternamente presentes, nos transforman y nos hacen otros, aún más, cuando se trata de aquellos infligidos (1999), es decir, de esos que prescriben usos y administradores. Así pues, no hablamos de un dolor cualquiera, sino de uno hecho medio, pero además “instancia de moralización de las conductas, consiste sobre todo en saber quién decide sobre los valores que sirven de fundamento a la atribución de la pena” (1999, p. 246). De esta manera, los ataques con ácido se configuran como uno de los usos del dolor, dolor producido y dosificado, convertido en una forma de castigar que defiende y mantiene aquella moral establecida, esa que legitima la violencia como la justa medida de las penas y sanciones; esa que corrige defectos morales, pues sólo se castiga aquello que parece “torcido”, en particular, si da cuenta de una falta de masculinidad y/o feminidad; esa que sin duda alguna tiene y se sostiene con unos “culpables”. Si el castigo se reafirma con la culpa asegura la justificación y prolongación de la sanción, a la par, hace posible prescindir de aquel verdugo externo porque configura potentemente uno interno; expresión final que toma sentido y forma cuando las sobrevivientes piensan que en realidad “algo habrán hecho”.

Este sentido moralizante convierte este acto violento en una pedagogía; por una parte, porque instruye para corregir a aquellas fuera de la ley y el orden, las condena a vivir sus cuerpos como “la forma permanente del tormento; está pegado a él como el caparazón de Gregorio Samsa, materia en la que se encarnizan los verdugos, estructura de carne convertida en otra distinta mediante la aberración del suplicio y del dolor, pero

que sigue formando un solo cuerpo con la víctima”²⁸ (1999, p. 249). Al parecer no bastaba con encerrarlas en sus casas, convertirlas en desconocidas, la corrección requería transformarlas en otras a toda costa.

Sus cuerpos las sepultaban, eran el lugar donde pagarían su pena a través de dolores insoportables e insostenibles producidos por quemaduras, intervenciones quirúrgicas, fracturas; incapacidades para hablar, moverse, caminar, respirar, etc; facultades antes habituales, sencillas y siempre tan inconscientes, pero que ahora se convertían en un completo padecimiento y desafío. La intención del castigo era transfigurar sus cuerpos en memorias de la sanción, el extravío y la fragmentación; sin embargo, olvidaba que con el desconocimiento obligatoriamente había un descubrimiento, un renacimiento, es decir, un armarse y hacerse en y con *otro cuerpo*.

De este modo, aquellos cuerpos femeninos castigados no sólo representaban cárceles y fracturas de la intimidad, sino también objetos de uso, carne disponible para concretar aquel gesto de la *violencia expresiva* que dicta un control pleno sobre las voluntades y vidas; esta es una violencia que bordea la muerte pero nunca llega a ella, debido a que necesita administrar y dirigir la vida en plenitud, habitándola de forma insistente y como advertencia permanente, tal vez por eso, nunca la acaba completamente porque de hacerlo habrá terminado con el objeto de su gobierno (Segato, 2013).

Por otra parte, su carácter pedagógico tiene una dimensión preventiva que advierte sobre los riesgos y peligros de ser demasiado libres, demasiado bellas, demasiado autónomas, etc; ya no en una lección individual sino en una enseñanza y aprendizaje colectivo. Sistema de enseñanza pública que alecciona y comunica.²⁹

Si el acto violento es entendido como mensaje y los crímenes se perciben orquestados en claro estilo responsorial, nos encontramos con una escena donde los actos de violencia se comportan como una lengua capaz de funcionar eficazmente para los entendidos, los avisados, los que la hablan, aun cuando no

²⁸ Le Breton se enmarca en la tortura; sin embargo, en este caso es útil para explicar los sentimientos de desarraigo y enclaustramiento que sufren algunas sobrevivientes.

²⁹ “Esta lección legible, esta trasposición del orden ritual, hay que repetirlas con la mayor frecuencia posible; que los castigos sean una escuela más que una fiesta; un libro siempre abierto antes que una ceremonia. La duración que hace que el castigo sea eficaz para el culpable es útil también para los espectadores. Deben poder consultar a cada instante el léxico permanente del crimen y del castigo”(Foucault, 2003, p. 103).

participen directamente en la acción enunciativa. Es por eso que, cuando un sistema de comunicación con un alfabeto violento se instala, es muy difícil desinstalarlo, eliminarlo. La violencia constituida y cristalizada en forma de sistema de comunicación se transforma en un lenguaje estable y pasa a comportarse con el casi-automatismo de cualquier idioma (2013, pp. 31-32).

Es así que se convierte en un marco y sistema de comprensión estándar para entender y situar a unos y a otras, recordemos que la lógica de esta comunicación implica la afirmación de unos y unas por la negación de otras y otros; es sorprendente como se vuelve tan clara, legible, justificable y cotidiana. “En otras palabras: el agresor y la colectividad comparten el imaginario de género, hablan el mismo lenguaje, pueden entenderse” (2013, p. 19). Al hacerse un lenguaje común y compartido nos evita la conmoción y repulsión porque nos anestesia frente al dolor de otros, enseñándonos que lo tienen merecido.

Sintonías que hacen de la violencia el pan de cada día, escenarios de gestos y signos totales de aprobación de los usos del otro. En este punto, pensar el ataque como castigo tiene dos elementos claves: su *visibilización* y *repetición*. Visibilización determinada por un quién, un cómo y un para qué, generalmente establecida a modo de *exhibición*, porque se configura en las sobrevivientes a través de un código imborrable, sus *marcas* o cicatrices, pruebas de su falta y sanción; inscripciones a carne viva firmadas por unos autores, verdugos soberanos de estos cuerpos debido a que han garantizado convertirlos en memorias de una inolvidable propiedad y completo control, mensajes vivos y excesivos del poder e instrumentos de la estrategia del miedo usada para la corrección.

Además de marcar a sus sobrevivientes, las presenta y transforma en “intocables”, peligrosas, poco confiables, sospechosas, todas unas inmorales; de esta forma, es más fácil justificar un acto tan repudiable, pasar de ser un criminal a un garante de la moral, evitar remordimientos por enclaustrar y espantar amores, amistades, familiares, trabajos, oportunidades. Todas estas, pruebas que demuestran una violencia con un sentido desplegado más allá del evento mismo, nutren su *efectividad*, pero además, se reactualizan en el escenario social a través de palabras, gestos, miradas y silencios.

Códigos permanentes que requieren constatación, una encontrada en una creciente *repetición* y explícitamente representada en 867 ataques a mujeres frente a 232 a hombres entre 2012 al 2016 y, que ubica a Bogotá como la ciudad con mayores casos en

el país.³⁰ Cada repetición se dibuja como una nostalgia insuperable, simboliza una inacabable aceptación y retroalimentación del ataque, mas, robustece incesantemente el lenguaje cotidiano y maquinal de la violencia que nos configura.

Los contraataques

Los despliegues de la violencia no se encuentran solamente en agresores y agresoras con delirios de grandeza, sino que lamentablemente, están presentes en las prácticas de *algunos* profesionales de la salud, policías e instituciones que intervienen durante y después del ataque. En el campo de la salud, aparece desde la bien conocida demora de las ambulancias, su pésima atención enmarcada en disputas por “ganar un pasajero” (al mejor estilo de la guerra del centavo tan criticada en el transporte público) – tráfico informal y formal de las vidas.

Pasa por las personas que están en urgencias, quienes al parecer entienden *urgencia* como algo poco importante y que da espera mientras la carne se deshace. Resulta indigno e irrisorio que para muchos y muchas no sea obvio y claro que el ácido es un corrosivo. Por los médicos que matan sin siquiera revisar al paciente, expresando que deberían estar agradecidas por lo menos por estar vivas, quizás justificando en partes su incompetencia; o por aquellos que sólo medican sin cesar para evitarse la pena de escuchar las fracturas que deja esta violencia. Garantes y dispositivos que regulan y controlan la vida, despersonalizándola y desencarnándola, nunca olvidan que son cifras y usuarios.

Desde los agentes de policía quienes no llevan seguimiento de los hechos, extravían los casos y pruebas para judicializar a los y las agresoras, tienen la desfachatez de emitir juicios sobre un supuesto mal comportamiento para justificar esta violencia, no prestan la atención necesaria dejando botadas a las sobrevivientes en el lugar del ataque. También, porque en ocasiones, se refieren a ellas como “deformes” y “discapacitadas”. No dudo que aseguren y protejan sobre todo cada una de las violencias que se tejen.

³⁰ Datos tomados de: “Barreras en la ruta de atención y protección de víctimas de Ataques con Agentes Químicos”, (2017) conjuntamente realizada por la Fundación Alexandra Rada, Fundación Natalia Ponce de León, Fundación Reconstruyendo Rostros y apoyada por la Secretaría Distrital de la Mujer; presentada a la Procuraduría General de la Nación

Además de esto, en aquellas reuniones para establecer protocolos de salud mental o en mesas interinstitucionales, una escucha que la Policía no asiste a los encuentros debido a que es un problema de salud que “evidentemente” no les compete a ellos; simultáneamente, que las incapacidades y la falta de un trato digno no es un asunto directo del Ministerio de Salud, sino debe ser trasladado al Ministerio de Educación para que establezca lineamientos en las competencias y ética de los profesionales, pero que es complejo por la autonomía de las universidades. Sé que parece un mal chiste, pero aunque sea increíblemente irónico, se dice constantemente y sin poca congestión por los empleados y empleadas públicos.

Con todo esto, una puede suponer que el trabajo desde la *ley 1639 de 2013* ha sido un fracaso porque no hay protección a las sobrevivientes; la *ruta de atención integral a las víctimas de agresiones por agentes químicos* contenida en el decreto 1033 de 2014 no tiene respondientes; es decir, instituciones para la atención y el seguimiento, está coja y desamparada; el *protocolo de Atención de Urgencias a Víctimas de Ataques con Agentes Químicos* de la resolución 4568 de 2014 funciona muy bien en el papel pero no en los hechos porque al parecer nadie la conoce o pocos la aplican; la *ley 1773 de 2016* que pide formular una política pública para este tipo de violencia y un aumento de penas, quedó solo como propaganda televisiva, porque muy pocos agresores están cumpliendo condenas y otros han salido a vivir tranquilamente muy cerca a las sobrevivientes.

Al parecer, los ataques no dejan de orquestarse y extenderse, continuamente se les suman más protectores y protectoras que tanto explícita como implícitamente legitiman y promulgan que ¡la violencia sea el pan de cada día!



Taller cartografía, salón comunal Mandalay, integrantes Fundación Reconstruyendo Rostros, 13 de mayo de 2017

Segunda parada

Las *marcas* del ataque: rutas de des-figuración y estigmatización

“El rostro es una totalidad, una *Gestalt* única que no deja de modificarse. Toda alteración lo destruye y fisura profundamente al hombre, que ya no se reconoce, que no se atreve a mirarse a la cara” (Le Breton, 2009, p. 147).

El estar con las mujeres de la Fundación me implicaba un trabajo etnográfico sin tregua, una presencia constante junto a ellas, sus experiencias, sus historias y trasegares. Era inevitable – no podría entenderlas tras un escritorio o solamente con unos cuantos trabajos académicos, hecho bastante difícil por la carga de mi disciplina. Hacerlo de esta manera traía incertidumbres por el tiempo y los espacios; sin embargo, hoy creo que valió mucho la pena. Este trabajo empezó iniciando el año, transitó entre talleres de formación en torno al autoconocimiento, historia personal, memoria, independencia económica, etc. Por ejemplo, en torno al ejercicio sobre sí, se realizó en la Biblioteca Pública El Tintal una actividad sobre la memoria, las mujeres debían llevar un objeto que las representara y explicar su importancia a nivel personal y familiar a través de un escrito. Para luego hacer un “ritual” de sanación, despedida y /o agradecimiento. A mi modo de ver, todos estos elementos que posibilitaban darle otra cara a las situaciones de violencia de las sobrevivientes. También, se desplegó por encuentros con semilleros de investigación de universidades, Secretaría de la Mujer, eventos de la Fundación, etc. Cada uno de los trabajos e invitaciones me permitían ser una *observadora directa y participante*, disciplinada y un tanto intensa con mi buen amigo, el diario de campo, a quien sigo aprendiendo cómo utilizarlo, pero que es instrumento útil y revelador no sólo para los datos e información, sino para relatar un proceso de experiencias y transformaciones personales y de los otros. Aprendizaje duro y parejo de ya casi un año.

Ahora bien, antes de empezar los encuentros y talleres con algunas de las mujeres de la Fundación, una muy buena amiga me preguntó: “¿usted ha visto alguna vez una *mujer así...pues, quemada?*”, su cara tenía una expresión de sorpresa con una mezcla de miedo y algo de angustia, hoy que la recuerdo, sus gestos me parecieron muy graciosos, hasta caricaturescos; sin embargo, noté que para ella era un asunto más bien serio. Aunque, ya había hablado en varias ocasiones con Gina, la pregunta revoloteaba en mi cabeza, en especial porque me reuniría no con una, sino con varias de ellas. Para mi desgracia, el pánico ya me habitaba, aparecía de súbito trepándose por cada una de mis entrañas y, como ya era habitual, se quedaba congestionando el pecho y la garganta, provocando que empezara a pensar desmedida y obsesivamente las formas de contener mi mirada, mis gestos, mis palabras, preparando toda una actuación de película para que no se me notara nada. Contradictorio esfuerzo cuando se espera que las otras se sinceren del todo.

Confieso haber entrado en una paranoia de largo alcance y duración – en los instantes de descanso y ocio mi cabeza iba y venía, se llenaba rápidamente rumiando y prediciendo todos los escenarios y reacciones posibles en el encuentro. Sí, fue una pregunta un tanto obvia, quizás, hasta banal sobre cómo eran y se veían aquellas mujeres; sin embargo, a mi modo de ver, en esa sencillez se dibujaba un cuestionamiento muy simple, pero a la vez, fundamental: ¿cómo eran aquellos cuerpos? Esto no sólo a los ojos de los demás, como suele pasar para quienes son *marcados* diferentes, sino para ellas mismas en sus maneras de asumirlos y comprenderlos. Tarea nada fácil porque ni ellas ni yo sabríamos con qué nos encontraríamos, podrían ser *cuerpos- pacientes, cuerpos- agobiados, cuerpos-subversivos, cuerpos- pendencieros, cuerpos- espectáculo, cuerpos- frontera, cuerpos- fallidos* o muchos otros más. Supongamos por ahora que la única certeza era su condición de violentados.

Este claramente fue un cuestionamiento por los cuerpos, pero no como bloques duros de concreto, difíciles de roer, grises y casi imposibles de matizar; por el contrario, esta violencia los ha hecho arbitrariamente blandos y moldeables, seccionados y pensados mejor por apartados, al mejor estilo de una colcha de retazos.

En el escenario de este acto violento, algunas veces se escondía o se mostraba gloriosamente una parte especial del cuerpo, para muchos la más preciada y adorada, que de cualquier forma estaba siempre presente sin invitaciones previas – para el ataque, esa parte del cuerpo era su principal invitada. Me refiero, por supuesto, al *rostro*, recinto sagrado de una humanidad que después de ser violentado, queda en completa orfandad y decadencia, convirtiéndose así en el lugar donde el ataque produce un acto de magia e ilusionismo al ser capaz de generar apariciones y desapariciones y hacer que, en pocos minutos, una persona raye en la monstruosidad.

Así pues, la tarea que nos convoca es empezar a pensar y a analizar qué pasa con aquellos cuerpos y sus rostros dentro y fuera del acto violento. Tras este recorrido y asentamiento, la ruta de este capítulo, lleno de *carne* y sustancia, estará configurada en dos momentos claves: el primero: *En realidad ¿una cara lo dice todo?* que enmarca los encuentros, desencuentros, valoraciones y estigmas generados entre los rostros y el acto violento; el segundo, *usos y desusos del cuerpo* se pregunta por el lugar y la importancia del cuerpo en su conjunto y, sus disonancias y ruidos con los cuerpos de las sobrevivientes.

Por otra parte, espero que ninguno de los recorridos planteados tanto en el primer como en el segundo capítulo sean pensados como iniciación y alimento de ese morboso deseo por ver y conocer aquello que ha sido marcado por una espectacularización exacerbada, especialmente, porque la tragedia en este país siempre llama y mucho más cuando puede ser gradada o fotografiada de primera mano. No es mi intención ni mi motivación sentirme como aquella que descubre seres mitológicos, tomándome el derecho de su invención y existencia; por el contrario, muchos de los apartados responden no a un exhibicionismo de circo, sino a la necesidad urgente de mostrar aquello que sucede debido a que me he estrellado en varios escenarios de trabajo con funcionarios públicos y gente del común, que mantienen supuestos un tanto cortos y alejados de los efectos reales de los ataques con ácido o las agresiones con agentes químicos.

En realidad ¿una cara lo dice todo?

Hace poco asistí a una obra de teatro en la que se dijo que *“una cara lo dice todo”*, esta frase es de aquellas tan usadas, repetidas, extendidas y dichas con tranquila ligereza en cualquier reunión familiar o social. Sin embargo, por el trabajo de la tesis, inseparable de la cabeza y que toma el tinte de tema obsesivo y maníaco, me preguntaba, si en realidad, ¿todos los rostros dicen tanto?, ¿quiénes pueden determinar aquello que dice o no un rostro?, ¿para todos es comprensible qué dicen cada uno de los rostros?, ¿qué podría significar todo? Después de pensarlo con detenimiento, decidí enmarcarlo en el acto violento, especialmente, porque soy plenamente consciente que su blanco predilecto es justamente el rostro. Con esto, la cabeza me disparó a distintos lugares y me acosó con varias dudas: ¿de qué podrían hablar los rostros de Patricia, Angy, Ángela, Gina, Alejandra y muchas otras?, ¿estos rostros sólo funcionan como máscaras de los agresores? y ¿aquellos rostros no tendrán algo que decir más allá de su violencia? Es obvio que me alejé muy poco del marco de las preguntas simples presentadas al inicio; sin embargo, no estaba esperando tantas respuestas, como si algunos buenos y fructíferos enfrentamientos, acuerdos y rechazos frente a estos cuestionamientos. Para ello, creo necesario y urgente comprender la importancia del rostro para y en la configuración de la identidad ; claro esto, iré entendiendo las razones que lo convierten en el lugar estratégico de realización y anclaje del ataque.

Viendo los *rostros* de las mujeres de la fundación una diría con poca sutileza y rapidez que no existe un todo; más bien, aquello que se encuentra parece poco, un tanto estropeado, no muy claro y de difícil reconocimiento. Tal vez por eso será que repiten constantemente “he perdido”, refiriéndose de modo literal a esa autoritaria y forzosa desaparición de alguno de sus ojos u orejas o la falta de una parte de ellos y ellas; del desvanecimiento de los arcos que enmarcan y sostienen las cejas; de la inexistencia de aquellos montes que definían y mantenían pómulos y mentones; del extravío de una boca o por lo menos de uno de sus labios; de la difusa presencia de un cuello sostenido por unos pocos tejidos de piel. *Ellas* han tomado el puesto de signos colectivos de la pérdida. No habría forma de decir que seguían siendo rostros completos, que guardaban sus conocidas y reconocidas formas o que sus partes mantenían sus funciones intactas, por ejemplo, una se encontraba con bocas que ya no servían para masticar o hablar, narices incapacitadas para respirar y oler y, unos ojos sin posibilidad de ver. Ni forma, ni función, ni ubicación, estos eran *rostros demolidos*, rotos, incompletos, inútiles, desconocidos, ruinas del ser, al parecer vacíos y abandonados por cualquier manifestación de alguna humanidad; convertidos y presentados en forma de contradicciones y enemigos de la armonía y el orden. Panorama que posibilita a varios emitir juicios sobre su condición ya no de personas sino de *cosas* o de *animales*, aclaraciones necesarias y debidas que se harán en el camino; estas mujeres conjugaban varias pesadillas y temores a la vista de los otros, es en este sentido que:

“En nuestras sociedades, el rostro y los atributos sexuales son social y culturalmente las partes más importantes del cuerpo, las que causan más perturbaciones si son afectadas por una herida o por otra afección, aunque sea benigna, las que generan una atención más cuidadosa. Son los polos del sentimiento de identidad personal. Así el rostro aparece como un capital (*capita*) del cuerpo, una sutil hierofanía cuya pérdida (la desfiguración) priva de toda razón de vivir fisurando profundamente el sentimiento de identidad” (Le Breton, 2009, p. 141).

Si pensamos con mucha más calma para ninguno o ninguna el rostro ha sido o tiene la posibilidad de ser cualquier cosa; al contrario, es aquel que frente al espejo y a los ojos del mundo nos permite recordar que somos unos y no otros, respuesta y rectificación de nuestra identidad, enmarcado en una feminidad, masculinidad, vejez, juventud, belleza, fealdad, normalidad, anormalidad - atributos comunes que son su compañía, nunca por

fortuna definitivos e inacabados sino siempre con la posibilidad de ser transfigurados, ocultados, aprovechados y reinventados.

Este aparece como centro de nuestro decoro y cuidado porque se convierte en nuestra carta de presentación frente al mundo y los demás; reconocemos que es *especial*, más suave y frágil que la mayoría del conjunto que constituye nuestro cuerpo. Atención bastante aprovechada y explotada con sagacidad e inteligencia por la industria cosmética, pero también por algunas formas de violencia. Con todo esto, tenemos un *rostro* signo de identidad, singularidad, autenticidad y reconocimiento; por tanto, poderoso contenedor de dos elementos claves para su comprensión: *uno*, nos identifica únicos y distintos, define y mantiene parte de nuestra singularidad; posibilita que se configure una relación de intimidad, encuentro y conocimiento consigo mismo, inevitablemente anclada a través de los otros. *Dos*, es puente de reconocimiento mutuo, respuesta y corroboración tanto de mi propia humanidad como de los otros (Le Breton, 2009). Oscilaciones y tráficos sin medida entre uno mismo y los demás; carta de presentación, baraja de juego con el mundo y escenario de privilegios, triunfos, simulacros, partidas y derrotas.

De este modo, el rostro se dibuja imponente, hábil y de valor incomparable, proclama a gritos ¡soy demasiado importante! y sí, así es en realidad, es concebido como un gran tesoro, uno bastante deseable y envidiable, para algunos, placenteramente presente, para otros, agobiantemente sostenible y, en cualquier caso, inevitable y necesario. Paradójicamente, tanta grandeza es reconocida como debilidad ya que su daño equivale a una destrucción sin medida y sólo bastaría para poder desvanecerse a una persona.

Dañar el rostro de alguien conlleva explícitamente acabar con el poder de él, condición bien conocida y encarnada por varias de las sobrevivientes. Creo que, en este sentido, ellas tenían claro que habían sido convertidas en una especie de tributo del ataque, *violencia caníbal*, definida como acto de sacrificio y profanación de aquello tan sagrado para ser humano y aún más valioso y codiciado porque era particularmente femenino, adorado por su gran belleza y juventud,³¹ atributos que acrecientan y estimulan un deseo de posesión y devoración. En este ritual se ha comprendido de modo metódico y preciso que su objeto de sacrificio, *el rostro*, es aquello de mayor cuidado e importancia,

³¹ Según datos proporcionados en la mesa interinstitucional con el Ministerio de Salud, los ataques se producen con mayor frecuencia en mujeres entre los 15 y los 30 años.

comúnmente y sin perjuicio alguno se hace deseable y deslumbrante, adquirirlo vivaz y rozagante es signo de admiración y adoración. El canibalismo se encuentra muy bien informado sobre aquello que consume, por tanto, si lo destruye, acrecienta su poderío y se transforma en una especie de triunfo que apacigua desviaciones morales de algunas y algunos. Recuerda de súbito su alto sentido moralizante para esta necesaria transmutación del “mal”. Al parecer estos rostros conjugan un enjambre de amores y repulsiones extremadamente sofocantes y tiránicas.

En relación con lo anterior, reconozco y propongo el ataque como *caníbal* debido a que la profanación del rostro implica engullir completamente al otro, en este caso, a la otra en una operación que cercena sin sutileza ni escrúpulos sus relaciones consigo misma, los otros y el mundo en una suerte de demolición de los sentidos de pertenencia y proximidad con uno y los demás. Engulle debido a que se representa y convierte en una *expropiación de la identidad* de esas mujeres (Segato, 2003) en dos sentidos: primero, porque borra y extravía quienes eran o son ellas, hace de sus identidades vagas y difusas nostalgias; dos, al ser presentadas tributos u ofrendas automáticamente se transformaron en suministros del ego y la identidad del agresor u agresora, gula de unos y unas por la anorexia de otras. Con esto tendría el derecho a decir que las violencias no son sólo metafóricamente una cuestión de digestión. Realmente, por donde se mire, *ellas* siempre están trajinadas y estropeadas, son los *bienes* de unos dueños atrevidamente usureros y avaros. Claves y trucos que hacen del ataque un rival imbatible. Es posible que esto nos permita analizar el cuerpo a modo de pago o deudor quizás más adelante.

Así pues: “El hombre desfigurado es el hombre que provisionalmente o permanentemente, vive la supresión de sí, la privación simbólica de su relación con el mundo que solo un esfuerzo de su voluntad puede restaurar” (Le Breton, 2009, p. 149). A pesar de todo, debo decir que en algunas de estas palabras encuentro algo de tranquilidad porque no se evidencia incisivamente una condena ni un sepulcro definitivos; más bien, *provisionalmente* hay una opción, una movilidad, un tránsito y un *restaurar*; esperanzas urgentes frente a una violencia tan certera. Por otra parte, entiendo que ellas, al ser desfiguradas, han vivido literalmente una “supresión de sí”, una aniquilación y privación de sí mismas que las ha transformado constantemente en desconocidas y ausentes, han sido marcadas en su propia identidad. Además, la desfiguración ha permitido una reactualización interminable y enérgica de violencias producidas por el ataque; pero también, de violencias añejadas e instaladas por las

historias personales y familiares. No olvidemos que es *premeditada, previsible y efectiva*.

Pensándolo con detenimiento, creo que la desfiguración complementa y perfecciona la *marca* porque no deja de hacer vigente y público el castigo; renueva activamente la pena y sus memorias. Una y otra, causa y efecto, de cualquier modo compañeras inseparables, signos certificados y legítimos de la distancia, separación, reserva y censura con el régimen de la “normalidad”. Conjugaciones del veto que en mi cabeza se traducen en modos de aparición y desaparición de las *mujeres sobrevivientes*. Ya es sabido que el sentido del ataque a cada instante se bifurca y se extiende – claramente este uno de sus casos.

Todo esto es un paso necesario para empezar a comprender con mayor claridad los motivos que enmarcan los rostros de las sobrevivientes en una pérdida y, especialmente, porque no tiene nada de casual que *des-figuración* inicie con una palabra que significa negación o privación.

En este marco, la desfiguración representa *no forma, no figuración y distorsión*. La *no forma* está enmarcada en el hecho de no ser presentables o mejor aún, de hacerse obligatoriamente invisibles, es decir, el complemento y la extensión de eso mismo hablado en las *ficciones*.³² En unos casos, ellas estarán obligadas a desaparecer como en una cortina de humo, pero en otros, serán persuadidas, creyendo que han decidido recluirse por sí solas para no ser el espectáculo del día. Ocultamiento para evitar impresionar a un público con alta susceptibilidad frente a lo no habitual.

Una creería de menor descaro la *no figuración* porque no las saca de taco del panorama, más bien, las hace camaleónicas, matiza su presencia a través de bufandas, gorros, pelucas, gafas, collares y maquillaje, utilería de la aparición y desaparición que les ofrece oportunidades de ser y hacerse más aceptables, cuidado, no aceptadas, en el escenario social. Esto reafirma con tristeza y desazón que seguirán por mucho tiempo bajo la inspección del ojo público con sus atenciones, reparos y mandatos. Panóptico implacable, corte máxima de honor, del decoro, del buen y bonito comportamiento y presentación. Si hacemos un poco de memoria, todos hemos pasado por ese ojo no sólo juzgando, sino siendo juzgados, estoy segura de que cuando ocupamos esa última

³² Referidas en el primer capítulo y enmarcadas en los desconocimientos y omisiones en torno a los ataques con ácido tanto por las instituciones como por el sentido común.

posición, el recuerdo no trae una feliz sensación ni memoria; ahora intente imaginarlo en el caso de quienes están imposibilitadas para ocultar o disfrazar completamente una desfiguración o cicatriz en su rostro. No hay forma de escapar a él.

De este modo, la no figuración encaja y se enlaza con precisión en el *sentido moralizante* del ataque debido a que hay una inspección, auditoria y vigilancia de la humanidad de cada una de las personas, pero en especial, de aquellas desfiguradas: “Así se resuelve lo incomprensible del otro, el misterio de su presencia: sus rasgos físicos revelan su interior moral y expresan en el vocabulario de la carne su temperamento, sus vicios escondidos, sus perfidias” (Le Breton, 2009, p. 147). Aquí el misterio ha durado poco, estando a merced de los otros, ellas ya han sido definidas y enjauladas por el atributo de “quemadas” y, conjugado con el de discapacitadas, deformes, ciegas, sordas, calvas³³, etc. Es fácil pensar que estas etiquetas son los efectos claros y *evidentes* del ataque sin más; sin embargo, si se revisa con cuidado, nunca serán solamente eso, son suma infinita de atributos que progresivamente les restan, poniéndolas unos puestos mucho más abajo en las jerarquías de los estigmas y las carencias, para que así, no pierdan la costumbre de habitar y ser residentes permanentes del subsuelo.

Con todo lo dicho, no he parado de ver la conjugación o mejor aún, el enjambre de violencias que las atraviesan, los sucesos y sujetos que cada día optan por aminorarlas y difuminarlas hasta desaparecerlas. Por eso, creo que se escucha en el fondo de dichas escenas un estruendo seco contenedor de un grito retumbante, poderoso y atrayente: ¡*la marca física es una marca moral!* (Goffman, 2003), mandato público vociferado a diestra y siniestra, notificación de advertencia para no estar desprevenidos y saber a qué atenerse. Sabemos que la marca las aleja y distancia de obtener cualquier tipo de membresía social porque contiene y representa aquello menos estimable, desprestigia y genera rechazo y aversión. Todo el cuerpo, pero especialmente en este caso, el rostro se vuelve la constatación de nuestras virtudes y defectos, nos convierte en *alguien* para ofrecernos un asiento en las tribunas de lo social. Aquí se aplica a la perfección el dicho popular “como te ven te tratan”, no queda duda de su condición extendida y exagerada de popular, particularmente, cuando se trata de personas desfiguradas y con cicatrices en

³³ “De ese modo, dejamos de verlo como una persona total y corriente para reducirlo a un ser inficionado y menospreciado. Un atributo de esa naturaleza es un estigma, en especial cuando él produce en los demás, a modo de efecto, un descrédito amplio; a veces recibe también el nombre de defecto, falla o desventaja” (Goffman, 2003, p.12). Así pues, no sólo el ataque configura un estigma a través de la marca, sino también de sus efectos.

su cara. Frente a esto, es importante pensar sobre las formas de avistamiento no sólo en este escenario explícitamente violento, sino en otros contextos como en el médico, laboral, jurídico, deportivo, etc.

Es así que, la apariencia no es sólo superficie y nada más; al contrario, resguarda un régimen en la mirada de los otros, hace de cada individuo escáner gustoso de los demás. Por suerte han estado en aumento y sin un seguro tratamiento algunos ciegos, miopes y tuertos merodeando por ahí.

Respecto a lo dicho y bajo la lógica del mirar, aparece la tercera representación y sentido de la desfiguración, la *distorsión*, defecto de visión que puede tratar de aquello que no se quiere y no puede ser visto, quizás porque no estamos preparados ni entrenados para hacerlo, o simplemente porque no es de nuestra importancia e incumbencia hacerlo. La distorsión es generadora de dos despliegues: por un lado, fracciona y hace difusa la posibilidad de las sobrevivientes de verse y conocerse a sí mismas (por suerte no en todos los momentos debido a que quiebra su forma de reconocimiento a través de su cuerpo), dejándolas en condición de extravío. Por el otro, no permite que sean conocidas, las deja fuera y evita que se produzca alguna experiencia y encuentro con ellas porque las etiquetas y descalificaciones producen todo el conocimiento *sobre* ellas. Extensión de borramientos y cerramientos, *expropiación* de su derecho de ser y hablar por ellas mismas.

Así pues, el ataque y la desfiguración son correspondencias extremas de la aniquilación, palabras rimbombantes y alarmantes conjugadas como una *epidemia de dolores* porque su poderío corrosivo e infeccioso se instaló en las mujeres, sus casas, hijos, padres, amigos, conocidos, barrios, vecinos, ciudades y país. Nótese que, al ser una epidemia, su tarea fue atacar y contraatacar, sólo se despidió y soltó cuando parecía no haber más. A pesar de esto, con el tiempo con y un poco más de discernimiento, he aprendido que siempre hay fisuras en sus despliegues estratégicos, conjugación de paradojas, reversos y sublevaciones, *sabotajes*. Mientras tanto, les seguiré contando sobre sus estrategias de destrucción.

Las sobrevivientes están a merced del ataque y de la mirada de los otros, ésta última no menos letal e incisiva que la primera – regímenes que las han presentado y convertido en infinidad de *cosas*, como he intentado explicar. Sin embargo, en este apartado me centraré solo en una de ellas: su papel de portadoras vivas de las mayores angustias,

miedos, desesperaciones y horrores que para la gran parte de la humanidad representan aquello indeseado y temido. Esto me permite entender los modos de configuración del miedo a través del riesgo o amenaza de ser atacada u atacado pero, además, en el reconocimiento de esta violencia como la encarnación y extensión de varios “males”, particularmente para las aspiraciones de juventud, salud, productividad, decoro, vitalidad, bienestar y seducción del mundo moderno, aquel donde todo aparece seguro y bajo control (Le Breton, 2006).

De ahí que estas mujeres sean enmarcadas desde cualquier punto de vista como *indeseables*. Indeseables, porque ¿quién quisiera ser representante del caos y las cicatrices frente a una mirada y un mundo que premia el orden y la totalidad, quién quisiera ser representante de la aspereza en un mundo de aparente uniformidad y sobriedad, quién quisiera ser pieza y fracción frente a un mundo que alaba el todo, la plenitud y el armonioso conjunto, quién quisiera ser representante de la enfermedad frente a un mundo hecho para los vigorosos, saludables y capaces, quién quisiera ser representante de la fragilidad frente a un mundo hecho para estar siempre pleno, duro y recio, quién quisiera ser dependiente e inútil frente a un mundo de individualidad, autonomía y competitividad, quien quisiera ser representante de la fealdad frente a un mundo que rinde un culto de adoración a la belleza, que debe ser inalcanzable pero obligatoria, quién quisiera ser muestra de aquello impresentable frente a un mundo de decoro, adorno, bellas y bonitas formas, quién quisiera ser representante y portador(a) del dolor frente a un mundo de sacrificio y ansias de placer, aunque no sea aquello esperado ni buscado, quién quisiera ser un cuerpo a retazos frente a un mundo de cuerpos definidos y terminados? Tras este largo listado, tengo la certeza de que pocos aceptarían y vivirían con gusto algunos de sus requerimientos.

En este tribunal de lo público las sobrevivientes no sólo son indeseables, sino también, vergonzosas. La vergüenza tiene como función definir, marcar y regular aquello diferente o “anormal”; es decir, enmarcarse y esforzarse en producir y reforzar un otro. Registro y portadora de la reprobación, para que sea efectiva y funcione perfectamente se configura constante y duradera, es activa y presente, no siempre requiere de espectadores y audiencia, sólo en caso de humillación y de necesitarse como mensaje pedagógico para los otros. Es así que,

“las sociedades seleccionan de modo ubicuo ciertos grupos e individuos para considerarlos vergonzosos, marcándolos como "anormales" y exigiendo que se sonrojen por lo que son y por quienes son. Las personas que se ven distintas a otras -individuos con enfermedades visibles o las así llamadas deformidades, los minusválidos- llevan, por decirlo así, la vergüenza en sus rostros: la conducta social les dice todos los días que deberían sonrojarse al aparecer en presencia de los "normales" (Nussbaum, 2006, p. 207).

Aquella selectividad rigurosa de los “anormales” se produce en unos marcos de una imposible y plena “normalidad”, ilusión de unos pocos que ni siquiera es cumplida por ellos mismos. Engaños y simulacros de una perfección para inmortales. No olvidemos, la selección es muy útil para marcar y definir, pero especialmente, para distinguir, evitar confusiones y posibles contaminaciones entre aquellos dignos y confiados de su normalidad, nombrados con alivio y alta honra comunes y corrientes; estatus y condición que nunca cierra puertas, es garante de posibilidades, posiciones y beneficios. Sigamos pensando que son muchos quienes entran y tienen el “derecho” de estar bajo estas categorías para evitarnos la incomodidad de reconocernos cobardes frente a sus injusticias. Al parecer nadie sabe qué es la normalidad ni la ha vivido plenamente, difusa, escurridiza e imposible como es, pero eso importa poco, lo valioso y urgente es simularla para así sentirse tranquilo, en paz y seguro. Contradictorio que se desee aquello tan corrosivo y constrictivo.

Por otra parte, la selección exige a los otros titulados no habituales, diferentes, evidente y necesariamente marginales, negación absoluta y viva para la afirmación de los primeros. Unos se convierten en ermitaños, ocultos de la regente normalidad mientras otros se mimetizan y disfrazan para poder ser (casi) normales. Así, se produce un eterno juego productor de la diferencia, contraste de unos por otros, fabricante sin medida de la marca, unas veces innegablemente explícita y otras estratégicamente implícita, transita traviesa entre ser física, moral y/o simbólica o en ser todas.

Resulta irrefutable que la vergüenza se enmarca en nuestras apreciaciones y creencias, para este caso, en aquello que valoramos como reprochable o despreciable y aquello que podemos juzgar desde la tarima de los normales. De este modo, ésta se conjuga como amiga aliada, leal y decidida de los ataques debido a que se convierte en el soldado fiel del castigo, apoyándolo, reforzándolo y relevándolo, trabajando fuertemente por

enconar y hacer indelebles las cicatrices y la desfiguración. Era obligatorio hacerla partícipe del espectáculo.

Así, “al lanzar la vergüenza hacia afuera, al marcar los rostros y los cuerpos de los demás, los normales alcanzan un tipo de armonía sustituta; satisfacen su deseo infantil de control e invulnerabilidad” (Nussbaum, 2006, p. 257). Quizás, a mi modo de ver, la vergüenza en el ataque se dibuja como una especie de cobardía porque, al ser proyectada y aplicada a los demás, se constituye en estrategia de supervivencia, posibilidad de camuflaje de la propia debilidad y vulnerabilidad y, se produce un desvío sagaz de la mirada punitiva de los otros para tener la forma de protección y seguridad. Para algunos podría significar inteligencia, pero para otros, perversión, porque la vergüenza cumple el papel de delatora del otro, lo exhibe de algún modo para ofrecérselo al ojo caníbal de la multitud normalizada y salvar así su pellejo. A lo largo del texto, la presencia de la vergüenza nos acusa y nos cuestiona, se dibuja activa y punzante en las historias, cuerpos y vidas de las sobrevivientes, toma forma de palabras y etiquetas sutiles y de formalidad un tanto hipócrita o nocivamente ofensivas y dolorosas – gestos y conductas incisivos condicionados por la sorpresa, la mirada vigilante y alerta sin una posibilidad de respiro, aquella que se evita el parpadeo para no ser imprecisa en su inspección y registro o, en esas ojeadas y escaneos “formales” pero repletos de un chismorreo evidente.

La vergüenza se ha tomado la libertad de reivindicar una supuesta decencia; por eso, ellas se producen como avergonzadas por sus malos comportamientos, por su apariencia, por ser desobedientes, por irrumpir en la normalidad tanto antes como después del acto violento.

Por otra parte, todas estas marcaciones y estatus no son deseadas ni deseables para nadie. Sin duda alguna, tampoco, para ellas ha sido gustoso vivirlas y encarnarlas; por ello, la queja de Patricia será certera en confirmarlo, al hablar sobre su paso por el Hospital Simón Bolívar, en especial, en el momento de sus cirugías reconstructivas:

“[...] desafortunadamente no era el tiempo, no di con el médico adecuado, por ese entonces, nosotras fuimos, [...] el experimento del Hospital Simón Bolívar, a las que no se hacía por estética, como lo venían realizando ahorita como que: ¿es una mujer?, ¿es femenina?, ¿es un ser humano? más que ser una mujer es un ser humano, entonces, cómo logramos hacerle la cirugía para que quede estético,

¿sí?, no es como dicen por ahí, trasquilando marranos, venga le quito, póngale acá, [...]eso fue lo que hicieron conmigo [...]”³⁴

No podría negar, así lo quisiera, la evidente aparición y establecimiento de unos *contraataques* enmarcados en la irresponsabilidad e incompetencia de instituciones y profesionales médicos cuando hacen de las personas pruebas y ensayos, experimentos de su quehacer. Quizás este laboratorio con los otros gira en torno a aquella necesaria pulcritud y objetivación producidas por los marcos de conocimiento modernos, para este caso, especialmente, en el saber médico, debido a que sus profesionales cumplen con precisión esas obligatorias jerarquizaciones y disecciones entre las personas y sus cuerpos, el dolor y su experiencia de sufrimiento.

Dicha forma de construcción de conocimiento deja por fuera a quienes contienen, viven y elaboran *su* experiencia con el dolor; le otorga al cuerpo y al dolor el lugar de sus *objetos*: “La medicina, en la búsqueda de la mejor objetivación, plantea la separación absoluta entre el sujeto y el objeto de conocimiento, se separa del enfermo y de la enfermedad para que ésta sea la base del saber” (Le Breton, 2006, p. 184). Todo esto nos permite ampliar y expandir las posibilidades de comprender esta violencia; sin embargo, debo aclarar que por ningún motivo lo expongo para justificar la ineptitud de quienes no atendieron a Patricia y a muchas otras sobrevivientes.

En este desahogo de Patricia encontré una expresión que me llama poderosamente la atención – “trasquilando marranos”, que siempre provoca y remueve totalmente; curiosidades y sorpresas contenidas en dos palabras. Empecemos su correspondiente análisis: *trasquilando*, de uso coloquial, para algunos puede rayar en lo burdo o grotesco; se define como un corte, uno especialmente mal hecho y a medias. Aquello cortado implica una división, separación y en ocasiones, una pérdida. La palabra *marranos* hace referencia a un animal, generalmente de granja, alimentado de todo lo imaginable, su gruñido es bastante ruidoso y su olor es de difícil aceptación para el olfato y particularmente, se asocia al exceso y/o a la gordura, de forma que puede usarse en tono de burla, desagrado o rechazo. Tal parece que su condición y estatus es estar siempre relegado y denigrado, de pronto por esto su imposibilidad física para mirar hacia arriba, gesto evidente que afirma su “naturaleza” inferior. En ninguna de las

³⁴ Patricia, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

palabras se conjuga la perfección; por el contrario, parece que ambas reúnen aquello de complicada aprobación y normalización.

Realmente, es una expresión bastante acertada, aunque contenga una sobrecarga de angustia y desesperación, lo que puede ser explicado debido a que:

“Cuanto más cerca de un animal se esté, más feo se será, peor se olerá y menos sabremos a qué atenernos. Cuanto más se deforme una imagen de acuerdo al canon de belleza masculina o femenina, la identificación se hará en términos animales. Y aún más, entre la animalidad y la deformidad surge lo monstruoso. La monstruosidad impacta desde lo otro no natural, cuasi animal y absolutamente deforme.

Lo monstruoso y lo animal no solo desagrada, huele mal, asquea, sino que nuevamente atemoriza” (Figari, 2009, p.135).

A mi modo de ver, la expresión es punzante literal y simbólicamente, habla de experimentar y bordear la *animalización*, por un lado, porque ella se conjuga en una incertidumbre, así como en una reclamación de humanidad, una que paradójicamente siempre se ha enmarcado en manos de otros; una quebrada en la profanación de su rostro y cuerpo tanto por los agresores como por los médicos; un grito de auxilio que pide restaurarla y devolverla. Por otro lado, porque configura la repulsión para los demás, un desagrado inevitable que puede estar traducido al verla, olerla, sentirla, escucharla, etc; sea cual sea el modo de entrar y aparecer en y por la experiencia, la percepción de sus cuerpos, ellas mismas, se hace intolerable. Además de esto, me parece un tanto increíble e incoherente que una afrenta a un modelo y patrón de belleza tenga tan altas consecuencias, nos haga miserables, nos reduzca a la indigencia y pueda llevarnos a constituirnos en anormalidad, animalidad y monstruosidad, todos éstos sinónimos de aquello situado por fuera del orden y los límites o mejor las limitaciones. Aún, después de aquello visto y recorrido, me sigue pareciendo irónico e injusto que la fealdad sea pensada como una *anomalía*; sin embargo, siento un poco de alivio al saber que no para todos es valorada en términos peyorativos.

Para nadie es un secreto que en estos rostros se encuentran unos lienzos y rutas de cicatrices y deformaciones, hecho bien claro hasta para las mismas sobrevivientes. Para ejemplificar esto, Patricia habla sobre cómo quedó su rostro luego de una de las

primeras y peores intervenciones quirúrgicas que atravesó cuando inicio su reconstrucción, la cual le generó graves consecuencias:

[...] esto (Señala la parte izquierda de su rostro) era así un balón que me ganaba, me llenaba de peso [...]

yo quedé pegada, a lo que fue cicatrizando, esto se llama, queuloide³⁵, (señala la parte izquierda y baja de su rostro) esto fue cicatrizando, se puso tan fuerte, que me fue jalando, me fue jalando y quede pegada [...] (pega su rostro a su pecho) y tenía que depender mucho de mi mamá, de mi hija, de las personas, entonces la verdad esta cirugía [realizada por Alan García apoyo médico de la fundación para reducir los riesgos y consecuencias del primer procedimiento médico] me ayudó muchísimo, [el] movimiento de cuello; todavía, me falta...³⁶

Con esto, de ninguna manera, podría o tendría la intención de negar las desfiguraciones existentes en los rostros de las sobrevivientes por los ataques, si lo hiciera no habría mucho sentido y coherencia; especialmente por lo que expuse con anterioridad sobre los efectos del ácido. Por el contrario, mi punto de anclaje está en reconocer y analizar aquellas configuraciones y valoraciones de los rostros que los constituyen como lugares de anormalidad, intersticios, zonas grises, desertores obligados de la definición, amenazas de la seguridad y confianza. Análisis que hasta ahora solo han tenido que ver con el tratamiento y reconocimiento social.

Este recorrido se centra en el lugar del rostro y sus modos de ser percibido, pero también, en sus partes más valoradas y destacadas. Me ha quedado claro que el cuerpo entero es un campo de disputas y posiciones. A propósito de esto, tengo el recuerdo de que en alguno de los encuentros varias de las mujeres hablaron sobre la facilidad de su reconocimiento por parte de sus allegados cuando las escuchaban, pero su desconocimiento y confusión cuando las veían. Esto constituye un punto en contra para las mujeres debido a que la mirada posee mucho más rango y utilidad si seguimos enmarcándonos en pensar el cuerpo separado del sujeto.

³⁵ Es la formación y acumulación de tejido en las cicatrices, dándoles una apariencia más abultada y prominente.

³⁶ Patricia, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

La primacía del mirar sobre los otros sentidos responde a que “en la *episteme* occidental el acceso al conocimiento pasa, de manera privilegiada, por la vía de la mirada. No, la mirada desnuda, de alguna manera ingenua, en la que se basa la vida cotidiana, pues, para Descartes, no basta con ver, sino, más bien, esta mirada pareja y crítica que guía el pensamiento racional” (Le Breton, 2006, p.196). *Sentido* que conjuga los usos y desusos del cuerpo. La mirada, aunque claramente encarnada, ha sido escogida para servir a la razón, instrumento clave para posibilitar un *conocimiento verdadero* determinado por los marcos del método científico, desprovista de ingenuidad debido a que ha sido entrenada para distinguir, clasificar, organizar, precisar, definir y encontrar la verdad y totalidad.

Así pues, entendemos que el cuerpo no siempre se configura para ser superado o desechado, puede tener un lugar siempre y cuando no olvide estar al servicio de la razón y sus proyectos.

Si una cara lo dice todo, podría responderse con parte de esta discusión sobre la desfiguración, la marca, la violencia caníbal, lo indeseable, la animalización y la monstruosidad. Afirmaciones y concepciones en tensión y constante cuestionamiento por parte de algunos escenarios sociales y, especialmente, por algunas de las sobrevivientes. Para mí ha sido revelador e innegable que en estas líneas emerge un problema sobre el sentido del otro y de su cuerpo, pero además, se ha jugado y transitado en una, particular, concepción del *valor*: “la interiorización que el sujeto hace del juicio social respecto a los atributos físicos que lo caracterizan (lindo/feo, joven/viejo, alto/bajo, flaco, gordo, etc.). De acuerdo con la historia personal y con la clase social en la que estructura su relación con el mundo, el sujeto se apropia de un juicio que marca con su impronta la imagen que se hace del cuerpo y la autoestima” (2006, p. 146). Relaciones, transacciones, aprobaciones, retiros y desvíos que una puede configurar entre los cuerpos y su cuerpo, su cuerpo y las emociones, las emociones y el escenario social, el escenario social y uno mismo. Al parecer, caras de una misma moneda, al fin y al cabo.

Cuerpo(s): entre usos y desusos

Un análisis del rostro implica hablar del cuerpo no sólo porque se hacen conjunto y equipo, sino, además, porque para este escenario particular es necesario enfrentar, cuestionar y rumiar permanentemente una concepción del cuerpo que ha desplazado y estigmatizado estos rostros demolidos y cuerpos fallidos. También, por estar dibujando lentamente otra manera de entenderlo, apropiárselo, establecer sus relaciones y transacciones, especialmente, como una forma de desmarque y sabotaje del ataque.

Es en este sentido que: “El individualismo le pone la firma a la aparición del hombre encerrado en el cuerpo, marca de su diferencia y lo hace, especialmente, en la epifanía del rostro” (Le Breton, 2006, p. 43). Sin duda, este fragmento es útil porque me permite construir y agregar varios elementos claves para mi tarea de observación y comprensión del cuerpo, su lugar e importancia dentro y fuera de la violencia. El primero es, entender que el *cuerpo es uno de los signos del individualismo* debido a que, al poner al *hombre* en el centro del mundo, se inaugura un reino de la razón humana, uno que configura escalas y valoraciones tanto consigo mismo, los otros y el mundo. Jerarquizaciones y fragmentaciones de una racionalidad dictatorial en la que aquello no acorde o de “naturaleza” distinta a ella debe estar destinado a ser utilizado. Es signo porque representa aquello que la razón codificó como poco importante, de segunda categoría y con posibilidad de ser desechado; convirtiéndolo así, en simple exterioridad, cosa, utensilio, herramienta, máquina, objeto de análisis.

Dos, el cuerpo se convierte en un encierro para el *ser* es decir, confirma certeramente que el *hombre no es cuerpo, sino que posee un cuerpo* (Le Breton, 2002, 2006; Esteban, 2013). Ahora se entienden mejor las distancias que algunos saberes tienen con él y, su uso a diestra y siniestra, mejor aún algo siniestro, como objeto de estudio, objeto de la enfermedad y el dolor; pero nunca como sujeto o como encarnación de alguien. Aquí no sólo hay evidencias de un hombre fragmentado sino uno hecho pedazos, destrozado. Me parecen paradójicos estos usos debido a que tal prisión nos da la presencia, lugar, reconocimiento y encuentro en el mundo y con los otros.

Tres, el *cuerpo es marca de la diferencia*, signo de distinción, no tan directo y singularmente dicente como el rostro, pero sí uno que establece una separación y encuentro con el otro; configuración de la presencia de, con y contra uno mismo y los demás. Posibilidad de distinción, a la par que frontera. Pensarlo como frontera nos

obliga a reflexionar sobre lo que éstas representan en la cotidianidad, permitiéndonos reconocer que solamente será equiparable y utilizado para algunos y, también que necesariamente cobrará vidas y repartirá dolores en tanto margen que define las posibilidades de una humanidad. Distancia acentuada y visible, atemorizante y riesgosa (Le Breton, 2006), en especial, cuando no personifica valores sociales preciados y codiciados. Puntos de referencia para certificar si se es “legalmente” persona o no. Es así que,

“El cuerpo extraño se transforma en cuerpo extranjero, opaco, sin diferencia. La imposibilidad de identificarse con él (a causa de la enfermedad, del desorden de los gestos, de la vejez, de la “fealdad”, del origen cultural o religioso diferente, etc) es la fuente de todos los prejuicios de una persona. La diferencia se convierte en un estigma más o menos afirmado. [...]. Violencia silenciosa y tanto más insidiosa porque ignora que es violenta”(Le Breton, 2006, p. 134).

Por último, respondiendo a uno de sus deberes más altos, el *cuerpo es totalidad*, fiel representación del sistema funcionando a toda máquina, engranaje organizado y eficaz, sin faltantes ni excesos, cada parte dispuesta y ajustada conforme a su “naturaleza”, función y lugar determinados. Su mayor cumplimiento y conquista la unidad y armonía tan deseada por los modernos, pero simultáneamente, miopía enquistada e infecciosa que hizo del cuerpo solamente carne. *Souvenir* que imposibilita y recuerda no poder ser más.

Con todo esto, se construye una normatividad vigente: *el cuerpo configura una individualidad, posesión, distinción y totalidad*. Requerimientos y estándares abismales en ocasiones para algunas sobrevivientes y productores de disonancias que las constituyen como *cuerpos fallidos* debido a que encarnan una humanidad bajo duda, sospecha y restricciones, se convierten en posesión nunca para sí mismas, porque son el medio de pago efectivo frente a una falta moral – propiedad embargada, usada, abusada, moldeada e intervenida tanto por quienes producen el ataque, como por los profesionales de la salud, la ley, el orden, el bienestar. El cuerpo se hace deudor (Das, 1995), se constituye en la moneda de pago necesaria para saldar una afrenta que algunos administradores y dosificadores del dolor cobran sin tregua. Por otro lado, claro que estos cuerpos crean distinción, de esa que quita la singularidad y la historia; su

diferencia ha sido construida para homogenizarlas y marginarlas, reduciéndolas a ser cifras, casos confusos, las “quemaditas”, los “monstricos” y/o las “víctimas”.

A propósito de esto: “Lo mismo sucede con la agresión narcisista que subyace a gran parte de la estigmatización social: su impulso es el de eliminar la individualidad humana del otro, ya sea con una marca literal o simplemente clasificando a las personas como miembros de una clase avergonzada, en vez de catalogarlas como seres individuales” (Nussbaum, 2006, p. 259).

Tampoco, olvidemos que: “Un dolor fuerte, un cansancio, la enfermedad, un miembro fracturado, por ejemplo, restringen el campo de acción del hombre e introducen el penoso sentimiento de una dualidad que rompe la unidad de la presencia: el sujeto se siente cautivo dentro del cuerpo que lo abandona” (Le Breton, 1996, p. 94). El dolor y la violencia irrumpen en la cotidianidad y en este caso, aún más, debido a que las sobrevivientes no sólo se sienten cautivas frente a un cuerpo débil y estropeado, sino también ajenas. Un sentimiento ambivalente de querer escapar de su cuerpo violentado, pero que simultáneamente, las vuelca a la tarea de buscarlo, recuperarlo y reencontrarlo.

La totalidad y unidad, por su parte, siguen siendo lejanas debido a que la desfiguración produce otro orden y otros modos de aparición. Más bien, creo que están hechas al estilo del rompecabezas o de una *colcha de retazos*, pieza por pieza, aunque quizás no de encaje y articulación tan precisa y como la de la mayoría de los cuerpos. Para ejemplificar esto, Gina ha hecho de la piel de sus brazos, antebrazos y espalda parte de su cuello y cara; Patricia ha hecho de la piel de su pierna y espalda complemento de su parte izquierda de la cara y la piel de su vientre sirvió para construir una porción de sus párpados. Aunque estas transacciones se han convertido en posibilidades y opciones para resignificar el dolor y sus memorias, estas se mantienen siempre presentes.

Así pues, creo que la disputa está planteada con esta concepción de cuerpo hecho exterioridad, cosa, binarismo, pasividad y carne nada más. Habrá que pensarlo más a modo de cuerpo vivido y plena encarnación.



Taller sobre los objetos de la memoria 30 de abril de 2017

Tercera parada. *A propósito de los injertos*

“Pero esta materialidad corporal es lo que somos, el cuerpo que tenemos, y puede ser (de hecho lo está siendo) un agente perfecto en la confrontación, en la contestación, en la resistencia y en la reformulación de nuevas relaciones de género” (Esteban, 2013, p. 46)

“nunca me compadeci de mi misma, no, para nada, [...]. Me acuerdo que mi esposo me decía, pues si no te crece cabello [...], te pones gorrito, yo no, ¡que gorrito!.. buscamos implantes, me pongo una peluca” (Patricia, sobreviviente de ataque con ácido, 2017)

Última parada marcada con un coloquial ¡final, no va más! de esos que William Vinasco Ché repitió sin cesar en muchos de los partidos del fútbol colombiano, unas veces eran estruendosos y molestos, pero otras alegraban y emocionaban intensamente, yo en la actualidad transito en los dos estados. Sin embargo, tengo la certeza que sí va y mucho más. En este preciso momento el tiempo se hace angustioso, hostigante y acusador, una se siente al límite de sus fuerzas, de sus ideas y de sus propios temores, conjunción de suspiros, ansiedades, insomnios y estomago revuelto. Mi cabeza me exige varias y muy seguidas pausas, sabotea, está embotada y literalmente atrapada en todas estas letras; los ojos se han desgastado y, en muchas ocasiones, aprovechan para cerrarse sin importar en qué lugar me encuentre. La espalda se rebela contra el tedio que produce estar sentada buena parte del día, duele y sus músculos se contraen y, esto pasa sucesivamente en otras partes del cuerpo. Si la cabeza ha sido educada para no dar treguas, mandar y estar en solitario, el cuerpo habla y se rebela recordándole que él no es muy obediente. Punto de referencia para entender cómo la herencia moderna no nos deja de pesar.

Mi apuesta ha estado en mostrar de modos sutiles y contundentes, explícitos e implícitos una reflexión sobre el cuerpo – o por lo menos eso intenté en las tres paradas. En el primer capítulo presenté un cuerpo violentado y destrozado, capaz de muy poco por el sentido y la intensidad de la violencia, de algún modo, entregado y relegado al ataque debido a que éste se convirtió en su principal deseo y tributo. En el segundo capítulo, consecuencia y despliegue del primero, se dibujó un cuerpo marginado porque se produjo como diferente, anormal, caótico, desfigurado, feo, junto con otras estigmatizaciones más. Marcos de todo el tratamiento social que tuvo y que confirman su título como *cuerpo para otros*. Para este tercer capítulo aparecen otro tipo de cuerpos mucho más reaccionarios y extravagantes, y si bien no desconozco sus herencias y todas las disputas que llevan a cuevas más bien los presento como una suerte de *injertos, de cuerpos a retazos* caracterizados por ser distintos, potentes y transfiguradores, que sí pueden jactarse de tener una voz y una presencia propias. Incluso estoy segura darán de qué hablar unas pocas líneas adelante.

Este capítulo, apartado, última parada e intersección de rarezas, estará enmarcado en tres momentos claves: primero, el *cuerpo a retazos* configura un nuevo cuerpo de las sobrevivientes a través de tres elementos claves: *transacciones entre cuerpo y rostro*, constituido en los modos en que el cuerpo en conjunto se vuelve insumo del rostro.

Aprendizajes para hacerse cuerpo trata de las técnicas y prácticas que constituyen a estos cuerpos. *Un cuerpo, mi cuerpo: mapa de sentidos y contrasentidos*, enmarcado a través de un ejercicio cartográfico en el que las mujeres rastrearon significados, emociones, historias e interpretaciones en torno a su cuerpo, éste será explicado a través de tres de sus partes más significativas e intervenidas: *la cabeza, el pecho y la pelvis*. Segundo, *las nuevas feminidades...* “una cicatriz no me hace menos mujer” es una contestación de las sobrevivientes a una cierta idea de ser mujer, acompañada de sus distintos modos de *sabotajes* o resistencias. Finalmente, vendrán los *cierres y florecimientos* que traducen las conclusiones y reflexiones de todo este trasegar.

Antes de comenzar, debo hablar de algunas de las lecciones que me ha dejado este recorrido. Puedo decir que el encuentro con Patricia, Angy, Ángela, Alejandra y, especialmente con Gina, me ha permitido acercarme y quizás intentar entender unos modos de vivir, asumir y a veces resignificar la violencia y el dolor, me ha enseñado a reconocer las innumerables caras y presencias del sufrimiento. Todas ellas son configuraciones que, paradójicamente, me posibilitaron comprender situaciones y eventos propios, a ser más consciente y reflexiva sobre mi cuerpo, es decir, consciente de mí misma y mi existencia. Claridades útiles para pasar de *tener* un cuerpo a *ser* uno, curiosamente para mí empezaba a ser más evidente su sentido.

He tenido el espacio para comprender y reflexionar sobre viejas, repetidas y manoseadas concepciones sobre la belleza, la apariencia y el ser mujer, cosas que se han convertido en agujeros y rotos maltrechos, bastante asfixiantes, muy pequeños, cavados por las miradas, los deseos y temores de unas y otros mucho más confundidos y jugando a simular normalidades. No pongo en duda que son las estrategias de una supuesta normalidad, tienen un valor y lugar enormes en esta sociedad, son promovidas y ofrecidas como una solución rápida y eficaz para tener una mejor calidad de vida, son un buen asiento y pago en el escenario social, capaz de abrir puertas y ofrecer beneficios. No obstante, el responder a esta oferta y demanda se ha convertido en fuente de constricción y desesperación constantes, poco importa si se hace por imposición o voluntad propia. Tal vez esto pueda ser un llamado a pensar con detenimiento los costos de dicho “privilegio”.

Por otra parte, los capítulos anteriores han revelado con desesperanza que el cuerpo es sinónimo de precariedad y fragilidad, blanco fácil, disponible para el daño, con pocas

posibilidades de defensa o respuesta porque se ha tornado ruinas – derrotado y estropeado por la brutal violencia del ataque. Sin embargo, en este apartado se dibuja un poco más robusto y aguerrido, eso sí, sin olvidar su presente y constante debilidad, para devolver en cierta medida una humanidad dada por perdida, en ser una búsqueda y recuento de las sobrevivientes consigo mismas. Así pues, aquel cuerpo vuelto objeto y animalizado, olvido permanente del ser, toma cara, se hace presente y renace como medio y posibilidad capaz de recomponer el valor de aquellas mujeres, sus relaciones y lugares en el mundo. Proceso de agrietamiento y bienvenida a una humanidad que aún hoy se sigue abriendo paso entre los dolores y sus recuerdos. Para algunos podrían parecer elementos mínimos y evidentes, pero para quien se ha sentido abandonado, castigado y desterrado en su propio cuerpo, es una gran victoria.

Cuerpo a retazos

Saludo esta aparición y estrecho la mano de este nuevo *cuerpo a retazos*; así mismo, escucho y recibo atenta aquella queja sobre la forma en que ha sido nombrado – se dirá que los retazos son piezas sobrantes, que son saldos o gangas de eso que alguna vez estuvo completo y, que mi trato hacia el cuerpo se enmarca como resto. Reconozco esto en partes es así, pero también creo que este cuerpo, aunque fragmentado, no es falta de humanidad, no es tan solo el residuo de una carne maltrecha y trajinada separada de una vida humana, como afirma Le Breton (1999, 2002, 2006) y muchos otros que han denunciado este dualismo desde hace un buen tiempo. Mi objetivo está en separarme de la concepción del cuerpo como obstáculo o desecho, más bien, lo veo como una posibilidad vigente y urgente de crear, resignificar y desmarcar la identidad, en especial, de las sobrevivientes.

En cuanto a su composición por piezas, ésta representa un paso a paso, una especie de entrega no consensuada a la paciencia y al tiempo debido a que los tejidos nuevos y viejos requieren abrirse espacio y acoplarse lentamente; aquellas partes que hacen transacciones y donaciones necesitan trabajarse para que no sufran espasmos por el dolor o la carencia; pero particularmente, el cuerpo, en su conjunto debe empezar a comprender que es insumo y reestructuración. Nunca pierde su unidad, pero ésta parece más un rompecabezas. Toda esta composición y reconstrucción transita y se configura en compañía del dolor; inicialmente se enmarca en las múltiples y constantes

intervenciones quirúrgicas experimentadas por las sobrevivientes, como siempre, Patricia lo entiende muy bien y explica de la siguiente forma su proceso de cirugías:

[...] Acá llevo 10 (parte izquierda baja del rostro), acá llevo como 7 (parte superior izquierda del rostro), bueno ya les iré contando cuantas cirugías llevo de cada lado. Del párpado llevo 5. Me han sacado de mi estómago para poner en los párpados [y en] mi labio, [...] bueno, llevo 32 cirugías [en total], y todavía miren, si [ven] que falta. Y bueno, entonces mi proceso de cirugías, muy dolorosas, porque les puedo decir, [...] que te quiten de la pierna, de tu estómago; o sea, que te dañen otra parte de tu cuerpo para tratar de mejorar la parte que está [...] afectada.³⁷

Esto también es claro para Gina, que tiene aproximadamente 26 intervenciones³⁸, sumadas a otros procedimientos como el relleno de su piel, que es necesario para la recomposición de esas partes donadoras de tejido o carentes de él. Ella misma me explicaba³⁹ que esto último es bastante doloroso no sólo porque la piel se endurece, se cierra y se hace acartonada, de forma que las cicatrices se vuelven guarniciones infranqueables por las agujas que reactualizan las memorias del ataque. Este cuerpo a retazos, es constantemente transformado, se enuncia en negociación con la forma y la proporción, transitando y configurándose con un dolor ambivalentemente punitivo y sanador.⁴⁰ Nunca acabado ni por encima del dolor, recordemos que se ha hecho uno de sus hijos más preciados.

Transacciones entre el cuerpo y el rostro

Por otro lado, este cuerpo a retazos se ha inscrito y generado en dos momentos fundamentales (unas de sus grandes enseñanzas): las transacciones entre el cuerpo y el

³⁷ Patricia, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

³⁸ Diario de campo, página 2, encuentro Fundación Reconstruyendo Rostros, diálogo con Gina Potes, 25 de febrero de 2017.

³⁹ Encuentro Fundación Reconstruyendo Rostros, diálogo con Gina Potes, 8 de julio de 2017.

⁴⁰ Referencia enmarcada en el primer capítulo sobre las distintas configuraciones, modos de asumir y experimentar el dolor.

rostro y, sus aprendizajes para hacerse cuerpo. Las *transacciones entre el cuerpo y el rostro* se producen y se configuran debido a que las sobrevivientes han tomado insumos para el proceso de reconstrucción de sus rostros de algunas partes de sus cuerpos⁴¹, frente a esto, pueden surgir varias críticas, particularmente, por creer que me mantengo en una concepción del cuerpo como máquina y/o artefacto configurada en su plena instrumentalización.

Es así que: “El cuerpo, desde esta perspectiva, ya no es más el rostro de la identidad humana sino una colección de órganos, una posesión, una especie de vehículo al que el hombre utiliza y cuyas piezas son intercambiables con otras de la misma naturaleza, dada la biocompatibilidad entre tejidos. El dualismo que alimenta a la medicina moderna se expresa, en este caso, con claridad” (Le Breton, 2006, p. 222). Esta afirmación inscribe el cuerpo en el marco de una utilidad, convirtiéndolo en una mercancía invaluable, tomándose la libertad de armarlo, desarmarlo, explorarlo y explotarlo para sacar su máximo provecho en investigaciones médicas, trasplantes de órganos, industrias farmacéuticas, entre otras cosas. Una podría pensar que éste puede ser equiparado con un carro al que se le hace mantenimiento en un taller mecánico porque cada una de sus piezas se quitan, ponen, intercambian, circulan y se compran. Inauguración real de un cuerpo que entra al mercado, es capaz de ocultar o sepultar la presencia del ser humano o de cualquier signo de humanidad en él, poco importa si está vivo o muerto, de cualquier modo tendrá un enorme valor monetario. El uso del cuerpo es un negocio rentable y una gran oportunidad para el emprendimiento.

Pese a lo anterior, considero que en las transacciones producidas en y por las sobrevivientes emerge y florece algo concretamente diferente y nuevo; además, no creo que tengan la necesidad de seguir reforzando la inhumanidad, parece que con la vivida ha sido suficiente. Han experimentado su cuerpo hecho objeto de tantas maneras, intensidades y duraciones, completamente ajeno y distinto de sí mismas que están obligadas a encontrar otros tipos de salidas y bifurcaciones. Quizás esta sensación puede estar muy bien traducida cuando Patricia habla de haber sentido ser el experimento del Hospital Simón Bolívar. Con todo esto, dudo de esos supuestos deseos por ser usadas. Por el contrario, me parece que dada la violencia experimentada han concebido el cuerpo como una total encarnación – en principio debió ser un martirio, una especie de

⁴¹Mi trabajo se limitará a esta dimensión; no obstante, la referencia a transacciones con otros cuerpos puede ser una invitación para investigaciones futuras.

desdoblamiento al sentirse cautivas y forasteras en sus propios cuerpos provocando que algunas decidieran dejarlos de manera definitiva (intentos fallidos, por fortuna) y en varias ocasiones, repitieron con miedo y desesperación que ellas no eran esos cuerpos.

Hasta aquí, cada uno de estos cuerpos seguían entendiéndose como una exterioridad vacía, un cascarón. Sin embargo, después entendieron que éstos eran su única posibilidad de existencia, la violencia las había forzado con lecciones crueles a aprender a ser en y con sus cuerpos, a concientizarse de sus gestos, movimientos, acciones y actos que antes eran rutinas invisibles y que ahora se convertían en unos de sus mayores logros y esfuerzos. De esta forma, *encarnarse* se volvía una reconciliación consigo mismas y un paradójico escape para reconstruir esa humanidad fallida y pérdida. Obligatorio, pero satisfactorio y aleccionador encuentro.

Así pues, estos cuerpos nunca más serán receptores pasivos y obedientes del ataque, el saber médico, las estigmatizaciones, o el tribunal público que los relegaban y les robaban ruinosamente la oportunidad de ser o poder estar más allá de la aniquilación. Estos descubrieron y reconstituyeron a la fuerza su capacidad simbólica centrada en ser productores de sentido tanto para sí mismos como para los demás, de manera que el escenario social no podría quedar igual. Cuerpos a retazos, encarnaciones, fisuras y contestaciones a un supuesto orden de la normalidad.

De este modo,

“con la noción de *embodiment* se quiere superar la idea de que lo social se inscribe en el cuerpo, para hablar de lo corporal como auténtico campo de la cultura, como “proceso material de interacción social”, y subrayar su dimensión potencial, intencional, intersubjetiva, activa y relacional. El cuerpo es, así, considerado “un agente y un lugar de intersección tanto del orden individual y psicológico como social; asimismo, el cuerpo es visto como un ser biológico, pero también como una entidad consciente, experiencial, actuante e interpretadora” (Csordas, citado en Esteban, 2013, p. 25)

Encarnarse significa su posibilidad de liberación y transgresión de las violencias – no tengo muchas certezas de que sea completa ni plenamente, pero sí como un modo de responder y contrarrestar al ataque y sus efectos al brindarles margen de acción y transformación; tener y ser un rostro no tan literal y obvio, sino uno que las hace presencias vigentes y les abre un lugar en el mundo. Rupturas y desmonte de silencios,

encierros y ocultamientos, el cautivo encuentra y saborea un poco de libertad. Allí donde el ataque esperó silencios, aparecieron estruendos públicos surgidos de la organización y el encuentro de las sobrevivientes, de su presencia en eventos, medios masivos de comunicación, mesas interinstitucionales, Senado de la República, y otros foros. Donde el ataque esperó rechazos y marginación, encontró manos amigas en algunos vecinos, familias, amigos, médicos, políticos, organizaciones sociales, estudiantes. Aunque tengo muy claro que varias algarabías y compañías no siempre venían con tan puro corazón.

Este *cuerpo a retazos* no se hizo sólo con dolores, sino con solidaridades, no sólo se produjo marginal sino resistente, no sólo hablaba de la realidad de unas, sino de todos, no sólo fue culpable, sino subversivo. Con todos estos virajes no puede ser más un cuerpo anclado a unos usos y desusos; por el contrario, es una encarnación que habla de, sobre y por sus experiencias, convirtiéndose así en aquel que narra y asume de otras maneras su *experiencia corporal* (Esteban, 2013) violenta, interpretándola y resignificándola urgentemente.

Reconozco cierta inestabilidad en este cuerpo a retazos – transita entre el cielo y el subsuelo porque no es todopoderoso y tiene fuertemente inscritas y a carne viva unas nostalgias; sé que puede entenderse como contradictorio y ambivalente, especialmente, por desear volver a aquella normalidad que lo marcó y rechazó. De cualquier modo, desde mi mirada es fracturador de órdenes y normatividades, pendenciero frente a las reducciones y estigmatizaciones; también, su belleza y grandeza reside en recordarnos nuestra fragilidad con total honestidad y sin miedo a la derrota.

Aprendizajes para hacerse cuerpo

El segundo momento, *aprendizajes para hacerse cuerpo*, podría conjugar una concepción naturalizada y única de los cuerpos, particularmente en algunos de sus modos de ser y hacer. Recordemos que este “montaje físico-psico-sociológico de una serie de actos, actos que son más o menos habituales y más o menos viejos en la vida del hombre y la historia de la sociedad” (Mauss, 1971, p. 354), siempre es variable y muta dependiendo el tiempo, lugar, cultura, medio, condiciones, etc; además, “no hay un comportamiento natural en relación con el cuerpo y que convertirse en un individuo

social implica un determinado aprendizaje corporal” (Esteban, 2013, p. 23). Aunque no me enmarque en una concepción del cuerpo natural, absoluta y universal, considero que para el caso de las sobrevivientes, ellas sí requirieron compartir algunos aprendizajes corporales normalizados no sólo para ganar un pequeño espacio en el escenario social, sino, sobre todo porque era uno de los pocos modos que tenían para sobrevivir. Así pues, ellas se vieron obligadas a aprender y/o readaptarse a acciones habituales como ver, oler, hablar, comer, por nombrar algunas, que se habían vuelto desconocidas e imposibles de efectuar tanto por la inexistencia o mutilación del órgano que las realizaba comúnmente, como por la afectación de otras partes que hacían posible su ejecución, por ejemplo, la pérdida de los ojos imposibilita el ver pero, a la par, dificulta el poder caminar, vestirse, comer, entre otras. Por tanto, se hizo obligatoriamente necesario que compartieran varios de los rituales de la cotidianidad y la normalidad. Esto puede ser visto como la superación de su condición de *cuerpos fallidos* y simultáneamente, como un modo de desaparición de la violencia al romper con las reducciones impuestas por el ataque. No puedo negar sus tránsitos, sus ires y venires dentro y fuera del marco de la normalidad aceptándolo, necesítándolo, cambiándolo y rechazándolo, pero tampoco puedo pasar por alto sus formas de configurar unos estilos de supervivencia.

Por otra parte, aparecen otro tipo de lecciones un tanto más extravagantes que se dibujan como modalidades para aprender a hacerse cuerpo de otras maneras, no tan coherentes con aquello normal, habitual y tradicional. Para mí es evidente hasta este justo momento que se requiere en realidad para un cuerpo como ese. A propósito de esto, Patricia dice:

[...]A mí me dijeron no podía ver y aquí estoy, no veo igual como antes, obviamente, los puedo ver acá (señala una distancia muy corta), a dos metros no podré ver, veo figura, pero les puede decir que veo[...] Me dijeron no vas a volver a escuchar del oído, obviamente, no escucho como quisiera pero los escucho bien por este otro (refiriéndose al derecho); no vas a respirar por la nariz, no respiro por la nariz, respiro por la boca, pero aprendí a no hablar nasal, yo hablaba nasal horrible; o sea, todo el tiempo como con gripe [...]⁴²

⁴² Patricia, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

Este apartado está cargado de esa imposibilidad inscrita incisiva y repetidamente del “no”, que me recuerda las etiquetas que marcaron a las sobrevivientes a través de la negación y carencia, siempre defectuosas e imposibilitadas para volver a la normalidad. Esto fue extremadamente claro para los profesionales de la salud, quienes se convirtieron en unos verdaderos y certificados especialistas de la motivación y la esperanza.

Quizás por eso el gran valor e importancia de aquellos nuevos aprendizajes que iban en contra de la totalidad, unidad y funcionamiento esperados y exigidos en un cuerpo. Me ha emocionado que ellas hayan buscado unos nuevos modos de vivir o sobrevivir por medio de su experiencia corporal, abriéndole paso a unas nuevas lecciones para *aprender a ser y hacerse cuerpos* evitando ser sepultadas por una concepción de cuerpo único, exclusivo, total y eficaz y, reinventar otro cuerpo en su organización, conjunto, piezas y formas de funcionamiento. Es así que sorprende y alegra que algunas aprendieran a ver con sus oídos y manos por su ceguera, otras a hablar con sus manos u ojos. Contraatacaron los discursos y saberes médicos que las daban por muertas, en un gesto retador de una supuesta verdad del conocimiento racional y a sus portadores. Contradijeron imaginarios acerca de la edad que indican que el aprendizaje se realiza en la niñez o adolescencia y, en cierta medida; han desafiado parámetros y posibilidades de la belleza. En suma, creo que, si se piensa con calma o mejor sin ella, todos estos tránsitos y aprendizajes han permitido crear unas nuevas maneras de encarnarse como mujeres, motivo de la segunda parte de este capítulo.

Repito: sé que no se han hecho infalibles, para ellas muchos de los juicios y expresiones alrededor de sus historias y sus vidas se han convertido en verdades definitivas e incuestionables, las han asumido absolutas e irremediables, pero también he visto cómo en algunas ocasiones han materializado en sus cuerpos un: “no todo lo que me dicen es verdad”. Claro está, algunas han entendido esto del todo, a otras las convence un poco y unas tantas lo ven como un gran embuste.

Tanto en las transacciones entre el cuerpo y el rostro, como en los aprendizajes para hacerse cuerpo, cada paso dado es un triunfo sin importar los juicios y valoraciones del común; un órgano o parte del rostro reconstruida es una enorme celebración que ayuda a olvidar el dolor de la operación. Aprovechando que ya no se habla de usos sino de

experiencias corporales, vienen a mi cabeza dos anécdotas, recuerdo⁴³ que en uno de los encuentros con la Universidad del Bosque para la elaboración del Protocolo de Atención en Salud Mental, Patricia estaba muy feliz y comentaba emocionada algo que le había sucedido, yo estaba en el otro extremo, con pocas posibilidades de escuchar o chismosear sobre aquello que hablaba. Al final de la reunión, mientras almorzábamos, nos contó qué le producía tanta alegría: estaba estrenando sus nuevas cejas, hecho que describía y comentaba como un gran logro. Yo, sinceramente, no lo había notado; sin embargo, dejando mi falta de atención a un lado, en aquel momento pasaba algo muy importante, se dibujaba y aparecía una conciencia plena de aquellas nuevas acompañantes del rostro, esas que daban más forma y se configuraban determinantes para robustecer su presencia y su sentido de humanidad. Evidentemente, era un gran triunfo, pero solo tiempo después lo pude entender así.

Otro de los recuerdos importantes y precisos fue cuando realicé un taller de bisutería con plástico para las mujeres de la fundación, debo reconocer mi poca destreza en las manualidades. Esta actividad fue pensada con la intención de que se convirtiera en una posibilidad para tener otras entradas que equilibraran sus complejas condiciones económicas. Aquel día fue bastante tensionante y extremadamente agotador porque estuvo sobrecargado de todas las maneras posibles, se contaron varias historias de las sobrevivientes que transitaban entre tristeza, nostalgia, ira, injusticia, culpa, indiferencia, valentía y superación; se encontraban distintas personas, voluntades e intenciones en el aire – unas más claras y otras un poco difusas, cada una buscando un lugar de aprobación a través de gestos y cordialidades impostadas, sinceridades un tanto tímidas y muy poca sensatez. Según el cronograma, mi taller cerraría la jornada, inicié repartiendo los materiales, hice la explicación correspondiente, lograda de manera rápida y eficaz gracias a varios tutoriales de youtube y a mis múltiples ensayos y prácticas fallidas. Yo había estipulado que una vez terminados los aretes cada una de las participantes debían ofrecerlos como un regalo a algunas de sus compañeras de trabajo. Todo iba muy bien y sin ningún contratiempo; sin embargo, pasé por alto un elemento muy importante - que, por los efectos del ataque, no todas tenían sus orejas o éstas estaban incompletas. De nuevo me avergüenza mi torpeza y falta de delicadeza y, me sentí bastante incómoda por no haberlo tenido en cuenta.

⁴³ Diario de campo, página 12, Fundación Reconstruyendo Rostros, 22 de abril de 2017.

Ambas anécdotas me hicieron pensar sobre los modos en que el cuerpo se hace invisible o desaparece por la rutina de la cotidianidad (Le Breton, 2006), se dan por hecho la existencia de sus partes, no se es consciente de sus movimientos, acciones, etc. Se entra en su desaparición completa, hecho que produce una cantidad de supuestos sobre él y sus configuraciones, creando unos conocimientos ficticios y encuentros inexistentes sobre el cuerpo de cada uno y el de los demás. En realidad, se cierra la experiencia y la posibilidad de conocer porque todo está dado, dicho y pensado. Es así que, se despliegan una multiplicidad de simulacros con uno mismo y con los otros, instalados gracias a algunos marcos y reglamentaciones de la normalidad, alimentados por la costumbre y plenamente homogenizantes. Quizás, por eso, no entendía la alegría de tener unas cejas ni la conciencia plena de no poseer una oreja, siempre había tenido unas y al parecer creía que todo mundo debía tenerlas. Sin embargo, estaba frente ellas con un discernimiento y experiencia más clara y muy distinta de sus cuerpos, no pasaban por alto detalles, movimientos ni piezas debido a que el dolor les había solicitado repasar y revisar sus cuerpos con mucha más atención.

Un cuerpo, mi cuerpo: mapa de sentidos y contrasentidos

Como he venido diciendo, estos cuerpos fueron constituidos al principio a través de las miradas y las palabras de los demás, estuvieron cautivos por mucho tiempo y en varias prisiones en ocasiones frías, rudas y hostiles, en otras aparentemente cálidas, suaves y amables. Cautiverios que les han costado sus existencias y sus vidas. Pero también, tras este recorrido y sus reflexiones, se hace justo y necesario abrir un espacio para que estos cuerpos puedan hablar por sí solos. Parloteo logrado mediante un ejercicio de cartografía realizado en la Fundación.

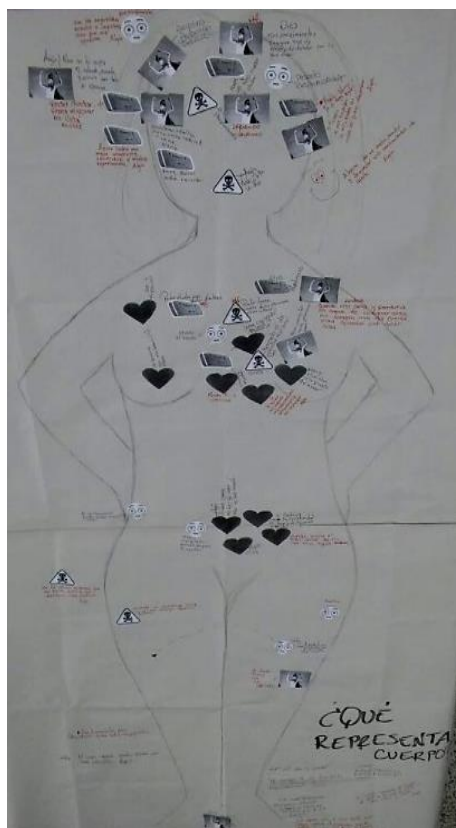
Antes de comenzar debo advertir que surgirán variedad de distancias, cercanías, correspondencias, incoherencias y una gran suma de situaciones paradójicas, pero a la par, habrá una riqueza alentadora y telúrica en las configuraciones que allí se expresan.

Para esta cartografía trabajé con una silueta habitual y reconocida de un cuerpo femenino y determiné cinco convenciones claves para su intervención: el miedo, la vergüenza, el olvido, la valentía y el amor, que correspondieron, en algunos casos, a palabras usadas constantemente por las sobrevivientes en encuentros, talleres y

reuniones; en otros casos, son términos que, desde mi punto de vista, aparecían flotantes y se convertían en importantes configuradores de sentido en cada una de sus narraciones. De acuerdo con lo planteado, las convenciones debían ser ubicadas sobre la silueta dependiendo de la importancia y el significado que cada una de las sobrevivientes les otorgara, y su uso podía repetirse en un mismo lugar u otro diferente. Tras su ubicación, era necesaria una descripción o narración sobre aquello que representaba y los motivos por los cuales escogían darle ese lugar. Si las participantes lo veían oportuno, tenían la posibilidad de intervenir convenciones ya existentes y registradas o crear unas nuevas si así lo requerían para que su trabajo tuviera mucho más sentido.

De este modo, la imagen que verán a continuación registra el mapeo, rutas, desvíos, paradas, puntos de recarga, costos, cobros, intervenciones, significados, jerarquizaciones, valoraciones e interpretaciones que hicieron las sobrevivientes de sus propios cuerpos.

Imagen 1



Taller cartografía, salón comunal Mandalay, integrantes Fundación Reconstruyendo Rostros, 13 de mayo de 2017

Sin duda alguna, este ejercicio me permitió acercarme a ciertas comprensiones y reflexiones sobre los modos en que ellas se conciben, se presentan, se relacionan y se toman un lugar en el mundo y junto a los demás. Fue reveladora la importancia que tiene su rol de mujeres y madres, así como las ubicaciones, presencias y rostros que toman y han tomado los dolores. En cuanto a este último, por ejemplo, pude observar y quizás reafirmar cómo el ataque no era, ni representaba su único punto de referencia en el sufrimiento, sino que se sumaba a una serie de situaciones familiares y personales. Con esto, entendía que la violencia evidentemente cambió sus vidas pero no sólo con su forma de ataque, sino que ésta estaba presente en algunos casos en sus familias, en sus padres y madres, sus infancias y sus amores.

En cuanto a ellas, deduzco y quizás quiero creer que la cartografía les permitió algunas reflexiones, reconocimientos y estallidos sobre sí mismas, por algunas charlas que sostuvimos, por un par de cosas dichas y porque observé en sus caras cierta ansiedad, sorpresa e incertidumbre cuando se vieron enfrentadas a sus cuerpos desde afuera, a analizarlos, repensarlos y a buscar otros modos de apropiárselos y entenderlos. Así, puedo decir que el cuerpo no sólo está siempre presente, sino que conjuga todo aquello que somos. De esta manera: “Se insta constantemente a reconocer el sentido de la existencia humana como fenómeno corporal. Esto significa algo más que aseverar que somos de carne y hueso; contiene la afirmación de que somos a la vez lo que sentimos y vemos de nuestro cuerpo, que a su turno resulta de las acciones que emprendemos con el cuerpo y de las prácticas que ejercemos con él” (Pedraza, 2010, p. 57).

En este ejercicio tres áreas de la silueta convocaron enérgicamente y tuvieron muchos más registros que las demás: la parte superior enmarcada en la cabeza o rostro, el pecho y la pelvis.

La cabeza y/o el rostro: entre la valentía y el olvido

La parte superior requirió y exigió numerosas intervenciones, aunque se enmarcó en el rostro, tuvo un mayor sentido como cabeza, mente o cerebro, aquellas convenciones que la atravesaron, bordearon y la habitaron fueron la valentía y el olvido. Tremendas y particulares compañeras. Además, pensándolo bien, creo que no tiene nada de gratuito o azaroso que el rostro haya desaparecido, supongo este es uno de los espasmos y

omisiones voluntarias producidas por la violencia y la estigmatización y, finalmente no deja de ser el epicentro del acto violento. Zona de ambivalencias y de esperas configurada entre un borrar, soltar, superar y resurgir.

La valentía se representó con la imagen de un niño disfrazado de súper héroe, y en este caso, estuvo acompañada por frases de las sobrevivientes como: “disciplina, propósito, decisión” y “defiendo, gestiono” ambas de Gina; “Dios, mis pensamientos siempre son de amor y fortaleza en lo que creo” de Patricia; “para mí la mujer es valiente, fuerte, guerrera en toda su esencia” de Angie⁴⁴; “triumfos de mis proyectos de mis metas las cuales quiero alcanzar” y “con mi rostro irradío y demuestro mis sentimientos de afecto” de Alejandra, esta última frase se registraba con una nueva convención, una carita feliz. Es importante resaltar que únicamente Alejandra hizo explícito el rostro, enmarcándolo y dándole un lugar no peyorativo ni doloroso, sino tal vez como un gesto que recuerda que no es necesario seguir ocultándolo.

En estas compañías encuentro una conjugación de la fuerza, fortaleza, posibilidad y oportunidad, enmarcación y significado de peso para una construcción de todo aquello que define un por-venir. Parte superior, lugar complejo de interpretación no sólo por la violencia y sus rezagos, sino porque sorprende un poco al ser un lugar de tanto sentido y presencia para lo femenino, al ser una de sus fuentes de mayor valor y vitalidad.

El olvido fue representado con un borrador produciendo multiplicidad de narraciones tales como: “poder olvidar para mejorar mi vida” de Andrea; “borrar todos mis malos momentos, recuerdos, y malas experiencias” de Angie; “un nuevo empezar y olvidar” de Alejandra; “pasado doloroso que no deja seguir” de Patricia. El olvido se remarcó ferozmente, su aparición fue intensa y las palabras usadas para describirlo se dibujaron muy dicentes, ya que éste guardaba aquello que debía y deseaban fuera borrado, desaparecido y ojalá totalmente extinguido, aquellos pasados que requerían de una transformación urgente.

Valentía y olvido se convierten en determinantes y configuradores de la acción y la experiencia, una, por un lado, representa la necesidad, el estar en potencia pero aún falta de realización; el otro condiciona a la total inacción, fuerte amarre y una especie de

⁴⁴ Angie, integrante Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 13 de mayo de 2017.

sujeción. Su aparecer simultáneo conjuga un llamado al no estancamiento y a un emerger rápido del movimiento, lo interesante es que hace consciente la resignificación de algunas trayectorias vitales.

El pecho: entre el amor y el olvido

Otra de las partes principales y más trabajadas fue el pecho, cuyos guardianes fueron el amor y el olvido, que parece que dibujaran o contuvieran en su profundidad algo un tanto poético. El amor fue representado con el ícono universal del corazón, y junto a varios de ellos se escribieron frases como “dar y recibir” de Carolina; “las cercanías con mis bebés” de Karen; “mucho amor, servicio” de Patricia; “se avivan mis alegrías, mis emociones, mis sentimientos y mis tristezas” de Alejandra; “tener capacidad de amar a pesar de” registrada por Gina. Al leerlas me da la impresión que no es tanto un amor por y para sí mismas, sino uno enmarcado y dirigido con más fuerza hacia los otros, hacia el exterior y su entorno, particularmente, desde y en algunos de sus roles como madres, amigas, líderes, sobrevivientes.

Aquí aparece nuevamente la idea del olvido, acompañado con un “poder olvidar para quitar ataduras” de Patricia; “olvidar lo negativo” de Carolina; “resiliencia” de Gina. Antes de posibilidad, el olvido se dibuja obligatoriamente como capacidad, se muestra como un llamado para ellas mismas que les permitiría superar y dejar atrás pasados enquistados, al parecer emergen como invitaciones a la lucha y al no desistir. Con riesgo a equivocarme, el encuentro entre el amor y el olvido convoca a pensar que en un mismo lugar se reúne aquello que más valoran y aquello a lo que pueden temer.

La pelvis: invasión del amor

Por otra parte, uno de los lugares claves en la cartografía estuvo en la pelvis, registrada y ocupada mayoritariamente por el amor, y que se acompañó por los siguientes escritos: “el amor significan mis hijos [...] desde que los traje al mundo” de Angie; “hijos” de Gina; “bendición, la oportunidad de tener a mis hijos en mi vientre” de Karen; “donde inicia el gran amor de mi vida, mis hijos” de Andrea. Debo resaltar una gran dificultad y en cierta medida, vergüenza de las sobrevivientes al referirse de manera directa a los genitales o a su sexualidad.

En este punto arriesgo que usted, lector/a, piense sobre la complejidad y el peligro de un análisis de este tipo, particularmente, porque está mediado por una única interpretación. Comparto totalmente su incertidumbre y exagero un tanto en el temor, tal vez por eso decidí no entrar en muchos detalles; sin embargo, esto no implica que me abstendré de elaborar algunas reflexiones sobre varias de sus generalidades y elementos evidentes. De antemano reconozco que serán supuestos más que verdades o juicios certeros y absolutos.

Las generalidades encontradas fueron la aparición de parejas como la valentía y el olvido, el amor y el olvido, la explícita presencia del olvido, el poco uso de la vergüenza y el miedo, la maravillosa potencia del amor y las concepciones personales sobre sus cuerpos. En el análisis de la cartografía me parecía curioso que la cabeza y el pecho se configuraran como parejas de opuestos, especialmente cuando en sus historias y trayectorias una puede leer sin mucho entrenamiento ni suspicacia una disputa constante, una tensión rígida y hasta paradójica en la configuración de sí mismas. Literalmente encuentro en ellas una lucha intensa unas veces más enmarcada en el futuro, los deseos o proyecciones (caso de la valentía situada en la cabeza) y otras, mucho más anclada en aquello que es más importante y constante en sus vidas (registro de sus amores en el pecho). En cuanto al olvido éste habita en aquellas partes dotadas de mayor sentido y valor, y creo que nos habla de la cierta vigencia de y con el dolor en sus experiencias de vida. Se me hace evidente su difícil procesamiento, convirtiéndose en una figura siempre viva, unas veces más sutil y llevadera y otras más pesada y agobiante.

El poco uso de la vergüenza y el miedo, en especial de la primera, se refiere a un desmarque paulatino o completo de la mirada de los otros, del alejarse un poco y con más fuerza del uso público de sus existencias. Me gustaría pensar que esta es su mayor posibilidad, y también lo he confirmado al verlas ir por la calle, hablar con las personas, estar en los eventos sociales sin huir del ojo aséptico de los otros: no se esconden, cubren, sonrojan o intentan matizar sus encuentros, signos esclavizantes del estigma y la vergüenza (Goffman, 2003; Nussbaum, 2006). Por el contrario, están llenas de confianza y entendimiento frente al lugar que se están disputando.

En cuanto a la aparición del amor, ubicado en la pelvis, sé que varios y sobre todo, varias podrían pensar que se trata de una artimaña para atar a las mujeres a aquella

condición supuestamente natural de ser madres, reconocerlas como *seres para otros*, como está estipulado fielmente en la maternidad (Esteban, 2011). Esto es parcialmente cierto, muchas de ellas enmarcaron con seguridad el ser y sentirse mujeres por el hecho de ser mamás. Además, se podría decir que ellas han mutado su ser para otros debido a que ahora están sujetas al control, regulación y disposición de los demás, especialmente de sus familias. Sin embargo, paradójicamente, este amor es presentado como carcelero y constrictivo a través del tiempo y los lugares, lo personal y colectivo. En el ataque, la cuestión maternal permitió enfrentar, resistir y superar la violencia, configurándose como un modo de sostenimiento porque en algunos casos sus hijos e hijas son quienes les ayudaron y las mantuvieron tanto física como moralmente, les permitieron sobrellevar los dolores para que no desistieran a la vida, sujetándolas fuertemente para no caer en la desesperación y la angustia, convirtiéndose así sin duda en unos de sus más fuertes motores. A riesgo de equivocarme, puedo decir que esta relación con el amor es una contestación a nuestro individualismo exacerbado, una producción de alianzas estratégicas, de pactos de solidaridad para que las sobrevivientes tuvieran muchas más posibilidades de un reencuentro consigo mismas.

Finalmente, las sobrevivientes, luego de ubicar las convenciones con sus respectivas narraciones, debían responder a una pregunta propuesta: *¿qué representa este cuerpo?* todo su cuerpo, su experiencia, trayectoria e historia conjugadas y registradas en dos pliegos de papel, reconozco que era una petición exigente, incluso desmedida para tan poco espacio y tiempo, sobre todo, porque para nadie es una pregunta fácil. Para ellas ni la cartografía ni la escritura y menos esta pregunta eran sencillas, tal vez porque las obligaban a detenerse, mirarse y pensarse un poco. Quizás por eso tanta vacilación al intervenir la silueta, su dispersión y el extravío en ellas mismas mientras miraban inmóviles el papel por algunos segundos.

Tras tanta duda empezaron a aparecer respuestas como: es “una herramienta para llevar a cabo mis propósitos” de Patricia; “este cuerpo representa recuerdos, dolencias y fuerza de luchar por mi futuro y el de mis bebés” de Angie; “mi cuerpo es mi territorio, es mi decisión, es mi responsabilidad” de Gina; “útil para la sociedad” de Carolina; “el cuerpo representa el templo de Dios en mí por tal motivo lo debo cuidar y valorar” de Alejandra; “mi cuerpo es lo más bello que tengo, aprendí el significado cuando aprendí a vivir con mis cicatrices, lo respeto, valoro y es duro, pero lo amo” de Andrea. En estos apartados evidencio varios elementos que me han estallado la cabeza porque creo que

tienen una enorme fuerza y valor: el primero, motivo de celebración y admiración, es que no percibo en las palabras de las sobrevivientes una referencia directa a la carencia, la falta o la negación, tampoco se dibuja una desaprobación o rechazo sobre sus cuerpos. Segundo, creo que aquel entusiasta y repetido “mi”, contiene un triunfo o por lo menos un avance para empezar a comprenderse como cuerpos de y para ellas. Para mí ha sido sorprendente y aleccionador observar y reflexionar sobre los modos en que el dolor y la violencia nos retraen y secuestran, nos exigen volvernos a pensar y reencontrarnos, cavan tan profundo que nos ponen de cara a nuestras limitaciones y posibilidades, pero también se convierten en un llamado, grito, silencio, espanto, conmoción, comprensión o reflexión dirigido a los otros – ya sea un familiar, vecino, amigo o cualquier transeúnte. Nos encontramos, como siempre, en un juego de apariciones y re-presentaciones de unos y otros simultáneamente como actores y espectadores.

Nuevas feminidades... “una cicatriz no me hace menos mujer”

Después del enfrentamiento, comprensión y análisis de estos cuerpos a retazos, falta hablar de su tensión como cuerpos femeninos. La incertidumbre estará en si son completa, parcial o de ninguna manera considerados o configurados como cuerpos de mujer, decisión que no sólo está en manos de los otros, sino, sobre todo, en las de ellas mismas.

Pienso cuanto tiempo, circunstancias y cosas tuvo y aún tiene que pasar Gina para pronunciar, digerir y concretar esta frase en su boca; tengo la certeza que ha sido muy complicado no sólo por la agresión, sino además, porque se asume que una feminidad plena debe estar acompañada de una buena dosis de belleza, signo de reconocimiento, aceptación y respeto porque como mujeres hemos sido educadas para agrandar, complacer y satisfacer a los demás; se nos ha enseñado que las buenas mujeres, al parecer para algunas y algunos esto es redundancia, siempre están y serán para los otros y nunca para sí mismas. A mi modo de ver, es mucho más directo y dicente no hablar de un *ser mujer* definitivo y acabado sino más bien de un *hacerse mujer*, despliegue y configuración de un modelo único e instaurado exigido durante nuestras trayectorias y experiencias vitales como una especie de chequeo y verificación constantes. Es por eso, que al escuchar esta frase me da la sensación de estar frente a un pliego de requisitos,

una interminable lista que, de ser, cumplida certifica si una es o puede ser (o no) mujer. La exigencia está en hacer méritos para obtenerla.

En realidad, podríamos afirmar sin miedo que una cicatriz no nos hace menos mujeres, cuando sabemos que, siguiendo a Goffman, un estigma inhabilita a una persona para ser aceptada y acogida plenamente en el escenario social (2013), en particular cuando es corporal y tan evidente, cuando una falta a la belleza habla de la imagen y la apariencia como un medidor moral, cuando el cuerpo se convierte en deudor y en un pliego de sanciones. Al parecer, no podríamos ni afirmarlo ni sentir miedo por intentarlo.

No obstante, se abren unas posibilidades, empiezan a ser viables algunos sabotajes, suerte de complot estratégico si el cuerpo es configurado y asumido como encarnación y teniendo en cuenta que “es la reflexión corporal la que va guiando las acciones de hombres y mujeres, permitiéndoles, en circunstancias y coyunturas concretas, reconducir sus itinerarios y resistir y contestar a las estructuras sociales, al margen de la intencionalidad o no de partida, y contribuyendo así también a su propio «empoderamiento» (Esteban, 2013, p. 67). No tengo duda de que quien transita por los dolores ha hecho una reflexión obligada de su propia encarnación. Evidencia concreta en cada una de las sobrevivientes en el momento mismo del ataque debido a que el dolor se transformaba en su única experiencia, en su paso desagradable por los quirófanos salvándose, recuperándose, remodelándose y reconstruyéndose de esta *violencia caníbal*. Su condición de cuerpo a retazos las obligaba a un trabajo corporal más exigente porque cambiaron sus prácticas y técnicas corporales – ya no sólo se trataba de cómo se veían, sino cómo se experimentaban, aprendían y se hacían distintas.

Para estas mujeres, el ataque fue una de sus más grandes coyunturas, se hizo un compañero indeseable pero inevitable, guio sus acciones, hábitos y cotidianidades. Parecía imposible y utópico luchar debido a que el cuerpo estaba agotado y destrozado, las condiciones materiales y morales eran deplorables y, no había medios disponibles para sobrevivir. A pesar de esto, entre las obligaciones descritas por dicho evento se encontraba oculta y tímida su resistencia. La resolución era directa y sencilla: luchar o dejarse morir.

Así pues, ellas emprendieron una lucha cuerpo a cuerpo que traía enfrentamientos, contradicciones y subversiones. Se *enfrentaban* a seguir siendo violentadas y marcadas, a configurarse en múltiples reducciones y desprecios, a estar en las márgenes de las

aceptaciones y valoraciones sociales, a ser mujeres incompletas e insuficientes por su comportamiento y apariencia. Aunque supuestamente se presentaban a medias, en realidad, se producían cuerpos ambivalentes, que confirmaban fielmente la idea instalada de feminidad, mientras otras la negaban rotundamente, algunos y algunas decían que sí parecían mujeres, aunque con unos cuerpos poco habituales; también, varias de sus apariciones desafiaban algunos de los roles femeninos. Frente a la mirada pública, se hicieron confusas, extrañas, deseables e indeseables no sólo por su apariencia, sino porque sus cuerpos empezaban a conjugar otras acciones y actuaciones.

De modo inevitable ellas transitaban por varias *contradicciones* entre su imagen, sus encarnaciones y experiencias es así que unas veces se encontraban en medio de una crítica a los estereotipos de belleza mientras se cuestionaban por no arreglarse o estar fuera del peso estipulado; comprendían y cuestionaban los efectos del amor romántico, a la par que deseaban un hombre que las amara, acompañara y complementara en buena parte de sus vidas; luchaban por erradicar violencias hacia las otras y los otros, pero también permitían algunas directa o indirectamente en distintos escenarios, por poner algunos ejemplos. Con esto no trato de crear un marco de superioridad moral por una supuesta superficialidad o incoherencia, más bien, mi objetivo es mostrar cómo el hacerse un cuerpo femenino nunca ha sido un proceso sencillo; al contrario, es un configurarse lleno de movi­lidades, desviaciones, recogimientos y expansiones, en especial, en medio de este escenario violento. También, ya conocemos por experiencia propia o de los demás lo difícil que es dejar de cargar, reproducir y avalar nuestro entramado de herencias, sujeciones y prácticas culturales y sociales. Matriz blindada para evitar ser pensada y cuestionada, dar todo por hecho es el gran logro de la naturalización.

A pesar de cada uno de estos enfrentamientos y contradicciones estrechos y esclavizantes, de sus producciones incansables de crisis, conflictos y sin sentidos, se dibujaban unas *subversiones*, gestos capaces de crear rupturas y agrietamientos a concepciones, prácticas y experiencias para hacerse mujer. De este modo, se configuraba como un:

“seguir poniendo en cuestión la idea de lo masculino y lo femenino como categorías estables, fijas, sin fisuras, y permite mostrar que la identidad de género es siempre una *identidad corporal*, que nos identificamos en relación al género dentro y a partir de una determinada corporeidad, desde una vivencia y

una percepción determinada de nosotros/as mismos/as como seres carnales; una corporeidad que es absolutamente dinámica” (Esteban, 2013, p. 15).

El ataque implicó para las sobrevivientes la alteración de su experiencia de sí mismas en y con sus cuerpos y, claramente con su ser, sentirse y reconocerse mujeres. Ellas incumplían las normas de aquella feminidad exclusiva y vigente no sólo por sus cuerpos caóticos, desordenados, cercanos a la fealdad y la monstruosidad, sino además porque estos configuraban una inmoralidad, vergüenza y desobediencia que las distanciaba del modelo de mujer. Creo que en ellas nacía la pregunta de Sojourner Truth “¿*Acaso no soy una mujer?*” Para esa normatividad del género fija y exclusiva, una creería que no.

Esta condición hizo que estos cuerpos, ellas, se tomaran el derecho y buscaran aguerridamente maneras de cuestionar, tensionar y sacudir esas fórmulas universales, añejadas, enquistadas, así como concepciones nocivas de género, representaciones, roles, posicionalidades e identidades. Simultáneamente, emergían o mejor aún, florecían como corporalidades capaces, evidencias sorprendentes de lo que puede un cuerpo, pero además tenían en sus manos la posibilidad de percibir, vivenciar y constituir sus feminidades mediante algunas maniobras. Junto al dolor, encontraron un quiebre y una fisura, entendieron que reconocerse y sentirse mujeres pasaba inevitablemente por sus cuerpos, de tal forma que decidieron encarnarse, e inclusive crearse. Matizada y bella reflexión frente a tan brutal enjambre de violencias.

Sabotajes...

De este modo, las sobrevivientes configuraron unas *nuevas feminidades* un tanto paradójicas, interminables, móviles como forma de contestar a un ataque y una identidad de género herméticos, sofocantes y cristalizantes.

Así pues, buena parte de sus experiencias del día a día transitaban y se constituían en un despliegue de *sabotajes*, tácticas: “buenas pasadas del "débil" en el orden construido por el "fuerte", arte de hacer jugadas en el campo del otro, astucia de cazadores, capacidades maniobreras y polimorfismo, hallazgos jubilosos, poéticos y guerreros” (De Certeau, 1996, p. 46). Reconozco que ellas estaban insertas y producidas en los marcos de la violencia que las marcaba débiles y dominadas completamente; sin embargo, de

ninguna manera estaban acabadas ni derrotadas, luchaban contra sus propias limitaciones, no querían estar subordinadas ni esclavizadas. Por eso, sus resistencias se concretaban en acciones mínimas como aprender a caminar, lavarse los dientes, salir a la calle, cocinar y comer por si solas. A propósito de esto, Patricia habla sobre su rutina al vestirse y caminar, especialmente, como una forma para contrarrestar los efectos del ataque.

[...]¿qué pasó?, que mi familia empezó como que pobrecita, no te levantes, ven y te ayudo, y yo no.[...]

[Para vestirse] Amor(refiriéndose a su hija) busca entre la gaveta, mi pantalón negro, mis zapatos azules, y me los dejás en la cama, ella mami ven y te[ayudo]... que no. ¿Cuántos pasos hay a la sala? ¿cuántos pasos hay al baño? [...] Yo me acuerdo que me iba así cogidita [de las paredes] [y] llegaba al baño. Si a caso les pedía que me ayudaran a la ropa para no ponérmela al revés porque un día mi hija se reía[...] mami te pusiste el saco de adelante pa' tras, y yo ¡ah bueno!, espérate, y le di la vuelta. Me gustaba hacerlo por dos cosas: no quería [...] sentirme dependiente o que ellos [...] sintieran que [...] era una carga [...], un obstáculo para ellos, porque la vida de cada uno tenía que seguir.⁴⁵

Aunque las sobrevivientes maniobraron con mayor dificultad por sus cuerpos destrozados, apostaron a resignificar en y desde su cotidianidad incapacidades y dependencias, su aparecer en el mundo se tradujo en un “valerse de” (De Certeau, 1996) todo aquello que les permitiera salir de su lugar de sujeción y enclaustramiento.

Es en este sentido, que donde ser mujer era sumisión, en Gina era cimentar la Fundación Reconstruyendo Rostros para las sobrevivientes, tocar puertas para tener aliados estratégicos, hacer constantes exigencias frente a las instituciones para una mejor atención, tratamiento, seguimiento y prevención de los ataques con ácido o agresiones con agentes químicos o cualquier tipo de violencia. Donde ser mujer debía ser fragilidad, en Patricia⁴⁶ se convertía en una gallarda demostración de resistencia por la violencia del ataque, el dolor de sus operaciones, por haber superado un cáncer de

⁴⁵ Patricia, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

⁴⁶ Patricia, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

cuello uterino y acompañar a su mamá en el padecimiento la misma enfermedad y, además por resistir el dolor por la muerte de su hija mayor. En Angy⁴⁷ fue un sobrellevar el ataque, apoyar a su hermano menor en la ceguera que le dejaron dos disparos por la espalda saliendo del colegio, acompañar a su mamá en un cáncer de estómago, seguido de uno de ovario y finalmente, tener que despedirse de ella a su muerte. Donde ser mujer era dependencia económica, en Ángela⁴⁸ se convertía en una lucha sin tregua vendiendo dulces día a día en Transmilenio para sostenerse a ella misma y sus dos hijos. En Viviana era la posibilidad de una microempresa a través del trabajo de emprendimiento con bisutería. Donde ser mujer era vulnerabilidad y temor, estaba Gina acompañando y alentando a las mujeres violentadas a denunciar, a aguantar los trámites en la Fiscalía y a dejar a aquellos “machos” que las agredían. Donde ser mujer era signo de una belleza impuesta y obligatoria, estaban Patricia, Gina, Angy, Ángela, Alejandra, Carolina, Viviana y muchas otras exigiendo poder ser distintas, mostrar sus cicatrices sin temor o reparo, por eso, dijeron adiós a bufandas, gorros, gafas y salieron a la calle, contaron sus historias y apoyaron a las otras. Con todo esto, es poco probable afirmar que sean sumisas, frágiles, dependientes, vulnerables, temerosas y feas. Con la cabeza en alto y con certeza dicen y sienten que una cicatriz no las puede hacer menos mujeres.

Las historias de las supervivientes se encuentran presentes en cada uno de estos sabotajes, claro está, en unos con mayor intensidad y duración, otros son más tenues y tímidos dependiendo de su habilidad y entrenamiento. Estas contestaciones son posibles y se robustecen enormemente por la presencia y apoyo de las otras sobrevivientes, un yo “ya había pasado por eso” se convierte en un espaldarazo, en un abrigo para una situación de este tipo, a propósito de esto, Angy dice:

[...] cuando yo estaba saliendo del hospital, ella llegaba. Después de [...] enterarme lo que le había pasado a Ángela, quise visitarla [y, también] conocer a la otra chica con la que estaba (Persona que la acompañaba el día del ataque y sufrió algunas quemaduras). Porque [...] ya sabía el proceso por el que había

⁴⁷ Angy, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

⁴⁸ “Ángela”, mujer atacada con ácido e integrante activa de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

pasado y sabía lo que necesitaba [...], el apoyo que necesitaba realmente. Y también quería que ella viera cómo quedaba uno [...], después de tanto proceso, [...] de tanta cirugía y darle esa fuerza que realmente uno necesita.⁴⁹

Gina y Patricia son unas de las más experimentadas practicantes de estas solidaridades. En especial Gina, quien recibe, acompaña y acoge sin medida, en ocasiones con algo de exceso y pese a sí misma, a las otras sobrevivientes, por eso tiene poco de sorprendente que la mayoría de ellas hacen referencia en los encuentros a su compañía en el ataque, vidas familiares, amores y desamores, crianza de sus hijos, temores, caídas y alegrías y casi siempre resaltan su arduo trabajo y gran pericia en la Fundación. Ella, estandarte imponente, no sólo por su gran estatura, sino por sus interminables luchas y su buen corazón.

Dichas compañías, cercanías y empatías devuelven el reconocimiento e identificación que el ataque en gran medida les quitó. Por fin ellas dejaban de ser nada, nadie, una cosa o una especie de animal, en sentido peyorativo, porque la mirada de las otras recomponía su humanidad, les daba la oportunidad y la bienvenida para empezar a ser alguien. Las historias de las otras se convertían en una especie de salvavidas para no soltarse tan rápido de la vida: "Y sobre todo, en la narración de la experiencia se crea un terreno común, compartido entre narrador y escucha, en el cual se intercambia y se pone en común un contenido simbólico (cognitivo) y, sobre todo, se tiende un lazo emocional que apunta a reconstituir la subjetividad que ha sido herida: se crea una comunidad emocional (Jimeno, 2008, pp. 276-277). Con esto, me han quedado muy pocas dudas del gran valor de las palabras. Miradas, consejos, abrazos, lágrimas, risas y más se convirtieron en pequeños gestos que recobraban la existencia y el lugar de aquellas innecesarias y anónimas para los otros. Reconozco que suena a un apartado de un libro de autoayuda; sin embargo, si no se resiste y se resignifica en la pequeñez y el detalle donde más podría emerger algún tipo de agitación. Así pues, aquel "hay otras como yo" aflojaba un poco los dolores, temores, culpabilidades y vergüenzas, era el entramado de solidaridades y cuidados entre unas y otras.

Por otro lado, la red de solidaridades no sólo se quedó entre ellas, en algunas situaciones fue extendida a familiares, amigos, vecinos, curiosos e interesados. En el ataque de

⁴⁹ Angy, mujer atacada con ácido e integrante de la Fundación Reconstruyendo Rostros, Bogotá 8 de abril de 2017.

Angy, por ejemplo, no hubo un seguimiento ni proceso debido por parte de los agentes de Policía y la Fiscalía, desaparecieron pruebas y evidencias y la agresión quedó impune. No obstante, algunos de sus vecinos, dueños de las tiendas del barrio, instauraron una suerte de justicia al decidir no atender ni venderle nada a la agresora de Angy, evento irrisorio y común que para todo el mundo fuera conocida la culpable, menos para quienes imparten la justicia. Claro sabotaje y boicot a una violencia que desea y procura aislar y estigmatizar.

Cierres y florecimientos

Para la mayoría esta hoja se convierte en aquello tan anhelado y querido. Estar exactamente en esta página produce algo de vértigo no sólo por ser una culminación y despedida a las penas, sino porque es en cierto modo un camino de exorcismos, nostalgia, discernimiento y definitivamente una autoexploración. Los cierres casi siempre implican cortes y finalizaciones, pero este especialmente trae un tipo de florecimientos y celebraciones tanto por el tema trabajado como por el cúmulo de sensaciones y experiencias producidas personalmente.

De este modo, no ha sido nada fácil el paso por las historias y encarnaciones producidas en torno el ataque con ácido; sin embargo, este tránsito deja varias reflexiones y ojalá muchos cuestionamientos. Primero, creo que uno de los mayores florecimientos de este trabajo ha sido el enmarcarse en los Estudios culturales por su necesaria inscripción en un *contextualismo radical*, evidenciado en la problemática y sus tensiones. En la problemática, debido a que analizó, exploró y cuestionó un escenario social concreto y definido configurado por una expresión particular de la violencia como el ataque con ácido en Bogotá, específicamente a través de las mujeres que hacen parte de la Fundación Reconstruyendo Rostros.

En las tensiones, porque se hicieron unas reflexiones escaladas entre lo micro y lo macro, que conjugaron un quienes, referido a sujetos tanto agredidos como agresores e instituciones indiferentes o reproductoras del acto violento; donde se produce, que tuvo en cuenta los lugares y los cuerpos; y por último, por qué y para qué se realiza, definitiva explicación de las motivaciones y justificaciones del hecho violento. Bajo este análisis se mostraron fuerzas y poderes disputados en algunas periferias de la ciudad y el “hogar”, entre las relaciones amorosas, los distintos sentidos del orden social en cuanto al deber ser, la moral, el castigo, el género, etc.

El otro criterio que enmarca este trabajo en los Estudios Culturales es *lo político*, debido a las posibilidades de transformación y contribución que generó en lo personal y lo colectivo, así como en referencia al sentido y accionar ético que lo constituyen. Considero que esta investigación fue una apuesta por ofrecer un marco de comprensión y análisis de problemas locales, sobre todo aquellos establecidos en torno a la violencia con sus distintos rostros, expresiones y formas de configurar la vida de las personas; permitió entender que el cuerpo es un escenario que habla, calla, inscribe, o mejor aún,

es un escenario de disputas, además, es un llamado a cuestionarnos por las distintas violencias, su naturalización, apropiación, pero sobre todo, su aceptación y justificación, quizás es un enfrentamiento a nuestras formas de reaccionar, estancadas en silencios, cegueras y sorderas, aquellas que nos enseñaron y aprendimos para poder sobrellevar nuestra realidad. Sin embargo, a la par, no sólo procuró mostrar la estructura, características y despliegues de la violencia, sino sus fugas y resistencias, desde las historias personales, la organización colectiva y sus iniciativas.

Lo político indiscutiblemente va sujeto a lo *ético*, enmarcado en la responsabilidad de las construcciones y análisis teóricos; el respeto en el acercamiento a las historias de las personas; el cuidado con la recolección y tratamiento de la información obtenida; el acompañamiento a la fundación en procesos de organización de iniciativas y en pequeños aportes económicos. Pero sobre todo, creo una de las mayores contribuciones reside en los resultados de los talleres y, en especial, en el trabajo actual que llevo en la Fundación apalancando procesos de educación y formación tanto para las sobrevivientes, como para universidades e instituciones públicas.

Siguiendo con los florecimientos, el segundo, el ataque configura un dolor destructivo por la violencia extendida sobre las sobrevivientes; pero a la par, posibilita la aparición y constitución de unos dolores curativos y creadores. Descubrimiento encarnado de la condición ambivalente del dolor y de sus lecturas plurales.

Tercero, si bien el ataque con ácido muto y se denomino agresión con agente químico por la variedad de sustancias usadas para la agresión y, como una manera de evitar el efecto copypat, dicha transición ha sido un tanto confusa y poco útil tanto para la comprensión del problema como para su resignificación. A mi modo de ver, entenderlo y enmarcarlo así sigue reproduciendo y manteniendo una serie de fantasmas, temores y despliegues en torno a la violencia debido a que se opera más desde el miedo que desde la misma prevención y resignificación del acto violento. Es por eso, que considero que no se trata tanto de un cambio de nominación a la violencia, sino más bien, de un promover y estructurar un ejercicio efectivo y contundente sobre sus posibles orígenes y configuraciones tanto desde las mismas mujeres como desde sus familias, parejas, amigos, conocidos, etc.

Cuarto, los ataques con ácido no tienen un registro y seguimiento preciso porque no existen cifras oficiales en las instituciones portadoras de salud o seguridad, ya sea por

un registro equívoco y ligero del ataque como quemadura de cualquier tipo, omisión de su carga violenta y sus efectos; las pocas denuncias y el proceso ineficaz de los entes gubernamentales como Policía, Fiscalía, ministerios, etc. Suma de elementos que nutren sus *ficciones*. Para ello, es necesario tener una mirada mucho más amplia y clara de cómo gubernamentalmente se concibe, enmarca y trata este tipo de violencia, pero además, su concepción y configuración desde la “anormalidad” y la discapacidad. Tal vez un seguimiento juicioso de las mesas interinstitucionales pueda ayudar.

Quinto, esta es una violencia de *efectividad*, movilidad y despliegue por sus efectos físicos devastadores y, sus dispositivos de aniquilación del escenario social sustentados en su contenido moral. Para este caso, es clave entender su *sentido moralizante* anclado plenamente a nuestras concepciones, fundamentos y valoraciones del orden social, especialmente, en la definición de la femineidad y masculinidad. Así pues, no es una violencia de estallidos y de oscuras pasiones sino que es embrionaria en nuestras relaciones sociales. Marco de reflexión interesante para pensar nuestra cotidianidad, los marcos de la ley y la justicia en torno a las violencias de género en nuestro país.

Sexto, aunque este trabajo solo se ocupe de las agresiones a mujeres, el ataque produce una variedad de *posicionalidades* no enmarcadas exclusivamente en la relación de hombres agresores y mujeres atacadas; al contrario, también se desplaza produciendo mujeres agresoras material e intelectualmente como hombres atacados. Esta es una invitación a explorar a profundidad los ataques con ácido a hombres en el país, sus motivaciones, autores, sentidos y significados. Por otro lado, tal vez puede ser una oportunidad para comprender y situarse en y desde la perspectiva de los y las agresoras.

Séptimo, el ataque con ácido a mujeres tiene un sustento moral y educativo, este último se produce gracias a su capacidad expresiva y comunicativa, enmarcada no sólo en la sanción por la falta a la moral, sino como un despliegue “preventivo” para aquellas que quieren desafiar el orden social. Valdría la pena mirar con ojo quirúrgico que otro tipo de sistemas o signos comunicativos se despliegan más allá de la desfiguración en este acto violento.

Octavo, en algunos de los casos aquí citados, los motivos del ataque se produjeron alrededor de una concepción del *amor romántico* que inferioriza a las mujeres y les da una condición de propiedad ostentada por sus parejas. Esto genera que el amor, en especial, el conyugal configure y legitime a la mujer un *ser para otros*, produciendo

unas libertades y permisos para poder violentarla. Además, se convierte en una herramienta jurídica que sustenta violencias de género, solo hay que echar una mirada a los *crímenes pasionales*. Habría que preguntarse sobre este cuerpo femenino violentado a partir de otros roles como el de madre y amiga no sólo como participes sino como espectadoras de la violencia. Unido a esto, sería interesante explorar cómo el amor romántico se ha constituido después del ataque, sus limitaciones, posibilidades y sus configuraciones en torno a las feminidades y masculinidades.

Noveno, el ataque a través de la *des-figuración* del rostro fractura y destruye cualquier gesto de humanidad, al dañarlo ha determinado unos modos de entender el cuerpo desde la objetivación y la animalización. Esto puede dar paso a descubrir otros sentidos de configuración de los cuerpos y su relación con emociones como la repugnancia y el miedo.

Décimo, estos cuerpos atacados han sido cuerpos femeninos convertidos en lugares de ocupación y extensión de la violencia no sólo por el evento mismo, sino por su pasado- recordemos es una *violencia con historia*- y consecuencias. Han sido presentados como tributos a una *masculinidad hegemónica*. Aquí hay una tarea larga y de detalle por pensar como estos cuerpos femeninos antes, durante y después del ataque se han venido sintiendo y experimentando mujeres en cada uno de sus roles.

Once, desde este trabajo se han dibujado tres concepciones del cuerpo: una, cuerpo violentado y reducido al ataque; dos, cuerpo estigmatizado residuo de la violencia, anormal, indeseable y vergonzoso; tres, *cuerpo a retazos* gesto de resistencia. Frente a este último sería maravilloso poder explorarlo mediante unos *itinerarios corporales* mucho más juiciosos sobre los modos en que aprendieron a ser cuerpos en los primeros años de su ataque.

Doce, el cuerpo estigmatizado raya y es ubicado en la anormalidad; sin embargo, no siempre juega un papel de exclusión y marginación no sólo por los demás sino por ellos mismos. Una podría escudriñar los modos en que esos cuerpos se han ubicado en el escenario social, los múltiples lugares que han escogido para resistir y enmarcarse sobrevivientes o para revictimizarse.

Trece, creo que en la cabeza de los y las agresoras se hacía inimaginable pensar que la violencia pudiese ser resistida y resignificada, tremenda sorpresa que se llevarían al ver

que aquellos cuerpos que en principio fueron atacados, hoy eran configuradores de sus propias formas, apariencias, experiencias, técnicas, roles, etc. Nuevos fisuradores y transgresores de un único cuerpo, feminidad y normalidad posibilitados a través de una serie de gestos y sabotajes desde su cotidianidad.

Catorce, si fue función y objetivo del ataque aislar y enclaustrar completamente a las y los sobrevivientes en sus propios cuerpos y casas, creo que fallo y de varios modos. Debido a que se encontro con unas solidaridades: *transacciones entre el cuerpo y el rostro*, unas hermandades y comunidades de apoyo entre sobrevivientes, unas fundaciones y organizaciones de acompañamiento y lucha; unos otros y otras con gestos de resistencia, apalancando iniciativas y propuestas. Resistencias a lo largo y a lo ancho, de arriba hacia abajo.

Quince, cierro estas páginas celebrando, dando la bienvenida y exprimiendo aquellos dolores curativos y alegrías intensas que me ha dejado el paso por estas líneas.

Referencias citadas

Acosta, Laura., & Medina, Ricardo. 2014. Ataques con ácido: desdibujado el camino entre la imputación fáctica y la imputación jurídica en el derecho penal. *Revista Derecho Penal y Criminología*, 35(99), pp61-87. Recuperado de: <http://revistas.uexternado.edu.co/index.php/derpen/article/view/4397/4988>

Aranguren, Juan P. 2010. De un dolor a un saber: cuerpo, sufrimiento y memoria en los límites de la escritura. *Papeles del CEIC*. (2): 1- 27.

Blair, Elsa. 2009. Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. *Política y Cultura*, (32): pp. 9-33.

Chinoy & Junge. 2012. Saving Face[DVD]De: <http://www.dailymotion.com/video/x2rb47k>

Das. Veena. 1996. “Lenguaje y cuerpo: transacciones en la construcción del dolor”. En: Francisco Ortega(ed.), *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad*. pp. 343-375. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas: Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar.

_____. 1997. “Sufrimiento, teodiceas, prácticas disciplinarias y apropiaciones”. En: Francisco Ortega(ed.), *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad*. pp. 437-459. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas: Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar.

_____. 2002. “Violencia y traducción”. En: Francisco Ortega(ed.), *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad*. pp. 251-261. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas: Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar.

De Certeau, Michel. 1996. “Valerse de: usos y prácticas”. En: Luce Giard (ed.), *La invención de lo cotidiano*. pp. 35-45. México: Universidad Iberoamericana.

Decreto 1033. Alcaldía de Bogotá, Colombia, Bogota, 29 de mayo 2014.

Esteban, Mari Luz. 2004. Antropología encarnada. *Antropología desde una misma. Papeles del CEIC* (12): 1-21.

_____. 2011. *Crítica del pensamiento amoroso*. Barcelona: Balleterra.

_____. 2013. *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Balleterra.

Figari, Carlos & Scribano, Adrian. 2009. Cuerpos, subjetividades y conflictos: hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica. Buenos Aires: CICUSS

Foucault, Michel. 2002. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gaviria-Castellanos, J.L., Gómez-Ortega, V., & Gutiérrez P. 2015. Quemaduras químicas por agresión: características e incidencia recogidas en el Hospital Simón Bolívar, Bogotá, Colombia. *Cirugía plástica Ibero- Latinoamericana*, 41(1), pp-pp73-82. Recuperado de: http://scielo.isciii.es/pdf/cpil/v41n1/09_original9.pdf

Goffman, Erving. 2003. *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.

Jimeno, Myriam. 2008. "Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia". En: Francisco Ortega (ed.), *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad*. pp. 261-293. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas: Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar.

_____. 2004. *Crimen pasional: Contribución a una antropología de las emociones*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales Universidad Nacional (CES).

Kaufman, Michael, 1995. Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. pp. 177-228. En: Luz Gabriela Arango, Magdalena León, Mara Viveros (comps.) *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*.

- Le Breton, David. 1999. *Antropología del dolor*. Barcelona: Seix Barral
- _____. 2006. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____. 2002. *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____. 2009. El rostro y lo sagrado: algunos puntos de análisis. *Universitas Humanistica*. (68):139-153
- Ley N° 1639. Presidencia de la República de Colombia, Bogotá, Colombia, 2 de julio de 2013.
- Ley N° 1773. Presidencia de la República de Colombia, Bogotá, Colombia, 6 de enero de 2016.
- Mauss, Marcel. 1971. “Técnicas y movimientos corporales”. En: Marcel Mauss (ed), *Sociología antropología*. 337-354. Madrid: Editorial Tecnos.
- Menon, Parvathi., Vashishtha, Sanjay. 2013. Vitriolage & India - The Modern Weapon of Revenge. *International Journal of Humanities and Social Science Invention ISSN*, 2(10), pp-pp-1-9. Recuperado de: [http://www.ijhssi.org/papers/v2\(10\)/Version-2/A0210020109.pdf](http://www.ijhssi.org/papers/v2(10)/Version-2/A0210020109.pdf)
- Nieto, Andrés. 2016. “Quemaduras con ácido: estereotipos de lo bello y su posible relación con los ataques con Colombia. (Valoraciones de la belleza como aquello que merece respeto y dignidad en Colombia)”. Universidad Francisco José de Caldas, Bogotá, Colombia.
- Nussbaum, Martha. 2006. *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, vergüenza y ley*. Buenos Aires: Katz
- Resolución 4568 de 2014. Ministerio de Salud y Protección Social. Colombia, Bogotá, 16 de octubre 2014
- Rodríguez, Maria., & Martínez, Liliana. 2015. “Mujeres quemadas con ácido en Colombia, víctimas de una sociedad desfigurada”. Universidad Militar Nueva Granada, Bogotá, Colombia.

Segato, Rita. 2003. "La estructura de género y el mandato de la violación". En: María Inés Silberberg (ed.), *Las estructuras elementales de la violencia*. pp.21-55. Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.

_____. 2013. *La escritura en el cuerpo de las mujeres de Ciudad Juárez*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Viveros, Mara. 2000. "Notas en torno a la categoría analítica de género". En: Ángela Robledo y Yolanda Puyana (comps.) pp. 56-85. *Ética: masculinidades y feminidades*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales Universidad Nacional (CES).

_____. 2001. "Masculinidades. Diversidades regionales y cambios generacionales en Colombia". En: CES (ed.), *Hombres e identidades de género: Investigaciones desde América Latina*. pp. --. Bogotá: Centro de Estudios Sociales Universidad Nacional (CES).

Pedraza, Zandra. 2010. "Alegorías del cuerpo: discurso, representación y experiencia". En: Elsa Muñiz (coord.), *Disciplinas corporales: Una mirada a las sociedades contemporáneas*.51-71. México: Antrhopos.

Welsh, Jane. 2009. "It was like burning in hell": A comparative exploration of acid attack violence. University of North Carolina, Chapel Hill, E.U.